



Stefan Zweig

Leyendas



E LEJANDRIA



Stefan Zweig

Leyendas



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LEYENDAS

STEFAN ZWEIG

PUBLICADO: 1945

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://WWW.GUTENBERG.ORG)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

RAQUEL SE QUERELLA CON DIOS

Una vez más el pueblo obstinado y voluble de Jerusalén había olvidado el pacto jurado, una vez más había llevado sangrienta ofrenda a los ídolos de bronce de Tiro y Amón. Y no bastándoles el sacrilegio de quemarles incienso en las alturas y en altares de piedra, también en la propia casa de Dios, la que Salomón, su siervo, le había construido, pusieron la imagen de Baal e inundaron las losas con matanza, hasta que el lugar santo apestó a incienso y a sangre.

Cuando Dios vio que se burlaban de Él hasta en el corazón mismo de su santuario, se encendió poderosamente su ira. Extendió la diestra, y su grito hendió largamente todos los cielos: que ya tocaba a su fin su longanimidad, que quería exterminar la ciudad pecadora y esparcir a sus pueblos como paja sobre la faz de la tierra. Cual trueno brotó este anuncio y retumbó de un extremo a otro de su infinitud.

Estremecidas, temblaron, al hacerse voz así la cólera de Dios, la tierra encadenada y las alturas del cielo. Huyeron los ríos y se encorvaron los mares, vacilaron los montes como ebrios, y las rocas doblaron la rodilla. Las aves cayeron muertas desde los aires, y hasta los ángeles escondieron la cabeza bajo sus enormes alas, pues también ellos, los impasibles, no pudieron soportar la vista del relámpago de su mirada iracunda, y el grito de su furor penetró como bronce en su oído.

Únicamente abajo, en lo hondo, los hombres de su ciudad juzgada, sordos a lo celestial, nada sabían de la sentencia de su fin. Solo esto percibieron: que de pronto se estremecieron los cimientos de la tierra y se apagó la claridad en pleno día luminoso, y se alzó un viento de tormenta bajo el cual los cedros se quebraban como cañas y los matorrales se agazapaban como pequeñas bestias. Mas a lomos de la tempestad vinieron nubes cabalgando y cubrieron el cielo de tinieblas, sobre sus cabezas se alzó la perdición, y bajo sus pies el suelo se tambaleaba como el agua. Entonces los aterrados se precipitaron fuera de sus casas, para que la techumbre no cayera sobre ellos, y al alzar la vista se espantaron de nuevo, pues ya el nublado pendía sobre ellos más amenazador que una roca, y el aire silbante sabía a fuego de hilos de azufre. En vano se rasgaban las vestiduras como dementes y se revolvían el cabello con polvo, en vano arrojaban su rostro a tierra e imploraban al Señor perdón por su temeridad: la nube seguía creciendo, negra, y se extinguió la luz viva sobre la tierra.

Mas tan atronadora había irrumpido en la palabra la cólera de Dios, que no solo los vivos oyeron su pregón; también los muertos despertaron en sus tumbas, y las almas de los difuntos se sobresaltaron, arrancadas de su sueño de huesos. Pues así está repartido y dispuesto: no les es dado a los muertos contemplar el rostro de Dios —solo los ángeles soportan tal desmesura de luz ardiente—, mas oír las trompetas del juicio y percibir su voz sí les es concedido. Así se irguieron los muertos, verticales, en sus tumbas, y ascendieron. Aleteando como aves contra un gran viento, se congregaron en corro las almas de los padres y de los primeros padres, para suplicar juntos al Todopoderoso y apartar la venganza de sus hijos y de las almenas de la ciudad santa. Isaac y Jacob y Abraham, los patriarcas, apretados el uno contra el otro, se adelantaron a la súplica rumorosa. Pero el trueno quebró su clamor, y en su balbuceo irrumpió de nuevo la palabra del Señor: que ya había soportado sobradamente la desmesura de la ingratitud, mas que ahora quería destrozar el templo, para que en la ira lo reconocieran quienes se habían negado a su amor. Y al hundirse

entonces los patriarcas en el desmayo de aquella palabra, se adelantaron los profetas Moisés, Samuel, Elías y Eliseo, que llevaban en la boca la propia habla de Dios; se adelantaron, los hombres de lengua de fuego, y alzaron el corazón hasta el labio. Pero el Señor no atendió a sus palabras, y su viento rechazó a los ancianos su palabra de vuelta a la barba. Y ya se afilaban los relámpagos, prestos a arrojar su fuego devorador sobre torre y templo. Así les fue arrebatado el ánimo a los hombres santos, como hierba pisoteada temblaban sus almas, vacías ante el Señor, y ninguna palabra osaba respirar contra su ira. Enmudecida de espanto callaba toda voz terrena —entonces avanzó Raquel, la matriarca de Israel, sola, desde el bosque de su angustia. También ella, en su tumba de Ramá, había oído la palabra de ira de Dios, y las lágrimas le corrían al pensar en los hijos de sus hijos. Así reunió con fuerza el vigor de su propio cuerpo y se irguió ante el Invisible. De rodillas alzó las manos, de rodillas alzó su palabra al Señor:

«Me tiembla el corazón en el cuerpo al hablarte, Todopoderoso, mas ¿quién, si no tú, me formó este corazón en el cuerpo, para que temblara de temor ante ti, y quién los labios, para que derramaran su angustia en la plegaria? De tu temor grito hacia tu amor, de la necesidad de mis hijos alzo mi pequeña palabra hacia tu infinitud. No me diste cordura, ni astucia, y nada hallo para aplacar tu cólera, pues nada tengo que contar de mí misma, como en otro tiempo vencí mi propia ira. Bien sé que conoces mi discurso antes de que sea dicho, pues en él está ya formada cada palabra mucho antes de hacerse sonido en el labio de los hombres, y cada obra, antes de que salga de nuestra mano terrena. Con todo, te lo suplico, escúchame con paciencia por amor de los pecadores».

Habiendo hablado así, Raquel inclinó el rostro. Mas Dios vio a la que se inclinaba y vio sus lágrimas. Entonces contuvo un instante el aliento en medio de su cólera, para escuchar a la que sufría.

Pero el escuchar de Dios en sus cielos llena todos los espacios de vacío y da muerte al tiempo. Ningún viento osaba soplar, se escondía el trueno, lo reptante no reptaba, lo alado no volaba, y ningún

aliento salía de ninguna boca. Inmóviles quedaban las horas, y de bronce aguardaban los querubines. Pues el escuchar de Dios sorbe el aliento de toda vida y pone fin al rumor de los cielos; hasta el sol dejaba de andar y descansaba la luna, y todos los ríos entraban mudos en su presencia.

Mas abajo, en lo hondo, sobre la tierra, se agazapaban los hombres y nada presentían de la intercesión de Raquel ni nada del escuchar en el oído de Dios. Pues siempre son ignorantes de lo divino y no pueden adivinar lo que sucede en los cielos. Solo esto percibieron: que de pronto cesó la tormenta sobre ellos. Pero cuando alzaron la vista con esperanza hacia lo alto, la nube seguía cerrada y negra como la tapa lisa de un ataúd, y sin aliento amenazaba la tiniebla. Entonces se espantaron de nuevo, en gran manera, y el silencio los envolvió con un frío tal como la mortaja envuelve al cuerpo del difunto.

Raquel, empero, al sentir que el escuchar de Dios se volvía hacia ella, alzó el rostro de entre sus lágrimas y habló con el valor de la angustia:

«Pastora era yo, hija de Labán —tú lo sabes— en la tierra de Harán, que yace hacia el oriente, y apacentaba las ovejas de mi padre según su mandato. Mas un día, al llevarlas de mañana al abrevadero, y no sabiendo las siervas apartar la piedra del pozo, saltó un joven en nuestra ayuda, forastero y de hermoso porte, y nos quedamos maravilladas de la fuerza de su cuerpo. Era Jacob, a quien tú nos enviaste, hijo de la hermana de mi padre, y apenas se hubo dado a conocer, lo llevé a la casa de mi padre. Solo una hora hacía que nos habíamos visto el uno al otro, y ya nuestras miradas se nos grababan por dentro como brasas y nuestros corazones se anhelaban el uno al otro. Y yo yacía despierta de noche, deseándolo —mas he aquí, Señor, que no me avergoncé de mi sangre, pues ¿quién, sino tú, Señor, hizo esto en nosotros, que de súbito se nos abriera el corazón en la ardiente zarza del amor? De ti, Señor, de ti solo procede que la virgen se abra al varón, que mirada busque mirada y cuerpo se apriete impetuoso contra cuerpo. Por eso no

pusimos freno a nuestro fuego, sino que intercambiamos promesa de unión aquel mismo primer día en que Jacob me vio a mí, Raquel.

Mi padre Labán, empero —Señor, tú lo sabes—, era hombre duro, duro como la tierra pedregosa que él desgarraba con el arado, duro como el cuerno de sus toros, que él doblegaba bajo el yugo. Y cuando Jacob pidió llevarme a su casa, quiso él probar con rigor si aquel hombre era conforme a su voluntad, duro en el servicio y férreo en la paciencia. Así exigió del pretendiente —Señor, tú lo sabes— que le sirviera primero siete años por mi causa. Mi alma tembló al oírlo, y la sangre se le heló a Jacob en las mejillas, tan infinitamente largo nos pareció el plazo a los impacientes que éramos. Pues siete años, Señor, bien lo sé, para ti no son sino una gota que cae, apenas un parpadeo para tu ojo eterno, pues como humo pasa el tiempo por los cielos de tu eternidad primera. Mas siete años, Señor, dígnate considerarlo, son para nosotros los hombres un diezmo de la vida, pues apenas alzamos los ojos de la tiniebla hacia tu luz santa, ya vuelve a cerrarlos la noche de nuestra muerte. Como un río en primavera corre veloz nuestra vida, y ninguna ola retorna jamás. Siete años, por tanto, nos parecieron una eternidad a los impacientes, imposible de medir, siete años de lejanía, mientras un cuerpo moraba cerca del otro y el labio se moría de sed por el beso del ser más amado. Pero, con todo, Señor, Jacob se sometió a la sentencia, y yo también me sometí al mandato de mi padre. Y tomamos nuestro corazón entre las manos, para domarlo a la obediencia y a la gran paciencia.

Señor, mas ¡cuán duro es este esperar para tus criaturas!, pues ardiente nos pusiste el corazón en el cuerpo viviente y hondo dentro plantaste un temor consciente por la brevedad de nuestro plazo terreno. Sabemos, Señor, que cerca cuelga el otoño de nuestra primavera, y que el verano de nuestra vida no dura mucho; por eso ondea tal impaciencia en nuestra sangre terrena, por eso se tiende tan ávida nuestra mano a asir lo amado y a gozar apresuradamente hasta de lo perecedero. ¡Cómo habríamos de aprender a esperar, nosotros que envejecemos en el tiempo, cómo tener paciencia, nosotros que nos apagamos de la noche a la mañana, cómo no

habríamos de arder, a quienes el tiempo consume con llama silbante, cómo no habríamos de apresurarnos, perseguidos como estamos por un paso mortal! Y, con todo, Señor, con todo nos domamos y permanecemos firmes contra nuestro anhelo. Cada día duraba mil días de nuestro anhelo, tanto nos amábamos. Y, sin embargo, cuando hubieron pasado, los siete años de espera no nos parecieron más que un solo día. Así esperé yo, Señor, a Jacob, así me amó Jacob a mí.

Cuando por séptima vez se cumplió el año, me presenté gozosa ante Labán, mi padre, y reclamé la tienda del desposorio. Mas Labán, mi padre, apartó la vista de mi alegría; nube era su ceja y sello rígido su boca. Luego me mandó traer a Lea, mi hermana. Lea, mi hermana —Señor, tú lo sabes— era la primogénita, y había venido del seno de mi madre dos años antes que yo. Poco agraciado le habías formado el rostro, de modo que los hombres no la tenían en estima, y que ninguno la deseara la afligía en gran manera. Mas precisamente por su sufrimiento y su mansedumbre me era querida. Pero cuando mi padre me mandó llevarla ante él y me hizo salir de la tienda, presentí al punto que tramaba con ella algo engañoso. Así que me escondí cerca, para escuchar lo que acordaban. Y mi padre habló así:

«Oye, Lea: mi sobrino Jacob ha venido y sirve ya siete años para desposar a Raquel. Mas esto no lo consiento por tu causa, pues ¿cómo estaría bien que la menor abandonara la casa antes que la mayor, y que la primogénita quedara sin varón, para escarnio de las siervas? Contra la voluntad de Dios, blasfema y necia sería tal costumbre. Pues al principio del mundo, en la temprana mañana de la tierra, el Señor nos puso para que llenáramos su universo de hombres y para que un día fueran miríadas los que alabaran su nombre. No quiere él que su suelo quede baldío ni que lo que engendró vivo se marchite sin engendrar fruto. Ni carnero ni becerra hay en mi establo que no se multipliquen —¿cómo habría yo de consentir entonces que mi propia hija quedara cerrada en vergüenza y afrenta? Por eso, prepárate, Lea, toma el velo nupcial y ciérralo bien ceñido sobre tu rostro, para que yo te lleve a Jacob en lugar de

Raquel». Así habló mi padre a Lea, que tembló temerosa y calló. Apenas hubo mi corazón oído tal palabra de engaño, se encendió en ira contra Labán, mi padre, y contra Lea, mi hermana —¡perdónalo, Señor! Mas considera, Señor, considera tan solo esto: siete años había servido aquel únicamente por mi causa, siete años habíamos padecido amándonos el uno al otro, ¿y ahora habría de abrazar a la hermana quien me era más íntima al alma que mi propio cuerpo? Entonces mi ánimo se irguió terco, y me rebelé contra mi padre, así como mis hijos se rebelaron contra ti, su Padre eterno, pues también esto, Señor, lo pusiste tú en nosotros: que se nos yergue rígida la cerviz en la ira apenas se nos hace una injusticia. Así me llegué a escondidas hasta Jacob y le advertí en un susurro que se guardara, no fuera mi padre a ponerle otra en mi lugar al día siguiente. Y para que estuviera prevenido contra cualquier engaño, le enseñé una señal de reconocimiento. Esta señal de reconocimiento era que la novia le besara la frente tres veces antes de entrar en su tienda. Y Jacob me entendió y retuvo la señal.

Al atardecer, Labán hizo preparar los velos nupciales para Lea. Doblemente le cubrió el rostro, para que Jacob no reconociera antes de tiempo, antes de haber conocido su cuerpo, a la suplantada. A mí, en cambio, me relegó al granero, para que ninguno de los siervos me viera y advirtiera al engañado. Un búho estaba posado allí en la oscuridad, y así como crecía la hora hacia el atardecer, así crecía también la cólera en mi corazón, de modo que me parecía que el dolor había de saltar fuera de mi pecho palpitante, pues —Señor, tú lo sabes— no le concedía de buen grado a mi hermana el lecho de Jacob. Y yo mordía los puños cuando abajo se alzó el júbilo de los címbalos, y dolor y envidia desgarraban mi alma como dos leones.

Así yacía yo, encerrada y olvidada, devorando mi propia ira, y ya oscurecía bajo el techo, igual que la oscuridad dentro de mí, cuando de pronto se abrió quedamente la puerta. Y he aquí que era Lea, mi hermana, quien se deslizaba a escondidas hasta mí antes de su camino nupcial. Ya por el paso la reconocí; mas, aunque la reconocía, me aparté hostil, como si no la reconociera, pues mi

corazón se mantenía rígido contra ella. Mas con mansedumbre se acercó Lea a mí, rozándome tiernamente el cabello con sus manos, y cuando alcé la vista, advertí que una nube de angustia velaba la estrella de sus ojos. He aquí, Señor —sí, te lo confieso—, que en aquel instante se regocijó en mí el mal. Bien me sentaba su temor, bien me sentaba su angustia, y como una venganza me saciaba este sentir, que también a ella se le hubiera amargado mi propio día de bodas. Mas ella, la infeliz, nada presentía de mi maligna alegría, pues habíamos compartido fraternalmente la leche de nuestra madre y nos habíamos amado sin quiebra desde la niñez. Así se acercó confiada y me rodeó el hombro. Mas sus labios temblaban aún pálidos de miedo, cuando se quejó:

<¿Cómo ha de acabar esto, Raquel, hermana mía? Cuánto me pesa lo que ha hecho nuestro padre. A ti te ha quitado al amado, y a mí me lo ha dado —mas me repugna engañar al inocente, pues ¿cómo podría yo ir con la frente erguida hacia quien te desea a ti, y unirme a él? Lo siento: mi paso no quiere sostenerme y mi corazón me lo desaconseja; tengo miedo, Raquel, tengo miedo, pues ¿cómo podría ser que él no me reconociera a la primera mirada? Y la vergüenza, ¿no caerá siete veces sobre mí, si él, sin haberme desposado, me expulsa de su casa y de su tienda? Hasta la tercera generación se burlarán de mí los hijos: esta es Lea, la poco agraciada, que corrió ávida hacia un hombre para que la conociera, y a quien él arrojó de sí como a una bestia sarnosa. ¿Qué he de hacer, Raquel? Ayúdame, tú, hermana querida, ¿he de atreverme o he de desafiar a nuestro padre, cuya mano pesa sobre nosotras? ¿Qué he de hacer, Raquel, para que Jacob no me reconozca antes de tiempo y no caiga la vergüenza sobre mí, que soy inocente? ¡Ayúdame, hermana Raquel, ayúdame, te lo suplico, por el Todomisericordioso!>

Señor, aún la ira se erguía dentro de mi cuerpo, y aunque yo la amaba, el mal seguía regocijándose en mí, y su angustia me saciaba como un manjar exquisito. Mas cuando ella pronunció tu santo nombre, Señor, tu nombre santísimo, el nombre del Todomisericordioso —Señor, entonces me atravesó como un rayo de

fuego, se me sacudió el corazón dentro del pecho ensanchado, y el poder de tu bondad, la potencia rumorosa de tu misericordia, Señor, sentí dulcemente cómo penetraba en mi alma oscurecida. Pues esta es una de tus eternas maravillas, Señor: que el muro del propio cuerpo cae de nosotros en cuanto reconocemos los tormentos del prójimo y entramos, sabiéndolo, en su pecho doliente. Sentí de pronto dentro de mí, como propia, la angustia de mi hermana, y ya no pensaba en la mía, sino únicamente en su necesidad clamorosa. Y, compadecida del sufrimiento de mi hermana, me apiadé de ella, yo, tu necia sierva —¡Señor, escucha bien ahora mi palabra!—, me apiadé de ella en aquella hora porque estaba en lágrimas ante mí, así como yo estoy en lágrimas ante ti. Me apiadé de ella porque invocaba mi misericordia, así como yo invoco ahora la tuya con boca ardiente. Y contra mí misma le enseñé a engañar a Jacob, y le revelé la señal acordada. Le mandé que le besara tres veces la frente antes de entrar en su tienda —así, Señor, golpeé yo, Raquel, el rostro de mis celos, así traicioné a Jacob y a mi propio amor, por amor a ti.

Cuando hube hecho así, y Lea conoció mi ánimo, ya no pudo contenerse más: cayó a mis pies y besó mis manos y el borde de mis vestidos, pues también esto pusiste tú en los hombres: que dondequiera que sienten una señal de tu santa bondad, los embarga la humildad y los conmueve la gratitud. Y nos abrazamos y nos besamos y humedecemos nuestras mejillas con la sal de nuestras lágrimas. Ya estaba Lea consolada y quería bajar a la tienda nupcial. Mas cuando se levantó de la tierra, de nuevo se le oscureció el ojo de congoja, y de nuevo le tembló pálido el labio.

«Te doy gracias, hermana, tú, la bondadosa», me dijo. «Te doy gracias y haré según tu mandato. Mas ¿qué, si tampoco esta señal lo engañara? Aconséjame una vez más, hermana, aconséjame de nuevo. Dime, ¿qué he de hacer si me habla con tu nombre? ¿Puedo acaso permanecer callada cuando él me hable, el novio a la novia, y sin embargo no puedo hablar con mi propia voz sin que él reconozca antes de tiempo el engaño? ¿Qué he de hacer, hermana, si me habla, cómo he de responderle con tu voz cuando me pregunte?

¡Ayúdame, Raquel, ayúdame, tú, la sagaz, ayúdame, tú, la providente, por el Todomisericordioso!>

Y de nuevo, Señor, cuando ella me invocó con el más santo de tus nombres, de nuevo atravesó ese rayo de fuego a través de mí y desgarró toda dureza en mi alma, de modo que se hizo clara y se abrió a su necesidad clamorosa. Y por segunda vez tomé mi propio corazón que gritaba, de nuevo pisoteé el dolor bajo mis pies. Y cuando lo alcé y lo tomé de nuevo, estaba blando de compasión y dispuesto a cualquier sacrificio. Así le respondí:

<Ten confianza, Lea, hermana mía, y no te aflijas. Pues por el Todomisericordioso tomaré esto sobre mí: que Jacob no te reconozca antes de haber conocido tu cuerpo. Así lo haré: mientras nuestro padre te entrega a él velada, me deslizaré a escondidas en la cámara de Jacob y allí me agazaparé en la oscuridad junto a vuestro lecho nupcial. Y si él te habla, yo le responderé con mi voz en tu lugar. Así se disipará su recelo, y te abrazará y bendecirá tu cuerpo con su simiente. Esto haré, Lea, por el amor que nos profesamos la una a la otra desde la niñez, y por el Todomisericordioso, a quien has invocado, para que también él sea un día misericordioso con mis hijos, siempre que lo invoquen con su nombre santísimo>.

Señor, entonces Lea me abrazó, me besó los labios; otra y renovada se levantó de sus rodillas la que antes estaba abatida. Sin temor ya, bajó a ofrecerse a Jacob bajo la sombra del velo. Yo, en cambio, cumplí mi amarga hazaña: me deslicé a escondidas hasta la tienda de Jacob y me escondí en la oscuridad, pegada a su lecho. Pronto retumbaron los címbalos jubilosos para acompañar a los novios, y ya ambos estaban en la sombra de la entrada. Mas antes de que Jacob alzara el lienzo para dar a la velada la bendición del umbral, vaciló un instante, atento a mi señal secreta. Entonces Lea le besó, como yo le había indicado, tres veces la frente. Y Jacob, satisfecho con la señal, tomó, creyéndome a mí, a Lea amorosamente entre sus brazos y la llevó al lecho, a un aliento de distancia de mi labio tembloroso. Mas antes de abrazarla, preguntó

una vez más: <¿Eres tú en verdad, Raquel, la que siento?> Y entonces, Señor —iduro me fue, tú lo sabes, Omnisciente!—, entonces arranqué la voz de mí como quien arranca un clavo de la carne, y susurré de cerca: <Soy yo, Jacob, esposo mío>. Con esto se sintió consolado e irrumpió en ella con la fuerza de su amor. Yo, en cambio —Señor, tú lo sabes, pues como la hoz siega la hierba, así corta tu mirada las tinieblas—, yo, Señor, estaba agazapada apenas a la distancia de un dedo de ellos, y me parecía como si yaciera con el cuerpo vivo en el fuego, mientras aquel abrazaba amorosamente a Lea y creía tomarme a mí, que le estaba abierta con todo el ardor de su sangre. Señor, acuérdate tú, Omnipresente, acuérdate de aquella noche en que siete horas, con las rodillas doloridas y el alma dolorida, estuve agazapada junto a ellos y tuve que oír lo que a mí me correspondía y que a mí misma me estaba vedado sentir. Siete horas, siete eternidades permanecí encorvada, el aliento contenido, y luché contra mi propio grito, como Jacob luchó una vez con tu ángel, y setenta veces más largas me parecieron estas horas que los siete años de espera. Y no las habría soportado, esta noche de mi longanimidad, si no hubiera invocado una y otra vez tu santo nombre y me hubiera fortalecido en el pensamiento de tu infinita paciencia.

Esta, Señor, fue mi obra, la única de que me glorío sobre la tierra, porque en ella me hice semejante a ti mismo en longanimidad y misericordia —pues por encima de la medida de todos los hombres sufrió necesidad mi alma, y no sé si tú, Señor, has tentado jamás tan duramente a una mujer sobre la tierra como a mí en aquella noche aciaga. Y sin embargo, Señor, la soporté hasta el fin, esta noche de todas las noches, y cuando los gallos cantaron, me alcé con el cuerpo exhausto, mientras aquellos reposaban en gran cansancio. Presurosa huí a casa de mi padre, pues pronto había de manifestarse claramente lo que habíamos hecho con engaño, y las mandíbulas me temblaban en la boca ante la ira de Jacob. Y, ay, tal como lo había presentido, así se cumplió. Apenas había reposado en casa de mi padre, cuando bramó la voz del engañado como la de un toro iracundo, y se precipitó hacia allí, un hacha en las manos, para

herir a Labán, mi padre. A mi padre Labán, al anciano, el espanto le paralizó las manos al oír al furioso. Temblando cayó a tierra e invocó tu santo nombre. Y de nuevo, Señor, al oír yo tu santísimo nombre, se apoderó de mí la fuerza de aquel sagrado valor, y me arrojé al encuentro del que se precipitaba, para que su furia cayera sobre mí en lugar de mi padre. Pero los ojos de Jacob ardían con la sangre de la ira, y apenas me vio, a mí que le había ayudado a engañarlo, me golpeó el rostro con los puños, de modo que caí. Pero, Señor, lo soporté sin queja, pues sabía que había un gran amor en su ira. Y aunque me hubiera matado entonces —ya alzaba, enfurecido, el hacha—, Señor, no habría comparecido quejándome ante tu trono eterno, pues por causa de un gran sufrimiento lo había engañado, y sabía que por causa de un gran amor se enfurecía su ira.

Apenas me vio el furioso derribada a sus pies, sangrando y de mirada turbada —he aquí, Señor, que también sobre él descendió la misericordia. Cayó, débil, el hacha alzada, de sus manos; se inclinó y me besó la sangre del labio. Y no solo de mí se compadeció, también a mi padre, Labán, perdonó por mi causa, y no expulsó a Lea de su tienda. Mi padre me dio a él, tras siete años, como segunda esposa, y despertó en mí hijos de mi seno —hijos a quienes alimenté con la leche de mi cuerpo y con la palabra de tu promesa. Hijos a quienes exhorté a invocarte con audacia en la suprema necesidad, con el secreto de tu nombre no disimulado. Y con ese tu nombre del Misericordiosísimo, Señor, te invoco hoy desde mi última necesidad: haz como aquel hizo, deja caer el hacha de tu furor y disipa la nube de tu ira. Por el amor de la misericordia de Raquel, apiádate una vez más, Señor, ten paciencia por mi paciencia y salva tu ciudad santa. Salva, Señor, a mis hijos y nietos, salva a Jeruscholájim».

Raquel había alzado la voz como si tuviera que atravesar cien cielos; así, tras la súplica de su invocación, la fuerza abandonó su alma. Cayó de rodillas, la cabeza conmovida se inclinó hacia la tierra, y como un agua de curso oscuro fluyeron los mechones de su cabellera sobre el cuerpo tembloroso. —Así se arrodilló Raquel, y vivió, y esperó la respuesta de Dios.

Pero Dios calló. Y nada hay más terrible sobre la tierra, ni en los cielos, ni en las nubes suspendidas entre ellos, que el silencio de Dios. Cuando Dios calla, entonces termina el tiempo y se apaga la luz, entonces el día ya no se distingue de la noche, y en todos los mundos no queda sino el vacío del principio. Lo que tiene movimiento deja de moverse, lo que fluye se detiene en su curso, lo floreciente ya no puede florecer, el mar ya no puede fluir sin su palabra íntima. Pero ningún oído terrenal puede soportar el estruendo de este silencio, ningún corazón terrenal puede sostenerse contra el ímpetu de este vacío, en el que solo está Dios, y él mismo, el Viviente, no es, mientras calla, la vida de toda vida.

Y también Raquel, también ella, la más paciente, tampoco pudo soportar este silencio interminable de Dios sobre su clamorosa necesidad. Una vez más alzó los ojos contra el Invisible, una vez más se irguió apoyándose en sus manos maternas, y el pedernal de la ira hizo saltar de su boca la palabra, roja como una chispa:

«¿Acaso no me has oído, Omnipresente? ¿Acaso no me has entendido, Omnisciente? ¿O he de explicarte aún mi palabra, yo, tu ignorante sierva? Comprende, pues, Testarudo: también yo caí en los celos, porque Jacob se derramaba hacia mi hermana, tal como tú ahora te encelas porque mis hijos quemaron incienso a otros dioses en tu lugar. Y sin embargo, yo, mujer débil, refrené mi resentimiento, me apiadé por tu causa, a ti a quien tenía por misericordioso, me apiadé de Lea, y Jacob se apiadó de mí; adviértelo, Dios: todos nosotros, que no somos más que hombres, pobres y perecederos, vencimos el mal de la envidia —y tú, en cambio, tú, Todopoderoso, que todo lo creaste y todo lo agotas, tú, principio y desmesura de todos los seres, tú, a quien perteneció el mar entero, del que nosotros no tenemos sino una gota—, ¿tú no quisiste apiadarte? Bien sé que mi pueblo, mi pueblo niño, es de dura cerviz, y que siempre forcejea contra tu yugo santo; pero, con todo, si eres Dios y Señor de toda plenitud, ¿no debe acaso tu longanimidad sobrepujar su desmesura, y tu misericordia sobrepujar su falta? Pues no puede ser que, ante el rostro de tus ángeles, un hombre te avergonzara y aquellos dijeran: hubo una vez sobre la

tierra una mujer, una mujer débil y mortal, llamada Raquel, que refrenó su furor, mientras que él, Dios, que es el Señor de todos y del universo, sirvió a su ira como un siervo. No, Dios, eso no puede ser, porque si tu misericordia no es sin fin, entonces tú mismo no eres infinito – *entonces – no – eres – tú – Dios*. Entonces no eres el Dios que yo forjé de mis lágrimas y cuya voz me llamó en el grito angustiado de mi hermana; entonces eres un dios extraño, un dios de la ira, un dios del castigo, un dios de la venganza, y yo, Raquel, yo, que solo amo al que ama y solo he servido al misericordioso, yo, Raquel, ¡te repudio ante el rostro de tus ángeles! Que estos aquí, que tus elegidos y profetas se inclinen; mas he aquí que yo, Raquel, la madre, no me inclino: erguida me yergo y me planto en tu propio centro, me interpongo entre tú y tu palabra. Porque quiero querellarme contigo antes de que tú te querelles con mis hijos, y así te acuso: tu palabra, Dios, es contradicción de tu ser, y tu boca airada desmiente tu verdadero corazón. Juzga, pues, Dios, entre tú y tu palabra. Si en verdad eres el Iracundo que proclamas, arrójame también a mí a las tinieblas junto a mis hijos, pues no quiero contemplar tu rostro como el de un dios de la ira, y me repugna el furor de tus celos. Pero si eres el Misericordioso a quien amé desde el principio y cuya doctrina viví, entonces déjate reconocer por mí de una vez, muéstrame tu rostro con el resplandor de tu clemencia, y salva a los hijos, perdona la ciudad santa».

Después de que Raquel hubo hundido así la espada de su palabra en los cielos, la fuerza volvió a abandonarla. Cayó de rodillas, con la cabeza reclinada hacia atrás en espera de la palabra de lo alto, y sus párpados quedaron cerrados como los de una muerta.

Pero, atemorizados, los patriarcas y los profetas se apartaron de la cercanía de Raquel, pues temían que un rayo hubiera de caer sobre la blasfema que se había querellado con Dios. Con ojos temerosos escrutaban los cielos. Mas ninguna señal les llegó.

Pero los ángeles, que ante la sombría ceja de Dios escondían la cabeza bajo las alas y miraban temblando a la audaz que había negado la omnipotencia de su Señor, vieron que de pronto una luz

brotaba del rostro de Raquel y que su frente resplandecía. Como desde dentro, la piel de su cuerpo comenzó a irradiar, y las lágrimas en sus mejillas, las maternas, centellearon como el rocío al alba. Por ello conocieron los ángeles que Dios había mirado el rostro de Raquel con todo el amor de su aliento. Y conocieron que Dios amaba a la que negaba su palabra, por la desmesura y la impaciencia de su fe, más que a los siervos, a los piadosos de su palabra, por su sumisión. Entonces se desvaneció el temor de los ángeles, alzaron confiados los ojos, y he aquí que de nuevo había claridad y gloria en torno a la presencia de Dios, y el azul beatífico de su sonrisa iluminaba sin fin los espacios. Entonces los querubines se alzaron con un rumor de alas sonoras, y con paso de plata el viento saltó tras sus alas, de modo que un sonido fluido de coros recorrió la blanca tienda del cielo. Pero el resplandor en el rostro de Dios creció hasta una gloria infinita, hasta que los firmamentos ya no pudieron soportar tal plenitud y comenzaron a desbordarse del bramido de la luz. Y en él resonaron, en santa concordia, las voces de los ángeles y las voces de los muertos y de todos aquellos a quienes Dios aún no había llamado a la tierra, hasta que todo se convirtió en un aliento beatífico y en un gran canto. Pero los hombres, allá abajo, eternamente ajenos al designio de los celestiales, no sospechaban todavía qué sucedía sobre sus cabezas. Envueltos en vestiduras de muerte, inclinaban sordamente la frente hacia la tierra oscurecida. Entonces, de pronto, sintieron unos y otros como si sobre ellos se alzara un suave susurro semejante a un viento de marzo. Alzaron los ojos, inseguros, y se asombraron. Pues en el muro hendido de las nubes se elevaba de pronto, magnífico, un arcoíris, que llevaba en los siete colores de la luz las lágrimas de Raquel, la madre, a su encuentro.

LOS OJOS DEL HERMANO ETERNO

No evitando toda acción se libera verdaderamente el hombre del obrar; nunca se puede estar libre de toda acción, ni siquiera un solo instante.

Bhagavad-Gita, canto tercero

¿Qué es, pues, la acción? ¿Qué es la inacción? Esto es lo que confunde incluso a los sabios. Pues hay que atender a la acción, atender a la acción no permitida. Hay que atender también a la inacción: la esencia de la acción es insondable.

Bhagavad-Gita, canto cuarto

Ésta es la historia de Virata,

a quien su pueblo ensalzó con los cuatro nombres de la virtud, pero de quien nada está escrito en las crónicas de los soberanos ni en los libros de los sabios, y cuya memoria los hombres olvidaron.

En los años en que el sublime Buda aún no moraba en la tierra ni había derramado la iluminación del conocimiento sobre sus siervos, vivía en la tierra de los birwagher, junto a un rey de los rajputas, un noble, Virata, a quien llamaban Rayo de la Espada, porque era un guerrero, más audaz que todos los demás, y un cazador cuyas flechas jamás erraban, cuya lanza nunca se blandía en vano y cuyo brazo caía como un trueno sobre el impulso de su espada. Su frente era clara, sus ojos se mantenían erguidos ante la pregunta de los hombres: jamás se vio su mano encorvarse en el puño maligno, ni se oyó su voz en el grito de la ira. Servía al rey como un fiel, y sus

esclavos le servían con reverencia, pues nadie era conocido como más justo en las cinco corrientes del río: ante su casa se inclinaban los piadosos al pasar, y los niños sonreían a la estrella de su mirada cuando le veían.

Pero sucedió que la desgracia cayó sobre el rey a quien servía. El hermano de su esposa, a quien había puesto por administrador de la mitad de su reino, ansiaba la totalidad, y había seducido en secreto con regalos a los mejores guerreros del rey, para que le sirvieran a él. Y había persuadido a los sacerdotes de que en breve le trajeran las garzas sagradas del lago, que eran, desde hacía mil y mil años, el signo del dominio en el linaje de los birwagher. El enemigo reunió elefantes y garzas en el campo, congregó a los descontentos de las montañas en un ejército de guerra y avanzó amenazador contra la ciudad. El rey hizo golpear desde la mañana hasta la noche los platillos de cobre y soplar los blancos cuernos de marfil; de noche encendían fuego en las torres y arrojaban a la llama las escamas trituradas de los peces, para que resplandecieran amarillas bajo las estrellas como señal de la necesidad. Pero solo unos pocos acudieron; la noticia del robo de las garzas sagradas había caído pesada sobre el corazón de los jefes y los había vuelto medrosos: el primero de los guerreros y el guardián de los elefantes, los más probados entre los caudillos, se hallaban ya en el campamento del enemigo; en vano buscaba el abandonado amigos con la mirada (pues había sido un señor duro, severo en el juicio y un cruel cobrador de tributos). Y no vio ante su palacio a ninguno de los probados entre los capitanes ni a ninguno de los jefes de campo, sino solo una desamparada multitud de esclavos y siervos.

En esta su necesidad, el rey se acordó de Virata, que le había enviado mensaje de fidelidad al primer toque de los cuernos. Hizo preparar la litera de ébano y llevarla ante su casa. Virata se inclinó hasta la tierra cuando el rey descendió de la litera, pero el rey lo abrazó como un suplicante y le rogó que condujera el ejército contra el enemigo. Virata se inclinó y dijo: —Lo haré, señor, y no volveré a esta casa antes de que la llama de la rebelión sea sofocada bajo el pie de tus siervos.

Y reunió a sus hijos, a su parentela y a sus esclavos, se unió con ellos a la hueste de los fieles y la ordenó en columna de guerra. Todo el día caminaron a través de la espesura hasta el río, en cuya otra orilla se habían congregado los enemigos en número inmenso, jactándose de su multitud y talando árboles para un puente, a fin de llegar por la mañana y, ellos mismos una crecida, anegar la tierra en sangre. Pero Virata conocía, de sus cacerías del tigre, un vado más arriba del puente, y cuando la oscuridad hubo caído, condujo a los fieles, hombre por hombre, a través del agua, y de noche cayeron de improviso sobre el enemigo dormido. Blandieron antorchas de pez, de modo que los elefantes y los búfalos se espantaron y pisotearon en su huida a los que dormían, y la llama blanca saltó a las tiendas. Pero Virata había sido el primero en irrumpir en la tienda del rey rival, y antes de que los dormidos despertaran sobresaltados, ya había abatido a dos con la espada, y al tercero cuando apenas se incorporaba y buscaba la suya. Al cuarto y al quinto los abatió, hombre contra hombre, en la oscuridad, a uno en la frente, al otro en el pecho todavía desnudo. En cuanto yacieron silenciosos, sombra entre sombras, se plantó atravesado ante la entrada de la tienda, para impedir el paso a quien quisiera penetrar, y así salvar el signo del dios, las garzas blancas. Pero ya no venían más enemigos; huían despavoridos en un terror insensato, y tras ellos, con gritos de júbilo, los siervos victoriosos. La fuga pasó de largo y se fue alejando cada vez más. Entonces Virata se sentó, sosegado, con las rodillas cruzadas ante la tienda, la espada ensangrentada en las manos, y esperó a que los compañeros regresaran de su ardiente persecución.

Mas duró solo un poco, y ya despertaba el día de Dios detrás del bosque; las palmeras ardían en el rojo dorado del amanecer y centelleaban como antorchas en la corriente. Sangriento rompía el sol, la herida ígnea en el oriente. Entonces Virata se levantó, se despojó de la vestidura, se acercó a la corriente, con las manos alzadas sobre la cabeza, y se inclinó orando ante el ojo resplandeciente de Dios; luego descendió a la corriente para la ablución sagrada, y la sangre se fue de sus manos. Mas cuando la

luz, en blanca ola, tocó su cabeza, retrocedió a la orilla, se envolvió en su vestidura y volvió, de rostro claro, hacia la tienda, para contemplar a la luz de la mañana los hechos de la noche. Con el espanto petrificado en los rasgos, los ojos desorbitados y el ademán desgarrado, yacían los muertos: con la frente hendida el rey rival, y con el pecho abierto el infiel, que antes había sido caudillo en la tierra de los birwagher. Virata les cerró los ojos y siguió adelante, para ver a los otros que había abatido mientras dormían. Yacían, aún medio cubiertos por sus esteras; el rostro de dos le resultó extraño: eran esclavos del seductor, venidos del país del sur, de cabello lanoso y rostro negro. Pero cuando volvió hacia sí el rostro del último, se le oscureció la vista, pues era su hermano mayor, Belangur, el príncipe de las montañas, a quien aquel había llamado en su ayuda y a quien él, sin saberlo, había matado de noche con su propia mano. Se inclinó, estremecido, hacia el corazón del que yacía encogido. Pero ya no latía; rígidos permanecían los ojos abiertos del muerto, y sus negras pupilas se le clavaban hasta el corazón. Entonces el aliento de Virata se hizo muy pequeño, y como un muerto se sentó entre los muertos, con la mirada apartada, para que el ojo inmóvil de aquel a quien su madre había dado a luz antes que a él no lo acusara por su acción.

Pero pronto llegaron voces volando; como aves salvajes, los siervos venían jubilosos de la persecución hacia la tienda, ricos en botín y de ánimo alegre. Al encontrar al rey rival abatido en medio de los suyos y a salvo las garzas sagradas, bailaron y saltaron, besaron la vestidura colgante de Virata, que estaba sentado entre ellos sin advertirlo, y lo aclamaron con un nuevo nombre, Rayo de la Espada. Y llegaban cada vez más; cargaban el botín en carros, pero tan hondo se hundían las ruedas bajo el peso que tuvieron que golpear a los búfalos con espinas, y las barcas amenazaban con hundirse. Un mensajero saltó al río y se apresuró por delante, para llevar la noticia al rey, mientras los demás se demoraban junto al botín y celebraban su victoria. Virata, entretanto, permanecía sentado en silencio, como quien sueña. Solo una vez alzó la voz, cuando quisieron arrebatarse del cuerpo de los muertos sus vestiduras.

Luego se levantó, ordenó recoger maderos y apilar los cadáveres sobre la pira, para que fueran quemados y sus almas entraran puras en la transformación. Los siervos se maravillaron de que actuara así con los conspiradores, cuyos cuerpos debían ser desgarrados por los chacales del bosque y cuyos huesos debían blanquear bajo el rigor del sol; pero hicieron según su mandato. Cuando las piras estuvieron apiladas, Virata mismo encendió la llama y arrojó incienso y sándalo en la madera humeante; luego apartó el rostro y permaneció en silencio, hasta que los leños se desplomaron enrojecidos y las brasas se hundieron en ceniza sobre el suelo.

Entretanto, los esclavos habían terminado el puente que ayer, jactanciosos, habían comenzado los siervos del rey rival; delante marchaban los guerreros, coronados con flores de banano, luego seguían los siervos, y a caballo los príncipes. Virata los dejó ir delante, pues su canto y su griterío resonaban dolorosamente en su alma, y cuando caminaba, había, por su voluntad, una distancia entre ellos y él. En medio del puente se detuvo y miró largo tiempo hacia el agua corriente, a la derecha y a la izquierda; delante y detrás de él se detuvieron, guardando la distancia, los guerreros, asombrados. Y vieron cómo alzaba el brazo con la espada, como si quisiera blandirla contra el cielo, pero al bajarlo dejó deslizar la empuñadura con desgana, y la espada se hundió en la corriente. Desde ambas orillas saltaron niños desnudos al agua para volver a sacarla a flote, creyendo que se le había escapado por descuido, pero Virata los rechazó con severidad y siguió andando, de rostro inmóvil y frente ensombrecida, entre los siervos asombrados. Ninguna palabra torció ya sus labios, mientras hora tras hora avanzaban por el camino amarillo hacia la patria.

Aún estaban lejos de las puertas de jaspe y las torres almenadas de Birwagha, cuando ya se alzaba una nube blanca en el cielo, y la nube rodaba hacia ellos, corredores y jinetes, adelantando al polvo. Y se detuvieron al ver la columna guerrera, y extendieron alfombras sobre el camino en señal de que el rey saldría a su encuentro, cuya planta jamás toca el polvo terrenal desde la hora de su nacimiento hasta la muerte, cuando la llama envuelva su cuerpo purificado. Y ya

se acercaba desde lejos, sobre el elefante ancestral, el rey, rodeado de sus pajes. El elefante, obedeciendo el aguijón, dobló las rodillas, y el rey descendió sobre la alfombra extendida. Virata quiso inclinarse ante su señor, pero el rey avanzó hacia él y lo abrazó con ambos brazos, una honra a un súbdito tal como jamás se había oído en aquel tiempo ni se hallaba consignada en los libros. Virata hizo traer las garzas, y cuando batieron sus alas blancas, estalló tal júbilo que los caballos se encabritaron y los guías tuvieron que domar a los elefantes con el aguijón. El rey, al contemplar las señales de la victoria, abrazó a Virata por segunda vez e hizo una seña a un siervo. Este trajo la espada del padre héroe de los rajputas, que desde hacía siete veces setecientos años reposaba en la cámara del tesoro de los reyes, una espada cuya empuñadura era blanca de pedrería y en cuya hoja estaban escritas, con signos de oro, palabras secretas de victoria en la escritura de los antepasados, que ya ni los sabios conocían ni los sacerdotes del gran templo. Y el rey entregó a Virata la espada de las espadas como don de su gratitud y como prenda de que desde entonces sería el primero de sus guerreros y el caudillo de sus pueblos.

Pero Virata inclinó el rostro hasta la tierra y no lo alzó, mientras decía:

—¿Puedo pedir una gracia al más clemente y un favor al más magnánimo de los reyes?

El rey bajó la mirada hacia él y dijo:

—Concedida está, antes aun de que alces los ojos hacia mí. Y si pidieras la mitad de mi reino, sería tuya en cuanto movieras los labios.

Entonces Virata dijo:

—Permitid, mi rey, que esta espada quede en la cámara del tesoro, pues he hecho en mi corazón el voto de no empuñar más espada alguna, desde que hoy maté a mi hermano, el único que creció conmigo en un mismo seno y que jugó conmigo en las manos de mi madre.

Asombrado, el rey lo miró. Luego dijo: —Sé entonces, sin espada, el primero de mis guerreros, para que sepa mi reino a salvo de todo enemigo, pues ningún héroe ha conducido jamás mejor un ejército contra fuerzas superiores: toma mi cinto como signo de poder, y este mi corcel, para que todos te reconozcan como el más alto de mis guerreros.

Pero Virata inclinó una vez más el rostro hasta la tierra y respondió:

—El Invisible me ha enviado una señal, y mi corazón la ha comprendido. Maté a mi hermano, para que ahora sepa que todo el que mata a un hombre mata a su hermano. No puedo ser caudillo en la guerra, pues en la espada hay violencia, y la violencia es enemiga del derecho. Quien participa del pecado de matar es él mismo un muerto. Pero yo quiero que de mí no salga temor, y prefiero comer el pan del mendigo antes que obrar injustamente contra esta señal que he reconocido. Breve es la vida en la eterna transformación: dejadme vivir mi parte como un justo.

El rostro del rey se oscureció por un momento, y tal silencio de espanto se hizo en torno a él como antes había habido plenitud de bullicio, pues jamás se había oído, en los tiempos de los padres y los antepasados, que un hombre libre del rey se resistiera y que un príncipe no aceptara un regalo de su rey. Pero entonces el soberano alzó la mirada hacia las garzas sagradas, el signo de la victoria que aquel había recobrado, y su rostro se iluminó de nuevo, mientras decía:

—Siempre te he reconocido como valiente contra mis enemigos, Virata, y como un justo entre todos los siervos de mi reino. Si he de prescindir de ti en la guerra, no quiero prescindir de ti en mi servicio. Ya que conoces la culpa y sopesas la culpa como un justo, serás el primero de mis jueces y pronunciarás sentencia en la escalinata de mi palacio, para que la verdad se guarde entre mis muros y el derecho se custodie en el país.

Virata se inclinó ante el rey y le asió la rodilla en señal de gratitud. El rey le ordenó subir al elefante a su lado, y entraron en la ciudad de las sesenta torres, cuyo júbilo rompía contra ellos como un mar tempestuoso.

Desde lo alto de la escalinata de color rosa, a la sombra del palacio, Virata impartía ahora justicia en nombre del rey, desde la salida hasta la puesta del sol. Pero su palabra era como una balanza que tiembla largo tiempo antes de medir un peso; su mirada penetraba clara en el alma del culpable, y sus preguntas descendían con tenacidad hasta el fondo de los crímenes, como un tejón en la oscuridad de la tierra. Severa era su sentencia, pero nunca dictaba el fallo el mismo día; siempre interponía el fresco intervalo de la noche entre el interrogatorio y la condena: durante las largas horas hasta la salida del sol, los suyos lo oían a menudo caminar sin descanso sobre el techo de la casa, meditando sobre lo justo y lo injusto. Pero antes de pronunciar un juicio, sumergía las manos y la frente en el agua, para que su sentencia quedara limpia del ardor de la pasión. Y siempre, una vez pronunciado, preguntaba al culpable si su palabra le parecía errónea; pero rara vez sucedía que alguno replicara contra ella; en silencio besaban el umbral de su asiento y recibían, con la cabeza baja, el castigo como de boca de Dios.

Pero jamás pronunció la boca de Virata sentencia de muerte, ni siquiera sobre el más culpable, y se resistía a quienes se lo reclamaban. Porque rehuía la sangre. El pozo circular de los antepasados rajputas, sobre cuyo borde el verdugo inclinaba las cabezas para el golpe y cuyas piedras eran negras de sangre coagulada, la lluvia lo fue lavando blanco de nuevo con los años. Y sin embargo, la desgracia no aumentó en el país. Encerraba a los malhechores en el calabozo de roca, o los enviaba a las montañas, donde debían picar piedra para los muros de los jardines, y a los molinos de arroz junto al río, donde hacían girar las ruedas junto con los elefantes. Pero él honraba la vida, y los hombres lo honraban a él, pues jamás se halló falta en su sentencia, ni negligencia en su interrogatorio, ni ira en su palabra. Desde lejos, del país, venían los labradores en carros de búfalos con sus disputas, para que él las

resolviera; los sacerdotes escuchaban su palabra y el rey su consejo. Su fama crecía como crece el bambú joven, recto y luminoso en una sola noche, y los hombres olvidaron su antiguo nombre, con el que lo habían aclamado como Rayo de la Espada, y lo llamaron, por todo el país de los rajputas, la Fuente de la Justicia.

En el sexto año, mientras Virata impartía justicia desde el peldaño del atrio, sucedió que unos acusadores trajeron a un joven de la tribu de los kazaren, los salvajes que habitan más allá de las rocas y sirven a otros dioses. Tenía los pies llaados, de tantas jornadas como lo habían hecho recorrer, y cuatro vueltas de ataduras ceñían sus poderosos brazos, para que no pudiera hacer violencia a nadie, como amenazaba su mirada, que giraba iracunda bajo las cejas ensombrecidas. Lo colocaron junto a la escalinata y arrojaron violentamente al atado de rodillas ante el juez; luego se inclinaron ellos mismos y alzaron las manos en señal de acusación.

Virata miró con asombro a los forasteros: —¿Quiénes sois, hermanos, que venís de tan lejos, y quién es este que traéis atado ante mí?

Se inclinó el más anciano de ellos y dijo:

—Pastores somos, señor, que moramos en paz en la tierra del oriente; pero este es el más malvado de la mala tribu, una fiera que ha matado a más hombres de los que tiene dedos en su mano. Un hombre de nuestra aldea le negó a su hija por esposa, porque los suyos son de costumbres impías, comedores de perros y matadores de vacas, y se la dio por esposa a un mercader del valle. Entonces, en su ira, se lanzó como un bandido sobre nuestro rebaño; mató de noche al padre y a sus tres hijos, y cada vez que un hombre de aquella familia llevaba el ganado hasta los límites de la montaña, lo mataba. A once de nuestra aldea llevó así de la vida a la muerte, hasta que nos unimos y dimos caza al malvado como a una fiera, y lo trajimos ante el más justo de todos los jueces, para que tú liberes al país de este violento.

Virata alzó el rostro hacia el atado:

—¿Es verdad lo que ellos dicen?

—¿Quién eres tú? ¿Eres el rey?

—Soy Virata, su siervo y el siervo del derecho, pues me ocupo de la expiación de la culpa y separo lo verdadero de lo falso.

El atado calló largo rato. Luego lanzó una mirada dura:

—¿Cómo puedes saber tú, desde lejos, qué es verdad y qué es falso, si tu saber se nutre solo de las palabras de los hombres?

—Que tu contrarréplica luche contra sus palabras, para que yo reconozca la verdad.

El atado alzó las cejas con desdén:

—Yo no discuto con ellos. ¿Cómo puedes saber tú lo que hice, si ni yo mismo sé lo que hacen mis manos cuando la ira cae sobre mí? Hice bien en obrar contra aquel que vendió a una mujer por dinero, bien en obrar contra sus hijos y sus siervos. Que se querellen contra mí. Los desprecio a ellos y desprecio tu sentencia.

Como una tormenta recorrió la ira a los demás, al oír que el obstinado insultaba al justo juez, y el siervo del tribunal alzó ya la vara espinosa para el golpe. Pero Virata acalló su ira con un gesto y repitió una vez más pregunta tras pregunta. Cada vez que recibía respuesta de los acusadores, interrogaba de nuevo al atado. Pero este apretaba los dientes en una risa maligna y solo dijo, una vez más:

—¿Cómo quieres saber tú la verdad por las palabras de otros?

El sol estaba a plomo sobre sus cabezas, en el mediodía, cuando el interrogatorio de Virata llegó a su fin. Y se levantó, y quiso, como era su costumbre, volver a su casa y anunciar la sentencia solo al día siguiente. Pero los acusadores alzaron las manos. —Señor —dijeron—, siete días hemos caminado para llegar ante ti, y siete días de vuelta querrá nuestro viaje. No podemos esperar hasta mañana, pues el ganado se muere de sed sin abrevadero y el campo reclama nuestro arado. Señor, te suplicamos, ¡pronuncia tu sentencia!

Entonces Virata volvió a sentarse en el peldaño y meditó. Su rostro estaba tenso como el de quien lleva una pesada carga sobre la cabeza, pues nunca le había sucedido pronunciar sentencia contra alguien que no pidiera clemencia y que se defendiera con la palabra. Largo rato meditó, y las sombras crecían con las horas. Luego se acercó al pozo, se lavó el rostro y las manos en la frescura del agua, para que su palabra estuviera libre del ardor de la pasión, y dijo: — Que sea justa la sentencia que pronuncio. Culpa de muerte ha cargado este sobre sí, arrancando a once vivos de su cuerpo caliente hacia el mundo de la transformación. Un año madura la vida del hombre encerrada en el seno de la madre; así quede este, por cada uno que mató, encerrado un año en la oscuridad de la tierra. Y porque hizo brotar sangre once veces del cuerpo de los hombres, sea azotado once veces al año, hasta que la sangre brote de él, para que pague con el número de sus víctimas. Pero no sea castigado en su vida, pues de los dioses es la vida, y el hombre no debe tocar lo divino. Que sea justa la sentencia que he pronunciado, no por complacer a nadie, sino a la gran retribución. Y de nuevo se sentó Virata en el peldaño; los acusadores besaron la escalinata en señal de reverencia. Pero el atado clavó una mirada sombría en los ojos del juez, que lo interrogaban al encontrarse con los suyos. Entonces dijo Virata:

—Te llamé para que me exhortaras a la clemencia y me ayudaras contra tus acusadores, pero tus labios permanecieron sellados. Si hay error en mi sentencia, no me acuses a mí ante el Eterno, sino a tu silencio. Yo quería ser clemente contigo.

El atado se encrespó: —No quiero tu clemencia. ¿Qué es tu clemencia, la que me das, frente a la vida que me quitas en un mismo aliento?

—No te quito la vida.

—Me quitas la vida, y me la quitas más cruelmente de lo que la quitan los caudillos de nuestra tribu, a la que llaman la salvaje. ¿Por qué no me matas? Yo he matado, hombre contra hombre, pero tú me haces enterrar como una carroña en la oscuridad de la tierra,

para que me pudra a lo largo de los años, porque tu corazón es cobarde ante la sangre y tus entrañas carecen de fuerza. Arbitrariedad es tu ley y tormento tu sentencia. Márame, pues yo he matado.

—He medido tu castigo con justicia...

—¿Medido con justicia? Pero ¿dónde está tu medida, juez, con la que mides? ¿Quién te ha azotado, para que conozcas el látigo? ¿Cómo cuentas los años con la ligereza de los dedos, como si fueran lo mismo las horas a la luz y las sepultadas en la oscuridad de la tierra? ¿Has estado tú en el calabozo, para saber cuántas primaveras me quitas de mis días? Un ignorante eres, y no un justo, pues solo quien lo sufre conoce el golpe, no quien lo asesta; solo quien ha padecido puede medir el sufrimiento. Tu soberbia se atreve a castigar culpables, y tú mismo eres el más culpable de todos, pues yo quité la vida en la ira, bajo el yugo de mi pasión, mientras que tú me arrebatas la vida a sangre fría y me impones una medida que tu mano nunca ha pesado y cuyo peso jamás ha probado. ¡Apártate del peldaño de la justicia, juez, para que no resbales de él! ¡Ay de quien mide con la medida del arbitrio, ay del ignorante que cree saber del derecho! ¡Apártate del peldaño, juez ignorante, y no juzgues a hombres vivos con la muerte de tu palabra!

Pálido brotó el odio de la boca del que gritaba, y de nuevo los demás se abalanzaron airados sobre él. Pero Virata los contuvo otra vez, apartó su rostro del salvaje y dijo en voz baja: —No puedo quebrantar la sentencia que se dicta en este umbral. ¡Ojalá haya sido justa!

Luego se marchó Virata, mientras ellos sujetaban a aquel que se resistía en sus cadenas. Pero una vez más se detuvo el juez y volvió el rostro: allí, rígidos y hostiles, le salieron al encuentro los ojos del arrastrado. Y con un estremecimiento sintió Virata en el corazón cuán semejantes eran a los ojos de su hermano muerto en aquella hora en que yacía abatido por su propia mano en la tienda del rey rival...

Aquella noche Virata no volvió a dirigir palabra a nadie. La mirada del desconocido se le había clavado en el alma como una flecha ardiente. Y los suyos lo oyeron, noche entera, hora tras hora, ir y venir sin sueño sobre el tejado de su casa, hasta que la mañana rompió roja entre las palmeras.

En el estanque sagrado del templo tomó Virata el baño de la aurora y oró vuelto hacia oriente; luego entró de nuevo en su casa, escogió la vestidura amarilla de fiesta, saludó grave a los suyos, que, asombrados y sin embargo sin preguntar, contemplaban su solemne proceder, y se dirigió solo al palacio del rey, que le estaba abierto a toda hora del día y de la noche. Virata se inclinó ante el rey y tocó el borde de su manto en señal de súplica.

El rey lo miró con claridad desde lo alto y dijo: —Tu deseo ha tocado mi manto. Está cumplido antes de que le des palabras, Virata.

—Vos me pusisteis como el primero de vuestros jueces. Siete años llevo juzgando en vuestro nombre y no sé si he juzgado con rectitud. Concededme un mes de silencio, para que emprenda un camino hacia la verdad, y concededme que oculte ese camino ante vos y ante todos los demás. Quiero obrar una acción sin injusticia y vivir sin culpa.

El rey se asombró:

—Pobre será mi reino en justicia de esta luna a la otra. Pero no te preguntaré por tu camino. ¡Que te lleve a la verdad!

Virata besó el umbral en señal de gratitud, inclinó de nuevo la cabeza y se fue.

Desde la claridad entró en su casa, reunió a su esposa y a sus hijos: —Durante una luna entera no me veréis. Despedíos de mí y no preguntéis.

Temerosa miró la esposa, piadosos miraron los hijos. Se inclinó ante cada uno y lo besó entre los ojos. —Ahora id a vuestras habitaciones, encerraos, para que nadie me siga con la mirada, a mi

espalda, adonde vaya cuando cruce la puerta. Y no preguntéis por mí hasta que la luna se renueve.

Y se volvieron, cada uno en silencio.

Virata se despojó de la vestidura festiva y se puso una oscura, oró ante las imágenes del dios de las mil formas, grabó en hojas de palma una larga escritura que enrolló hasta formar una carta. Con la oscuridad salió luego de su casa silenciosa y se encaminó hacia el peñasco ante la ciudad, donde estaban las minas profundas y las prisiones. Golpeó a la puerta del portero, hasta que el que dormía se levantó de su estera y preguntó a voces quién lo reclamaba: —Soy Virata, el primero de los jueces. He venido a ver a aquel que trajeron ayer.

—En la profundidad está encerrado, señor, en la estancia más baja de la oscuridad. ¿Debo guiarte, señor?

—Conozco la estancia. Dame la llave y vuelve a tu descanso. Por la mañana encontrarás la llave ante tu puerta. Y no digas a nadie que hoy me has visto.

El portero se inclinó, trajo la llave y una lámpara. Virata le hizo una seña, y el sirviente retrocedió en silencio y se echó sobre la estera. Él, en cambio, abrió la puerta de cobre que cerraba la hondonada del peñasco, y descendió a la profundidad del calabozo.

Ya cien años antes habían comenzado los reyes rajputas a encerrar en estas rocas a sus prisioneros, y cada uno de los encerrados iba ahuecando, día tras día, más hondo el monte, y creaba nuevas celdas en la piedra fría para nuevos siervos del calabozo que vendrían tras él.

Virata lanzó aún una mirada, antes de cerrar la puerta, al cuadrado abierto del cielo con sus estrellas blancas y titilantes; luego cerró el portón, y la oscuridad se le vino húmeda al encuentro, sobre la cual saltaba inseguro el resplandor de su lámpara como un animal que buscara algo. Todavía oía el suave susurro del viento entre los árboles y los chillidos agudos de los monos: pero en la primera profundidad ya no era esto sino un leve bramido lejano; en la

segunda profundidad reinaba ya el silencio, como bajo el espejo del mar, inmóvil y frío. De las piedras solo soplabla humedad, y ya no el aroma de la tierra terrenal, y cuanto más hondo descendía, tanto más duro resonaba su paso en la rigidez del silencio.

En la quinta cámara, más honda bajo tierra de lo que las palmeras más altas se alzan hacia el cielo, estaba la celda del prisionero. Virata entró y alzó la lámpara hacia el oscuro bulto, que apenas se movía, hasta que la luz lo rozó. Una cadena tintineó.

Virata se inclinó sobre él: —¿Me reconoces?

—Te reconozco. Eres aquel al que pusieron por señor de mi destino y que lo pisoteó bajo su pie.

—No soy señor de nadie. Soy siervo del rey y de la justicia. He venido a servirla.

Sombrío alzó la vista el prisionero y clavó los ojos en el rostro del juez: —¿Qué quieres de mí?

Virata calló largo tiempo, luego dijo:

—Te hice daño con mi palabra, pero también tú me hiciste daño con las tuyas. No sé si mi sentencia fue justa, pero había una verdad en tu palabra: nadie debe medir con una medida que no conoce. Un ignorante fui, y quiero llegar a saber. A cientos he enviado a esta noche, a muchos he hecho mucho y no conozco mi obra. Ahora quiero conocerla, quiero aprender, para ser justo y entrar sin culpa en la transformación.

El prisionero seguía clavando la mirada. Suavemente tintineó la cadena.

—Quiero saber lo que te impuse; el mordisco del látigo quiero conocerlo en mi propio cuerpo, y el tiempo encadenado, en mi alma. Por una luna quiero ocupar tu lugar, para saber cuánta expiación te he asignado. Luego renovaré la sentencia del umbral, sabiendo su fuerza y su peso. Tú, mientras tanto, ve libre. Quiero darte la llave que te lleve a la luz, y dejarte libre tu vida durante una luna, si me

juras el regreso; entonces, de la oscuridad de esta profundidad, se hará luz en mi saber.

Como piedra permaneció el prisionero. La cadena ya no tintineaba.

—Júrame por la implacable diosa de la venganza, que alcanza a todos, que callarás ante todos durante esta luna, y yo te daré la llave y mi propia vestidura. Dejarás la llave ante la estancia del portero y te irás libre. Pero con tu juramento quedarás ligado ante el dios de las mil formas a llevar, cumplido el círculo de la luna, este escrito al rey, para que yo sea liberado y juzgue de nuevo según la justicia. ¿Juras hacer esto, por el dios de las mil formas?

—Lo juro —brotó, como desde las entrañas de la tierra, de los labios del tembloroso.

Virata soltó la cadena y se despojó de su propia vestidura, deslizándola de los hombros.

—Toma, ponte esta vestidura, dame la tuya y cúbrete el rostro, para que ningún guardián te reconozca. Y ahora toma esta navaja y córtame el cabello y la barba, para que tampoco yo sea reconocible.

El prisionero tomó la navaja, pero, tembloroso, le cayó la mano. Mas la mirada imperiosa del otro penetró en él, y obró como se le había ordenado. Calló largo tiempo. Luego se postró, y la palabra le brotó de la boca a gritos:

—Señor, no consiento que sufras por mi causa. Yo he matado, he derramado sangre con mano ardiente. Justa fue tu sentencia.

—Ni tú puedes sopesarlo ni yo tampoco, pero pronto seré iluminado. Ve ahora, como has jurado, y preséntate el día de la luna llena ante el rey, para que me libere: entonces sabré acerca de los actos que cometo, y mi palabra será para siempre sin injusticia. ¡Ve!

El prisionero se inclinó y besó la tierra...

Pesada cayó la puerta en la oscuridad; una vez más saltó la luz de la lámpara contra las paredes, luego la noche se precipitó sobre las horas.

A la mañana siguiente, Virata, a quien nadie reconoció, fue conducido al campo ante la ciudad y allí azotado. Cuando el latigazo vibrante cayó por primera vez sobre su espalda desnuda, Virata gritó. Luego apretó los dientes. Pero al golpe setenta se oscureció ante sus sentidos, y lo llevaron como a un animal muerto.

Tendido en la celda, despertó de nuevo, y le pareció que yacía con la espalda sobre fuego ardiente. Pero en torno a su frente había frescor; con el aliento aspiraba el aroma de hierbas silvestres: sintió que una mano estaba sobre su cabello y que de ella goteaba algo suave. Abrió despacio la rendija de los párpados y vio: la mujer del portero estaba a su lado y le lavaba solícita la frente. Y cuando alzó del todo los ojos hacia ella, brilló hacia él, desde su mirada, la estrella de la compasión. Y a través del ardor de su cuerpo reconoció el sentido de todo sufrimiento en la gracia de la bondad. Sonrió suavemente hacia ella y ya no sintió su tormento.

Al segundo día pudo ya incorporarse y tantear con las manos su frío cuadrado. Sintió cómo un mundo nuevo crecía con cada paso que daba, y al tercer día las heridas comenzaron a cicatrizar. Sentido y fuerza volvieron. Ahora permanecía sentado en silencio y solo percibía las horas por las gotas que caían de la pared y dividían el gran silencio en muchos tiempos pequeños, que crecían quedamente hasta hacerse día y noche, como una vida de miles de días crece a su vez hasta la virilidad y la vejez. Nadie le hablaba, la oscuridad permanecía rígida en su sangre, pero desde dentro ascendía ahora, coloreado, el recuerdo en manantial silencioso, que fluía poco a poco reunido en un estanque quieto de la contemplación, donde se reflejaba su vida entera. Lo que había vivido disperso corría ahora hacia uno solo, y una fresca claridad sin oleaje mantenía la imagen purificada en la suspensión del corazón. Nunca había sido su ánimo tan puro como en este sentimiento de contemplación inmóvil de un mundo reflejado.

Con cada día se hacía más clara la vista de Virata; de la oscuridad se alzaban las cosas a su encuentro y confiaban sus formas a su percepción. Y también por dentro se aclaraba todo en una

contemplación serena: el más suave placer de la contemplación, hinchándose sin deseo sobre la apariencia de una apariencia, la memoria, jugaba con las formas de la transformación como las manos del encadenado con los guijarros dispersos de la profundidad. Desvanecido él mismo, hechizado e inmóvil, ignorante de las formas de su propio ser en la oscuridad, sentía con más fuerza el poder del dios de las mil formas y a sí mismo vagar por las figuras, sin adherirse a ninguna, claramente liberado de la servidumbre de la voluntad, muerto en lo viviente y vivo en la muerte... Todo el miedo de lo percedero se disolvía en el suave placer de la liberación del cuerpo. Le parecía que con cada hora se hundía más hondo en la oscuridad, hacia la piedra y la raíz negra de la tierra, y sin embargo grávido de nuevo germen: gusano tal vez, hurgando sordamente en el terrón, o planta, alzándose con tallo pujante, o solo roca, reposando fresca en la bienaventurada inconsciencia del ser.

Dieciocho noches gozó Virata del divino misterio de la contemplación entregada, desligado de la propia voluntad y libre del aguijón de vivir. Bienaventuranza le parecía lo que había hecho como expiación, y ya sentía en sí la culpa y el destino solo como imágenes de sueño sobre la eterna vigilia del saber. Pero en la decimonovena noche se incorporó bruscamente del sueño: un pensamiento terrenal lo había rozado. Como aguja al rojo se le hincó en el cerebro. El espanto sacudió horrendo su cuerpo, y los dedos le temblaban en la mano como hojas en la rama. Este era el pensamiento del espanto: que el prisionero pudiera faltar a su juramento y olvidarlo, y que él tuviera que quedar aquí tendido mil y mil y mil días, hasta que la carne se le cayera de los huesos y la lengua se le paralizara en el silencio. Una vez más saltó en su cuerpo, como una pantera, la voluntad de vivir, y desgarró el envoltorio: el tiempo fluyó hacia su alma, y el miedo y la esperanza, la confusión del hombre. Ya no podía pensar en el dios de las mil formas de la vida eterna, sino solo en sí mismo; sus ojos tenían hambre de luz, sus piernas, que se rozaban contra la piedra dura, querían anchura, querían salto y carrera. En su esposa y sus hijos, en su casa y sus bienes, en la

ardiente tentación del mundo tenía que pensar, la que se bebe con los sentidos y se siente con el cálido calor despierto de la sangre.

Desde este día del recuerdo, el tiempo, que hasta entonces había yacido mudo a sus pies como un estanque negro y reflejante, se hinchó hacia arriba, hacia su pensamiento; corría como una corriente, pero siempre en su contra. Él quería que lo arrastrara consigo y lo llevara, como una viga que salta, hasta la hora inmóvil de la liberación. Pero contra él fluía: con aliento jadeante, nadador desesperado, le arrancaba hora tras hora. Y le parecía que, de repente, las gotas de agua vacilaban en su caída contra la pared, tan ancho se había hinchado el intervalo de tiempo entre ellas. Ya no podía permanecer más tiempo en su lecho. El pensamiento de que aquel se olvidaría de él y de que tendría que pudrirse aquí, en el sótano del silencio, lo hacía girar como una peonza entre las paredes. El silencio lo ahogaba: increpaba a las piedras con palabras de injuria y de lamento, maldecía a sí mismo, a los dioses y al rey. Con las uñas sangrantes se aferraba a la roca burlona y corría con el cráneo contra la puerta, hasta caer sin sentido al suelo, para volver a levantarse de un salto, despierto, y correr, como una rata enloquecida, de un lado a otro por el cuadrado.

En estos días, desde el decimoctavo del apartamento hasta la luna nueva, Virata vivió mundos de espanto. Le repugnaban el alimento y la bebida, pues el miedo le llenaba el cuerpo. Ya no podía retener ningún pensamiento; solo sus labios contaban las gotas que caían, para partir el tiempo infinito de un día al otro. Y sin que él lo supiera, la cabeza había encanecido sobre sus sienes palpitantes.

Pero al trigésimo día se alzó un ruido ante la puerta y cayó de nuevo en el silencio. Luego resonaron pasos, la puerta se abrió de golpe, la luz irrumpió, y ante el sepultado en la oscuridad estuvo el rey. Y lo abrazó con amor, mientras decía: —He sabido de tu acción, mayor que ninguna otra que jamás se supo en las escrituras de los padres. Como una estrella brillará en lo alto sobre lo bajo de nuestra vida. Sal fuera, para que el fuego de Dios te ilumine y el pueblo, con ojos bienaventurados, contemple a un justo.

Virata se llevó la mano ante los ojos, pues la luz hería, demasiado intensa, su mirada desacostumbrada a ella, y por dentro ondeaba púrpura la sangre. Como un ebrio se puso en pie, y los siervos tuvieron que sostenerlo. Pero antes de salir por la puerta, dijo:

—Vos, rey, me habéis llamado justo, pero yo sé ahora que todo el que dicta derecho comete injusticia y se llena de culpa. Aún hay hombres en esta profundidad que sufren por mi palabra, y solo ahora conozco su sufrimiento y sé: nada puede pagarse con nada. Dejadlos libres, rey, y apartad al pueblo de mi paso, pues me avergüenzo de su alabanza.

El rey hizo una seña, y los siervos apartaron al pueblo. Volvió a reinar el silencio en torno a ellos. Luego dijo el rey:

—En el escalón más alto del palacio te sentabas para dictar derecho. Pero ahora que, por el sufrimiento sabedor, has sido más sabio que jamás lo fue juez alguno, te sentarás junto a mí, para que yo escuche tu palabra y me haga sabio yo mismo por tu justicia.

Pero Virata asió su rodilla en señal de súplica: —¡Dejadme libre de mi cargo! Ya no puedo decir verdad, desde que sé que nadie puede ser juez de nadie. A Dios corresponde castigar, y no a los hombres, pues quien toca el destino cae en culpa. Y yo quiero vivir mi vida sin culpa.

—Así sea —respondió el rey—, no juez en el reino, sino consejero de mis actos, para que me muestres la guerra y la paz, el tributo y la renta, con justicia, y yo no yerre en mi decisión.

Una vez más abrazó Virata la rodilla del rey:

—No me deis poder, rey, pues el poder incita a la acción, ¿y qué acción, rey mío, es justa y no va contra un destino? Si aconsejo la guerra, siembro muerte, y lo que hablo crece hasta hacerse actos, y cada acto engendra un sentido que yo no conozco. Solo puede ser justo quien no participa en el destino ni en la obra de nadie, quien vive solo: nunca estuve más cerca del conocimiento que cuando estaba solo, sin palabra de los hombres, y nunca más libre de culpa.

Dejadme vivir en paz en mi casa, sin otro servicio que el del sacrificio ante los dioses, para que permanezca puro de toda culpa.

—A disgusto te dejo ir —dijo el rey—, pero ¿quién puede contradecir a un sabio y torcer la voluntad de un justo? Vive según tu voluntad; es honra de mi reino que alguien viva y obre dentro de sus límites sin culpa.

Salieron ante la puerta, y allí el rey lo dejó ir. Virata caminó solo y aspiró el dulce aire del sol; el alma le era ligera como nunca, mientras iba a su casa, libre de todo servicio. Detrás de él sonó suave un paso fugitivo de pie desnudo, y al volverse era el condenado cuyo tormento él había tomado. Este besó el polvo de sus huellas, se inclinó tímido y desapareció. Entonces sonrió Virata, por primera vez desde aquella hora en que había visto los ojos rígidos de su hermano, y entró alegre en su casa.

En su casa vivió Virata días de luz. Su despertar era oración de gratitud, porque podía ver la claridad del cielo en vez de las tinieblas, porque percibía el color y el aroma de la tierra sagrada y la música clara que obra en la mañana. A diario recibía como un gran don el milagro del aliento y el hechizo de los miembros libres; sentía con piedad su propio cuerpo, el cuerpo suave de su esposa, el cuerpo fuerte de sus hijos, percibiendo bienaventurado en todas partes la presencia del dios de las mil formas, con el alma alada de un suave orgullo, porque en ninguna parte, más allá de su propia vida, se entrometía en un destino ajeno ni tocaba jamás con hostilidad ninguna de las mil formas del dios invisible. De la mañana a la noche leía en los libros de la sabiduría y se ejercitaba en las clases de devoción que existen: el silencio del recogimiento, la amorosa profundización del espíritu, el hacer el bien a los pobres y la oración de sacrificio. Su ánimo se había vuelto sereno, suave su palabra incluso para el más humilde de sus siervos, y los suyos lo amaban más de lo que jamás lo habían amado. Para los pobres era un socorro, y para los desdichados, un consuelo. La oración de muchos hombres flotaba en torno a su sueño, y ya no lo llamaban, como antaño, «el Rayo de la Espada» y «la Fuente de la Justicia»,

sino «el Campo del Consejo». Pues no solo venían los vecinos desde el camino, sino que también desde lejos acudían los extraños ante él, para que dirimiera sus disputas, aunque ya no era juez en el país, y se sometían sin vacilar a su palabra. Virata era feliz por ello, pues sentía que aconsejar era mejor que mandar, y conciliar mejor que juzgar: sin culpa sentía su vida, desde que ya no forzaba destino alguno y, sin embargo, tocaba, rigiendo, el destino de muchos hombres. Y amaba el mediodía de su vida con los sentidos serenados.

Así pasaron tres años, y otros tres más, como un día claro. Cada vez más suave se hacía el ánimo de Virata: cuando llegaba ante él una disputa, apenas comprendía ya en su alma que hubiera tanta inquietud sobre la tierra, y que los hombres se agitaran con la pequeña envidia de lo propio, teniendo, sin embargo, la vida ancha y el dulce aroma del ser. No envidiaba a nadie, y nadie lo envidiaba a él. Como una isla de paz se alzaba su casa en la vida allanada, intacta ante los torrentes de la pasión y la corriente del deseo.

Una noche, en el sexto año de su quietud, Virata se había ya retirado a descansar, cuando de pronto oyó gritos agudos y el ruido húmedo de golpes. Saltó de su lecho y vio que sus hijos habían derribado de rodillas a un esclavo y lo golpeaban en la espalda con el látigo de hipopótamo, hasta que la sangre brotaba. Y los ojos del esclavo, desorbitados en tormento opreso, lo miraban fijamente: de nuevo vio en su alma la mirada de antaño de su hermano asesinado. Virata acudió presuroso, detuvo su brazo y preguntó qué había sucedido allí.

Resultó, del cargo y descargo, que aquel esclavo, cuyo servicio era sacar el agua del pozo de roca y traerla en cubas de madera a la casa, había llegado ya varias veces con retraso, en el calor del mediodía, alegando agotamiento, y había sido castigado repetidamente, hasta que ayer, tras un castigo particularmente duro, había huido. Los hijos de Virata lo habían perseguido a caballo y lo habían alcanzado ya al otro lado del río, en una aldea; atado con una cuerda a la silla del caballo, había tenido que volver a casa

medio arrastrado, medio corriendo, con los pies desgarrados, donde justamente entonces se le administraba un castigo aún más implacable, como advertencia para él mismo y para los otros esclavos (que, temblando de rodillas, contemplaban estremecidos al postrado), hasta que Virata, con su llegada, interrumpió el violento suplicio.

Virata bajó la mirada hacia el esclavo. La arena bajo sus plantas estaba humedecida de sangre. Los ojos del aterrado permanecían abiertos como los de un animal que fuera a ser sacrificado, y Virata vio tras su rigidez negra el horror que una vez había habido en su propia noche. —Soltadlo —dijo a sus hijos—, su falta está expiada.

El esclavo besó el polvo ante sus pies. Por primera vez, los hijos se apartaron contrariados del lado del padre. Virata volvió a su estancia. Sin ser consciente de lo que hacía, se lavó la frente y las manos, para reconocer de pronto, al tocarse, asustado, lo que su mente despierta había olvidado: que por primera vez había vuelto a ser juez y había pronunciado sentencia sobre un destino. Y por primera vez en seis años el sueño volvió a huir de él.

Pero mientras yacía sin sueño en la oscuridad, se le acercaban los ojos aterrados del esclavo (¿o eran los del hermano asesinado?) y los ojos coléricos de sus hijos, y se preguntaba, y volvía a preguntarse, si no se había cometido una injusticia de sus hijos contra aquel siervo. Sangre había humedecido, por una leve negligencia, la arena de su casa; el látigo había caído sobre un cuerpo vivo por un pequeño descuido, y esta culpa lo quemaba más que los latigazos que él mismo había sentido antaño saltar como serpientes ardientes sobre su espalda. A ningún hombre libre, ciertamente, le había ocurrido este castigo, sino a un esclavo, cuyo cuerpo era propiedad ajena desde el seno materno, según la ley del rey. Pero ¿era esta ley del rey también un derecho ante el dios de las mil formas, que el cuerpo de un hombre fluyera enteramente en voluntad ajena, libre de todo arbitrio, y que nadie fuera culpable frente a él, aunque le desgarrara o le trastornara esta vida?

Virata se levantó de su lecho y encendió una luz, para hallar en los libros de la enseñanza una señal. En ninguna parte hallaba su mirada distinción entre el hombre y los hombres, sino en el orden de las castas y los estamentos; en ninguna parte, empero, había en el ser de mil formas diferencia ni distancia en la exigencia del amor. Cada vez más sediento bebía en sí el saber, pues nunca había estado su alma tan tensa en la pregunta; entonces la llama se alzó una vez más en la mecha de la luz y se apagó.

Mas cuando ahora la oscuridad se precipitó desde las paredes, sobrecogió a Virata algo misterioso: que ya no era ésta su estancia, la que su mirada ciega palpaba a tientas, sino el calabozo de antaño, en el que él, sintiendo entonces espanto, había reconocido que la libertad es el más hondo derecho del hombre y que nadie debe encerrar a nadie, ni por una vida ni por un año. Mas a aquel esclavo, así lo reconoció, lo había encerrado él en el círculo invisible de su voluntad y encadenado al azar de su resolución, de suerte que ningún paso propio de su vida le era ya libre. La claridad entró en él mientras permanecía quieto, sentado, y sentía cómo los pensamientos ensanchaban de tal modo su pecho, hasta que desde una altura invisible penetró en él la luz. Cobró entonces conciencia de que también aquí había habido culpa en él, mientras sometía a hombres a su voluntad y los llamaba esclavos según una ley que sólo era aquella quebradiza de los hombres, y no aquella eterna del Dios de las mil formas. Y se inclinó en oración: «Gracias te doy, Multiforme, que me envías mensajeros desde todas tus formas, para que me arranquen de mi culpa, cada vez más cerca de ti al encuentro por el camino invisible de tu voluntad. Concédeme que los reconozca en los ojos eternamente acusadores del hermano eterno, que en todo lugar me sale al paso, que mira desde mis propias miradas y cuyo sufrimiento sufro yo, para que mi vida transcurra pura y respire sin culpa».

El rostro de Virata había vuelto a serenarse; con ojos claros salió a la noche, bebió el blanco saludo de las estrellas, respirando hondamente en sí el creciente susurro del viento primaveral, y atravesó los jardines hasta el río. Cuando el sol se alzó por oriente,

se sumergió en la corriente sagrada y volvió a los suyos, que estaban reunidos para la oración de la mañana.

Entró en su círculo, saludó con una buena sonrisa, hizo señas a las mujeres para que volvieran a sus aposentos, y luego habló a sus hijos:

—Sabéis que desde hace años sólo una preocupación mueve mi alma: ser justo y vivir sin culpa sobre la tierra; pues bien, ayer sucedió que se derramó sangre en el suelo de mi casa, sangre de un hombre vivo, y quiero quedar libre de esa sangre y hacer penitencia por la falta cometida a la sombra de mi techo. El esclavo, que por una nimiedad fue castigado con excesiva dureza, tendrá libertad desde esta hora e irá adonde le plazca, para que no clame un día ante el Juez postrero contra vosotros y contra mí.

Los hijos permanecieron callados, y Virata sintió algo hostil en aquel silencio.

—Siento un silencio que se opone a mi palabra. Tampoco yo quiero hacer nada contra vosotros sin oíros.

—A un culpable, que faltó, quieres regalarle la libertad, recompensa en vez de castigo —comenzó el hijo mayor—. Muchos siervos tenemos en la casa, y éste no contaba por sí solo. Pero todo acto obra más allá de sí mismo y está anudado a la cadena. Si dejas libre a éste, ¿con qué derecho retendrás después a los demás, que son tuyos, si desean marcharse?

—Si desean apartarse de mi vida, he de dejarlos ir. No quiero retener el destino de ningún ser vivo, pues quien forja destinos cae en culpa.

—Pero así deshaces el signo del derecho —tomó la palabra el segundo hijo—; estos esclavos son nuestros, como la tierra y el árbol de esta tierra y el fruto de ese árbol. Si te sirven, están ligados a ti, y tú ligado a ellos. Tocas una cadena que crece a través de los tiempos desde hace milenios: el esclavo no es señor de su vida, sino siervo de su señor.

—No hay más que un derecho que venga de Dios, y ese derecho es la vida, que a cada cual le fue infundida con el aliento de su boca. Al bien me exhortas, a mí que estaba cegado y me creía libre de culpa: vida ajena he tomado durante años. Mas ahora veo con claridad y sé: un justo no puede convertir a los hombres en bestias. Quiero dar la libertad a todos, para no tener culpa alguna contra ellos sobre la tierra.

El desafío se dibujó en la frente de los hijos. Y el mayor respondió con dureza:

—¿Quién regará los campos para que el arroz no se marchite, quién guiará los búfalos en el campo? ¿Hemos de convertirnos en siervos por causa de tu desvarío? Tú mismo no has fatigado tus manos con el trabajo en toda tu vida, y jamás te preocupó que tu vida creciera sobre el servicio ajeno. Y hay también sudor ajeno en la estera trenzada sobre la que reposabas, y sobre tu sueño velaba el abanico de los sirvientes. ¿Y de pronto quieres expulsarlos de tu lado, para que nadie se afane sino nosotros, tu propia sangre? ¿Acaso hemos de soltar también a los búfalos del arado y tirar nosotros mismos de las coyundas en su lugar, para que no los alcance el látigo? Pues también a ellos les fluye de la boca el aliento del Multiforme. No toques, padre, lo establecido, porque también esto viene de Dios. No de buen grado se abre la tierra; hay que hacerle violencia para que de ella brote el fruto; la violencia es ley bajo las estrellas, no podemos prescindir de ella.

—Mas yo quiero prescindir de ella, pues el poder rara vez está en lo justo, y quiero vivir sobre la tierra sin injusticia.

—El poder está en todo lo que se posee, sea hombre o animal o la paciente tierra. Donde eres señor, has de ser también soberano: quien posee está ligado al destino de los hombres.

—Mas yo quiero desligarme de todo lo que me lleva a la culpa. Así pues, os ordeno liberar a los siervos de la casa y trabajar vosotros mismos para nuestra subsistencia.

La ira se hinchó en las miradas de los hijos, apenas podían contener su murmullo. Entonces dijo el mayor: —Has dicho que no querías doblegar la voluntad de ningún hombre. No quieres mandar a tus esclavos, para no caer en culpa; a nosotros, en cambio, nos mandas e irrumpes en nuestra vida. ¿Dónde está, te pregunto, aquí el derecho ante Dios y ante los hombres?

Virata calló largo rato. Cuando alzó la mirada, vio la llama de la codicia en sus ojos, y el horror invadió su alma. Entonces dijo en voz baja:

—Bien me habéis instruido. No quiero hacer violencia contra vosotros. Tomad la casa y repartidla según vuestra voluntad; ya no tengo parte en la hacienda ni en la culpa. Bien has hablado: quien gobierna hace esclavos a los demás, pero sobre todo a su propia alma. Quien quiera vivir sin culpa no puede participar de la casa ni del destino ajeno, no puede alimentarse del esfuerzo ajeno, ni beber del sudor de otro, ni quedar prendido a la voluptuosidad de la mujer ni a la pereza de la saciedad: sólo quien vive solo vive para su Dios, sólo el que actúa lo siente, sólo la pobreza lo posee por entero. Yo, en cambio, quiero estar más cerca de lo Invisible que de la propia tierra; quiero vivir sin culpa. Tomad la casa y repartidla en paz.

Virata se volvió y se marchó. Sus hijos quedaron atónitos; la codicia saciada les ardía dulcemente en el cuerpo, y sin embargo estaban avergonzados en su alma.

Virata, empero, se encerró en su cámara, y no atendió a llamada ni a amonestación alguna. Sólo cuando las sombras cayeron en la noche se dispuso a partir; tomó un bastón, la escudilla de las limosnas, un hacha para el trabajo, un puñado de frutas para el sustento y las hojas de palma con los escritos de la sabiduría para su recogimiento, se recogió la túnica sobre las rodillas y dejó su casa en silencio, sin volverse una sola vez hacia la esposa, los hijos y toda la comunidad de sus bienes. Caminó toda la noche hasta el río en el que una vez, en la hora amarga de su despertar, había hundido su espada, cruzó el vado y siguió luego río arriba por la otra orilla,

donde no había nada cultivado y la tierra no conocía todavía el arado.

Hacia el alba llegó a un lugar donde el rayo había caído sobre un mango centenario y quemado un claro en la espesura. El río pasaba suave, trazando un recodo, y una bandada de pájaros revoloteaba sobre las aguas bajas, bebiendo sin temor. Había claridad allí por el cauce abierto, y sombra a la espalda de los árboles. Yacían aún esparcidas maderas astilladas por el rayo y matorrales tronchados. Virata contempló aquel solitario claro luminoso en medio del bosque. Y resolvió construir allí una choza y vivir su vida enteramente entregado a la contemplación, apartado de los hombres y sin culpa.

Cinco días estuvo construyendo la choza, pues sus manos se habían desacostumbrado del trabajo. Y aun después su tarea diaria seguía llena de fatiga, pues tenía que buscarse frutos para su sustento, defender su choza de la espesura, que volvía a crecer con fuerza, y despejar un espacio en torno con estacas puntiagudas, para que los tigres, que rugían hambrientos en la oscuridad, no se acercaran de noche. Pero ningún ruido de hombres penetraba en su vida ni turbaba su alma; silenciosos fluían los días como el agua en la corriente, suavemente renovados desde un manantial infinito.

Sólo los pájaros seguían acudiendo; el hombre quieto no los asustaba, y pronto anidaron junto a su choza. Él les esparcía semillas de las grandes flores y frutos duros. Acudían de buen grado y ya no temían sus manos; bajaban volando de las palmeras cuando él los llamaba, jugaba con ellos, y se dejaban tocar familiarmente por él. Una vez halló en el bosque un mono joven que yacía en el suelo con una pata rota, chillando como un niño. Lo recogió y lo crió, hasta que se hizo dócil y le servía a su manera, jugueteando e imitándolo como un sirviente. Así se vio suavemente rodeado de seres vivos, pero siempre supo que también en los animales dormitaba la violencia y el mal, como en el hombre. Vio cómo los caimanes se mordían y se perseguían con furia, cómo los pájaros arrancaban peces del agua con el pico afilado, y a su vez cómo las serpientes envolvían de pronto a los pájaros anillándose en torno a

ellos: la inmensa cadena de aniquilación que aquella diosa hostil había enroscado en torno al mundo se le reveló como ley, ante la cual el saber no podía negarse. Mas esto le hacía bien: ser sólo un espectador de esas luchas, sin parte alguna en la culpa del creciente círculo de aniquilación y liberación.

Un año y varias lunas llevaba sin ver a un solo hombre. Mas sucedió una vez que un cazador, siguiendo el rastro de un elefante hasta el abrevadero, avistó desde la orilla opuesta una extraña imagen. Allí estaba sentado, iluminado por el fulgor amarillo del atardecer, ante una choza estrecha, un anciano de barba blanca; unos pájaros anidaban apacibles en su cabellera, y un mono partía nueces a sus pies con golpes sonoros. Él, empero, miraba hacia las copas, donde se mecían los loros azules y multicolores, y cuando de pronto alzó la mano, éstos descendieron susurrando, como una nube dorada, y volaron a posarse en sus manos. Al cazador le pareció haber visto al Santo, de quien estaba prometido: «Los animales le hablarán con voz de hombres, y las flores crecerán bajo sus pasos. Él puede coger las estrellas con los labios y apagar la luna con un aliento de su boca». Y el cazador abandonó su caza y corrió a casa para contar lo que había visto.

Ya al día siguiente acudieron curiosos a atisbar el prodigio desde la otra orilla, y cada vez eran más los asombrados, hasta que uno de ellos reconoció a Virata, el desaparecido de su tierra, que había dejado casa y herencia por amor de la gran justicia. Más lejos voló la noticia, y llegó hasta el rey, que echaba dolorosamente de menos al fiel servidor, y éste mandó aparejar una barca con cuatro veces siete remeros. Y batieron los remos hasta que la barca llegó, río arriba, al lugar de la choza de Virata; entonces tendieron alfombras ante los pies del rey, que avanzó al encuentro del sabio. Hacía ya un año y seis lunas que Virata no oía voz de hombre; permaneció tímido y vacilante ante sus huéspedes, olvidó la reverencia del siervo ante el señor y dijo tan sólo: «Bendita sea vuestra venida, mi rey».

El rey lo abrazó:

—Desde hace años veo tu camino ir al encuentro de la perfección, y he venido a contemplar lo singular: cómo vive un justo, para aprender de él.

Virata se inclinó:

—Mi único saber es éste: que desaprendí a estar con los hombres, para quedar libre de toda culpa. Sólo a sí mismo puede instruir el solitario. No sé si es sabiduría lo que hago, no sé si es dicha lo que siento; nada sé aconsejar y nada sé enseñar. La sabiduría del solitario es otra que la del mundo, la ley de la contemplación es otra que la de la acción.

—Pero ya contemplar cómo vive un justo es aprender —respondió el rey—. Desde que he visto tu mirada, siento una alegría sin culpa. Nada más deseo.

Virata se inclinó de nuevo. Y de nuevo lo abrazó el rey:

—¿Puedo cumplirte algún deseo en mi reino, o llevar una palabra a los tuyos?

—Nada es ya mío, mi rey, o todo lo es sobre esta tierra. He olvidado que tuve una vez una casa entre otras casas e hijos entre otros hijos. El que no tiene patria posee el mundo, el desligado posee la plenitud de la vida, el libre de culpa posee la paz. No tengo ningún deseo, sino permanecer libre de culpa sobre la tierra.

—Vive entonces en paz, y acuérdate de mí en tu recogimiento.

—Me acuerdo de Dios, y así me acuerdo también de vos y de todos sobre esta tierra, que son su parte y su aliento.

Virata se inclinó. La barca del rey se deslizó de nuevo río abajo, y durante muchas lunas el solitario no volvió a oír voz de hombre alguno.

Una vez más alzó el vuelo la fama de Virata y voló como un halcón blanco sobre la tierra. Hasta las aldeas más remotas y las cabañas del mar llegó la noticia de aquel que había dejado casa y herencia para vivir la vida verdadera del recogimiento, y las gentes llamaron

al temeroso de Dios con el cuarto nombre de la virtud: la «Estrella de la Soledad». Los sacerdotes ensalzaban su renuncia en los templos, y el rey ante sus servidores; y cuando un juez del país pronunciaba una sentencia, añadía: «Que mi palabra sea tan justa como lo fue la de Virata, que ahora vive para Dios y conoce toda la sabiduría».

Sucedió entonces, alguna que otra vez y cada vez con más frecuencia a medida que pasaban los años, que un hombre, al reconocer la injusticia de sus actos y el sentido embotado de su vida, dejaba casa y patria, regalaba sus bienes y se internaba en el bosque para levantarse, como aquél, una choza y vivir para Dios. Pues el ejemplo es el vínculo más fuerte sobre la tierra, el que ata a los hombres; cada acto despierta en otros la voluntad de lo justo, de modo que salta del sopor de su ensueño y llena activamente las horas. Y estos que habían despertado cobraban conciencia de su vida vacía, veían la sangre en sus manos y la culpa en sus almas; así se alzaban y se apartaban, para levantarse una choza como aquél, y vivir ya sólo de la desnuda necesidad del cuerpo y de la infinita devoción. Cuando se encontraban unos con otros buscando frutos por el camino, no cambiaban palabra, para no anudar nueva comunidad, pero sus ojos se sonreían gozosos entre sí y sus almas se ofrecían paz. El pueblo, empero, llamó a aquel bosque la aldea de los piadosos. Y ningún cazador merodeaba por su espesura, para no turbar la santidad con la muerte.

Sucedió una vez que, caminando Virata por el bosque una mañana, vio a uno de los ermitaños tendido inmóvil en el suelo, y cuando se inclinó sobre él para incorporar al caído, advirtió que ya no había vida en su cuerpo. Virata cerró los ojos al muerto, dijo una oración y trató de sacar de la espesura el despojo desalmado, para levantar una pira y que el cuerpo de aquel hermano entrara puro en la transformación. Pero la carga se hizo demasiado pesada para sus brazos, que se habían debilitado con el escaso sustento de las frutas. Así pues, fue a pedir ayuda, cruzando el vado del río, hasta la aldea más cercana.

Cuando los habitantes de la aldea vieron al Excelso caminar por su calle, acudieron reverentes a escuchar su voluntad, y fueron enseguida a talar árboles y a dar sepultura al muerto. Pero por donde pasaba Virata, se inclinaban las mujeres, los niños se detenían y lo seguían con la mirada, asombrados, mientras él avanzaba en silencio, y más de un hombre salía de su casa para besar el vestido del huésped excelso y recibir la bendición del santo. Virata, empero, caminaba sonriente a través de aquella ola ciega y sentía cuánto y cuán puramente era capaz de amar de nuevo a los hombres, desde que ya no estaba ligado a ellos.

Mas cuando pasaba junto a la última casa baja de la aldea, devolviendo alegre por doquier el buen saludo de los que se acercaban, vio allí los dos ojos de una mujer clavados en él, llenos de odio; retrocedió sobresaltado, pues le pareció haber vuelto a ver los ojos fijos, olvidados desde hacía años, de su hermano asesinado. Se sobresaltó bruscamente, tan desacostumbrada se había vuelto su alma a toda hostilidad en el tiempo de su alejamiento. Y se persuadió de que podía haber sido un error de sus ojos. Pero las miradas seguían aún fijas y negras contra él. Y cuando, dueño de nuevo de su serenidad, aflojó el paso para acercarse a la casa, la mujer se retiró hostil hacia el corredor, desde cuya oscura profundidad sintió, sin embargo, que el brillo de aquella mirada seguía quemándolo, como el ojo de un tigre en la espesura inmóvil.

Virata se sobrepuso. «¿Cómo puedo tener culpa contra alguien a quien nunca he visto, para que su odio salte contra mí?», se dijo. «Ha de ser un error; quiero aclararlo». Se acercó tranquilo a la casa y golpeó la puerta con los nudillos. Sólo el eco desnudo le respondió, y sin embargo sentía la cercanía llena de odio de la mujer desconocida. Pacientemente siguió llamando, esperó y llamó de nuevo como un mendigo. Por fin la vacilante se adelantó, con la mirada sombría y hostil vuelta hacia él.

—¿Qué más quieres de mí? —le espetó bufando. Y vio que tenía que sostenerse en el marco de la puerta, tan sacudida estaba por la ira.

Virata, empero, sólo miró su rostro, y su corazón se aligeró, pues tuvo la certeza de no haberla visto nunca antes. Ella era joven, y él llevaba años apartado del camino de los hombres; nunca pudo haber cruzado su senda ni haber hecho nada contra su vida.

—Quería darte el saludo de la paz, mujer desconocida —respondió Virata—, y preguntarte por qué me miras con ira. ¿Acaso fui tu enemigo, hice algo contra ti?

—Lo que me has hecho —una risa perversa le rondó la boca— ¿lo que me has hecho? Una nadería, sólo una nadería: mi casa la has vuelto de plenitud a vacío, me has robado lo más querido y has arrojado mi vida a la muerte. Vete, para que no vea más tu rostro, o mi ira ya no se contendrá más.

Virata la miró. Tan extraviada tenía la mirada, que pensó que la locura se había apoderado de la desconocida. Ya se disponía a seguir su camino, y dijo: «No soy quien tú crees. Vivo apartado de los hombres y no cargo con la culpa de ningún destino. Tu mirada me confunde con otro».

Pero su odio le salió al paso desde atrás:

—Bien te reconozco, a ti a quien todos conocen. Eres Virata, al que llaman la Estrella de la Soledad, al que ensalzan con los cuatro nombres de la virtud. Pero yo no te ensalzaré; mi boca clamará contra ti hasta que llegue al último Juez de los vivos. Así que ven, ya que preguntas, y mira lo que me has hecho.

Y agarró al atónito y lo arrastró dentro de la casa, abrió de un empujón una puerta que daba a aquella estancia baja y oscura. Y lo llevó hacia el rincón, donde algo yacía inmóvil sobre una estera, en el suelo. Virata se inclinó, y retrocedió estremecido: allí yacía muerto un niño, y sus ojos lo miraban fijamente, como una vez los ojos del hermano en la eterna queja. Junto a él, empero, gritaba la mujer, sacudida por el dolor: «El tercero, el último era de mi vientre, y también a él lo has asesinado tú, tú, al que llaman el Santo y el siervo de los dioses».

Y cuando Virata, interrogante, quiso alzar la palabra para defenderse, ella lo arrastró más adentro: «Aquí, mira el telar, el telar vacío. Aquí se ponía Paratika, mi marido, de día, y tejía blanco lino; no había tejedor mejor en toda la comarca. De lejos venían y le traían trabajo, y el trabajo nos traía la vida. Claros eran nuestros días, pues Paratika era un hombre bueno y su diligencia no conocía tregua. Evitaba a los réprobos y evitaba la calle; tres hijos despertó en mi vientre, y los criamos para que fueran hombres a su imagen, buenos y justos. Entonces oyó él —¡pluguiera a Dios que el forastero nunca hubiese venido!— de boca de un cazador que había uno en la comarca que había dejado casa y hacienda para entrar como terrenal en Dios, y que se había construido una casa con sus propias manos. Entonces el ánimo de Paratika se fue oscureciendo, cada vez más; cavilaba mucho por las noches, y rara vez decía una palabra. Y una noche, al despertar yo, él se había ido de mi lado al bosque que llaman el bosque de los piadosos, donde tú morabas, para consagrarse al recuerdo de Dios. Pero al pensar en el suyo, se olvidó de nosotros y olvidó que vivíamos de su fuerza. La pobreza entró en la casa, faltó el pan a los niños, murieron uno tras otro, y hoy ha muerto éste, el último, por tu causa. Pues tú lo sedujiste. Por eso, para que tú estuvieras más cerca de la verdadera esencia de Dios, tres hijos de mi vientre han bajado a la dura tierra. ¿Cómo quieres expiar esto, soberbio, cuando te acuse ante el Juez de los muertos y los vivos, porque el cuerpecito de mi hijo se retorció en mil tormentos antes de perecer, mientras tú arrojabas migajas a los pájaros y estabas lejos de todo dolor? ¿Cómo quieres expiar esto, que hayas seducido a un justo para que abandonara el trabajo que lo alimentaba a él y a los niños inocentes, con el necio desvarío de que estaría, apartado, más cerca de Dios que en la vida viviente?».

Virata permanecía pálido, con el labio tembloroso:

—No sabía que era yo motivo de tropiezo para otros. Creía obrar a solas.

—¿Dónde está entonces tu sabiduría, sabio, si no sabes esto que ya saben los niños, que todo hacer se hace ante Dios, que nadie

escapa por su voluntad a Él ni a la ley de la culpa? No has sido más que un soberbio, que creía ser dueño de sus actos y enseñar a los demás: lo que para ti fue dulzura, es ahora mi amargura, y tu vida es la muerte de este niño.

Virata reflexionó un instante. Luego se inclinó:

—Hablas con verdad, y veo que siempre hay en un dolor más conocimiento de la verdad que en toda la serenidad de los sabios. Lo que sé, lo he aprendido de los desdichados, y lo que contemplé, lo vi a través de la mirada de los atormentados, la mirada del hermano eterno. No un humilde de Dios, como yo creía, sino un soberbio he sido: esto lo sé por tu sufrimiento, que ahora sufro yo. Perdóname, pues, que lo confiese: cargo con una culpa hacia ti, y probablemente también hacia muchos otros destinos que no sospecho. Pues también el que no actúa comete un acto que lo hace culpable sobre la tierra, también el solitario vive en todos sus hermanos. Perdóname, mujer. Quiero regresar del bosque, para que también Paratika regrese y te despierte en el vientre nueva vida en lugar de la que pasó.

Se inclinó una vez más y rozó con los labios el borde de su vestido. Entonces toda la ira se desprendió de ella, y, maravillada, siguió con la mirada al que se alejaba.

Virata pasó todavía una noche en su choza, contempló las estrellas mientras brotaban blancas desde la profundidad del cielo y volvían a apagarse en la mañana; una vez más llamó a las aves para darles de comer y las acarició. Luego tomó el bastón y el cuenco, tal como había llegado hacía tantísimos años, y regresó a la ciudad.

Apenas se difundió la noticia de que el santo había abandonado su soledad y moraba de nuevo entre los muros, el pueblo se derramó fuera de las callejas, dichoso de ver al que tan rara vez se dejaba contemplar, aunque algunos también con secreto temor de que su llegada, viniendo de Dios, anunciara alguna desgracia. Como a través de un muro ondulante lleno de reverencia avanzaba Virata, y trataba de saludar a las gentes con la sonrisa serena que solía

posarse suave en sus labios, pero por primera vez ya no lo conseguía: su mirada permaneció grave y su boca cerrada.

Así llegó al patio del palacio. Había pasado ya la hora del consejo y el rey estaba solo. Virata se dirigió hacia él, que se levantó para estrecharlo entre sus brazos. Pero Virata se inclinó hasta el suelo y asió el borde del vestido del rey en señal de súplica.

—Cumplida está tu súplica —dijo el rey—, antes incluso de que fuera palabra en tus labios. Honor sea para mí que se me haya dado el poder de servir a un piadoso y de ser ayuda para el sabio.

—No me llames sabio —respondió Virata—, pues mi camino no fue el recto. He andado en círculo y me hallo, suplicante, ante vuestro umbral, donde antaño estuve para que me liberarais de mi servicio. Quise estar libre de culpa y evité toda acción, pero también yo quedé enredado en la red que los dioses tienden a los mortales.

—Lejos de mí el creer esto de ti —respondió el rey—. ¿Cómo podrías haber obrado mal contra los hombres, tú que los evitabas, cómo caer en culpa, tú que vivías en Dios?

—No a sabiendas he obrado mal; hui de la culpa, pero nuestro pie está encadenado a la tierra y nuestro obrar a las leyes eternas. También la inacción es un acto; no pude escapar a los ojos del hermano eterno, a quien eternamente hacemos bien y mal, contra nuestra voluntad. Pero siete veces soy culpable, pues hui de Dios y negué el servicio a la vida; fui un inútil, pues solo alimenté mi propia vida y no serví a ningún otro. Ahora quiero volver a servir.

—Extraño me resulta tu discurso, Virata, no te comprendo. Dime tu deseo, para que lo cumpla.

—Ya no quiero ser libre de mi voluntad. Pues el libre no es libre, y el inactivo no está sin culpa. Solo quien sirve es libre, quien entrega su voluntad a otro, su fuerza a una obra, y actúa sin preguntar. Solo el centro del acto es obra nuestra; su principio y su fin, su causa y su efecto están en manos de los dioses. Libradme de mi voluntad —pues todo querer es confusión, todo servir es sabiduría—, para que os pueda dar las gracias, rey mío.

—No te comprendo. Exiges que te haga libre, y al mismo tiempo pides servir. ¿Así que solo es libre quien asume el servicio de otro, y no aquel que le ordena ese servicio? No lo comprendo.

—Está bien, rey mío, que no lo comprendáis en vuestro corazón. Pues ¿cómo podríais seguir siendo rey y mandar, si lo comprendierais?

El rostro del rey se ensombreció de ira:

—¿Así que piensas que el que manda es menor ante Dios que el siervo?

—Ninguno es menor ni ninguno mayor ante Dios. Quien solo sirve y entrega su voluntad, sin preguntar, ha apartado de sí la culpa y la ha devuelto a Dios. Pero quien quiere, y cree que con su sabiduría puede evitar lo hostil, cae en la tentación y cae en la culpa.

El rostro del rey siguió sombrío:

—¿Así que un servicio es igual a otro, y ninguno mayor ni ninguno menor ante Dios y ante los hombres?

—Puede ser que algunas cosas parezcan mayores ante los hombres, rey mío, pero ante Dios todo servir es uno solo.

El rey miró largo rato y sombrío a Virata. Malignamente se retorció el orgullo en su alma. Pero al advertir su rostro hundido y el cabello blanco sobre la frente surcada de arrugas, pensó que el anciano había caído en la niñez antes de tiempo, y dijo con sorna, para ponerlo a prueba:

—¿Querías ser guardián de los perros en mi palacio?

Virata se inclinó y besó el escalón en señal de agradecimiento.

Desde aquel día, el anciano al que el país había ensalzado en otro tiempo con los cuatro nombres de la virtud fue guardián de los perros en el cobertizo delante del palacio, y vivió con los siervos en la estancia inferior. Sus hijos se avergonzaban de él, y con cobarde rodeo esquivaban la casa para no verse obligados a reparar en él ni a reconocer ante los demás que compartían su sangre; los

sacerdotes se apartaban del indigno. Solo el pueblo se detenía todavía, asombrado, algunos días, cuando el anciano que en otro tiempo había sido el primero del reino pasaba como sirviente con la trailla de los perros. Pero él no reparaba en ellos, y así pronto se dispersaron y dejaron de pensar en él.

Virata cumplía fielmente su servicio desde el arrebol de la mañana hasta el arrebol de la tarde. Lavaba los belfos de los animales y les rascaba la roña del pelaje, les llevaba el alimento, les hacía la cama y barría su inmundicia. Pronto los perros lo amaron más que a nadie del palacio, y él se alegraba de ello; su vieja boca surcada de arrugas, que rara vez hablaba a los hombres, sonreía siempre ante su alegría, y amaba sus años, que fueron largos y sin grandes sucesos. El rey murió antes que él, y vino uno nuevo, que no reparaba en él y que una vez lo golpeó con el bastón porque un perro gruñó cuando pasaba. Y también los demás hombres fueron olvidando poco a poco su existencia.

Pero cuando también sus años se cumplieron y Virata murió, y fue enterrado en el muladar de los siervos, ya nadie en el pueblo se acordaba de aquel a quien el país había celebrado en otro tiempo con los cuatro nombres de la virtud. Sus hijos se ocultaron, y ningún sacerdote cantó el canto de la muerte sobre su cuerpo exánime. Solo los perros aullaron durante dos días y dos noches, y luego también ellos olvidaron a Virata, cuyo nombre no está inscrito en las crónicas de los soberanos ni consignado en los libros de los sabios.

EL CANDELABRO ENTERRADO

Apenas había terminado sangrientamente, en un claro día de junio del año 455, en el Circo Máximo de Roma, el combate de dos hérulos gigantescos contra una manada de jabalíes hircanos, cuando, hacia la hora tercia de la tarde, una creciente inquietud comenzó a propagarse entre los miles de espectadores. Al principio solo lo habían notado los vecinos más próximos: que en la tribuna aparte, ricamente adornada con tapices y estatuas, donde el emperador Máximo estaba sentado en medio de sus cortesanos, había entrado un mensajero, cubierto de polvo y visiblemente recién desmontado tras una cabalgata frenética, y que, apenas le hubo comunicado al emperador su noticia, este, contra toda costumbre, se levantó en plena efervescencia del espectáculo; le siguió, con la misma llamativa premura, toda la corte, y pronto se vaciaron también los asientos reservados a los senadores y otros dignatarios. Una partida tan precipitada no podía carecer de un motivo grave. En vano volvían a sonar agudas fanfarrias anunciando un nuevo combate de fieras, y de la reja alzada era lanzado, con sordo bramido, un león núbica de negra melena contra los cortos cuchillos de los gladiadores: la oscura ola de la inquietud, coronada de la pálida espuma de rostros interrogantes y presos de angustiosa agitación, se había alzado ya de manera irresistible y seguía corriendo de fila en fila. La gente se ponía en pie de un salto, señalaba hacia los asientos vacíos de los nobles, preguntaba y alborotaba y gritaba y silbaba; entonces se difundió de pronto, sin que nadie supiera quién lo había dicho primero, el confuso rumor de que los vándalos, aquellos temidos piratas del Mediterráneo, habían

desembarcado con una poderosa flota en Portus y se dirigían ya hacia la despreocupada ciudad. ¡Los vándalos! Al principio la palabra corrió solo como un pálido murmullo de boca en boca; luego, de pronto, se convirtió en un grito estridente que estallaba: «¡Los bárbaros, los bárbaros!», que retumbaba con cien voces, con mil voces, por el óvalo escalonado de piedra del circo, y ya la ingente masa humana, como arrancada por una ráfaga tempestuosa, corría en pánico frenético hacia la salida. Todo orden se vino abajo. Las guardias, los soldados de vigilancia abandonaron sus puestos y huyeron también; saltaban por encima de los asientos, se abrían camino a puñetazos y espadazos, pisoteaban a mujeres y niños que chillaban, y en las salidas se formaban embudos giratorios y chillones de masas arremolinadas. En pocos minutos, el vasto circo, que hacía un instante apretaba a ochenta mil personas en un bloque oscuro y resonante, quedó completamente vacío. Marmóreo, mudo y vacío como una cantera abandonada, yacía el óvalo escalonado bajo el sol estival. Solo abajo, en la arena —los gladiadores hacía tiempo que habían huido tras los demás—, quedaba el león olvidado, sacudiendo su negra melena, y rugía en son de desafío contra el vacío repentino.

Eran los vándalos. Mensajero tras mensajero llegaba ahora a toda prisa, y cada noticia era peor que la anterior. Habían desembarcado con centenares de veleros y galeras, un pueblo ágil y móvil; ya corrían por la vía Portuense, con veloces caballos de largo cuello, los jinetes bereberes y numidas de blancos mantos, adelantándose al grueso del ejército; mañana, pasado mañana, las huestes de saqueadores estarían ya ante las puertas, y nada había preparado para la defensa. El ejército de mercenarios combatía en algún lugar lejano, cerca de Rávena; las murallas de fortificación, desde que Alarico arrasara la ciudad, yacían en ruinas. Nadie pensaba en la defensa. Los ricos y los nobles se aprestaban a toda prisa a salvar, junto con la vida, al menos una parte de sus bienes, mulas y carros. Pero ya era demasiado tarde. Pues el pueblo no quería tolerar que los nobles, que en la fortuna lo oprimían, lo abandonaran cobardemente en la desgracia. Y cuando Máximo, el emperador,

quiso escapar del palacio con su séquito, primero volaron contra él maldiciones y luego piedras; al fin la plebe enfurecida se abalanzó sobre el cobarde y mató a golpes de maza y hacha a su lamentable emperador en plena calle. Es cierto que después cerraron las puertas, como cada noche; pero precisamente con ello el miedo quedó encerrado por completo dentro de la ciudad; pesado y opresivo como una vaharada pútrida y pantanosa, el presagio de algo terrible se cernía sobre las casas enmudecidas y sin luz, y como una manta sofocante la oscuridad se abatía sobre la ciudad perdida, que se consumía en escalofríos y terror; despreocupadas y ligeras, sin embargo, brillaban arriba las estrellas eternamente indiferentes, y en la pared azulada del cielo colgaba la luna, como todas las noches, su cuerno de plata. Insomne y con los nervios temblorosos, Roma yacía esperando a los bárbaros como un condenado que ya tiene la cabeza apretada contra el tajo, aguardando el golpe inevitable y ya en alto.

Lentos, seguros, metódicos, triunfantes, avanzaban entretanto los vándalos por la desierta calzada romana desde el puerto. Marchaban en buen orden los guerreros germánicos, rubios y de largos cabellos, centuria tras centuria, con paso militar bien aprendido, y por delante, inquietos, sin estribos y con giros centelleantes, haciendo cabriolear a sus hermosos caballos de pura sangre, se lanzaban los pueblos auxiliares del desierto, los numidas de piel oscura y cabello de pez. En medio de la columna cabalgaba Genserico, el rey de los vándalos. Con desenvuelta satisfacción sonreía desde la silla a su pueblo en marcha. El viejo y experimentado guerrero sabía ya, por sus espías, que no había que temer una resistencia seria, que esta vez no se aprestaban a una batalla decisiva, sino solo a un saqueo sin peligro. En efecto: no se dejó ver ningún guerrero enemigo. Solo en la Puerta Portuense, donde la bien allanada calzada del puerto alcanza el recinto interior de Roma, salió al encuentro del rey el papa León, ataviado con todas sus insignias y rodeado, refulgente, de todo el clero, el papa León, el mismo anciano de barba blanca que pocos años antes había persuadido tan gloriosamente al terrible Atila de que perdonara a Roma, y a cuya súplica el huno pagano se

había plegado entonces con incomprensible humildad. También Genserico desmontó de inmediato al divisar la majestuosa barba blanca, y cojeando (tenía la pierna derecha más corta) fue cortésmente a su encuentro. Pero no besó la mano con el anillo del pescador ni dobló piadosamente la rodilla, pues, como hereje arriano, consideraba al papa un mero usurpador del verdadero cristianismo, y la conminatoria alocución latina del papa, rogándole que perdonara la ciudad santa, la escuchó con fría arrogancia. No, ninguna preocupación, respondió por medio de su intérprete; que no temiera de él nada inhumano, pues él mismo era hombre de guerra y cristiano. No incendiaría Roma ni la destruiría, aunque esta ciudad ávida de dominio había arrasado y reducido a escombros mil y mil ciudades. En su magnanimidad, perdonaría tanto los bienes de la Iglesia como a las mujeres, y solo saquearía «sine ferro et igne», según el derecho del más fuerte y del vencedor. Pero ahora aconsejaba —y esto lo dijo Genserico con tono amenazante, mientras su caballerizo ya volvía a ayudarlo a montar— que sin más demora le abrieran las puertas de Roma.

Sucedió tal como Genserico lo había exigido. No se blandió lanza alguna, no se desenvainó espada alguna. Una hora después, toda Roma pertenecía a los vándalos. Pero la victoriosa horda de piratas no se derramó sobre la ciudad indefensa como una turba desenfrenada. En filas cerradas, domados por la mano de hierro y dominante de Genserico, entraron marchando, los altos y recios guerreros de cabello de lino, por la Vía Triunfal, y solo de vez en cuando dirigían miradas curiosas a las mil y mil estatuas de ojos blancos que con sus labios mudos parecían prometer botín. El propio Genserico se dirigió, nada más entrar, al Palatino, la morada abandonada del emperador. Pero no aceptó el homenaje que le tenían preparado los senadores, que aguardaban en fila temerosa, ni mandó disponer un banquete; apenas dirigió una mirada a los regalos con los que la rica ciudadanía esperaba aplacar su severidad, sino que el duro soldado, inclinado de inmediato sobre un mapa, trazó su plan para el más rápido y a la vez más exhaustivo saqueo de la ciudad. Cada distrito fue puesto bajo el mando de una centuria

distinta, y cada uno de los suboficiales fue hecho responsable de la disciplina de sus hombres. Pues lo que ahora comenzaba no era un saqueo salvaje y desordenado, sino un pillaje planificado y metódico. Primero, por orden de Genserico, se cerraron las puertas y se apostaron centinelas, para que ni un broche ni una moneda en la inmensa ciudad se le escapara. Luego sus soldados requisaron las barcasas, los carros, las bestias de carga, y forzaron a miles de esclavos al servicio, para que, con la mayor celeridad posible, todo cuanto de tesoros albergaba Roma pudiera trasladarse íntegro al nido de rapiña africano. Solo entonces empezó, metódico y con una fría y silenciosa objetividad, el saqueo. Con calma y con destreza, como un carnicero descuartiza un animal muerto, la ciudad viva fue destripada durante estos trece días, y trozo a trozo fue arrancado de su cuerpo que apenas se estremecía. De casa en casa, de templo en templo, iban los distintos destacamentos, guiados por uno de los nobles vándalos y acompañados de un escribano, y sacaban, uno tras otro, todo lo que era precioso y transportable: los vasos de oro y plata, los broches, las monedas, las joyas, los collares de ámbar del norte, las pieles de Transilvania, la malaquita pónica y las espadas persas repujadas. Obligaban a los artesanos a desprender cuidadosamente el mosaico de las paredes de los templos y a arrancar las losas de pórfido de los peristilos. Todo se hacía con premeditación, con pericia y con exactitud. Con cabrestantes, para que no sufrieran daño, los artesanos bajaban los tiros de caballos de bronce de los arcos de triunfo, y a los esclavos, después de haber saqueado el edificio, los hacían desmontar, teja por teja, el dorado techo del templo de Júpiter Capitolino. Solo las columnas de bronce, demasiado enormes para ser cargadas con la premura del momento, ordenó Genserico romperlas a martillazos o serrarlas, para obtener el metal. Calle tras calle, casa tras casa fueron vaciadas cuidadosamente, y en cuanto hubieron despojado por completo las viviendas de los vivos, forzaron los túmulos, las moradas de los muertos. De los sarcófagos de piedra arrancaron los peines enjoyados del cabello apagado de princesas difuntas y los broches de oro de los huesos sin carne; robaron los espejos de metal y los anillos con sello a los cadáveres, y hasta el óbolo que se ponía a los

muertos en la tumba para que pudieran pagar al barquero hacia el otro reino, lo robaron sus manos ávidas. Todo el botín de estos saqueos individuales era luego reunido, en montones separados, en un lugar predeterminado. Allí yacía la Niké de alas doradas junto al cofre engastado de piedras que contenía los huesos de una santa, y junto al dado de juego de una dama distinguida. Se amontonaban lingotes de plata junto a vestiduras de púrpura, preciosos vidrios labrados junto a metal tosco. Cada pieza la anotaba el escribano, con rígidas letras nórdicas, en su largo pergamino, para dar al despojo cierta apariencia de legalidad; el propio Genserico, con su séquito, cojeaba entre el bullicio, tanteaba las cosas con el bastón, examinaba las joyas, sonreía y elogiaba. Con satisfacción veía cómo carro tras carro y barcaza tras barcaza, cargados hasta arriba, abandonaban la ciudad. Pero ninguna casa ardía, no se derramaba sangre. Tranquilos y regulares, como en una mina suben y bajan las vagonetas, vacía una, llena la otra, marchaban durante trece días las hileras de carros del puerto al mar y del mar al puerto. Llenos bajaban, vacíos regresaban, y ya jadeaban los bueyes y las mulas bajo la carga, pues, hasta donde alcanzaba la memoria, jamás en trece días se había saqueado tanto como en este pillaje vandálico. Durante trece días no se oyó ya en la ciudad de las mil casas la voz humana. Nadie hablaba en voz alta. Nadie reía. Callaba la música de cuerda en las casas, y en las iglesias no se elevaba canto alguno. Solo se percibía el martilleo con que arrancaban de su sitio lo que parecía inamovible, el estrépito de los sillares al derrumbarse, el crujido de los carros sobrecargados y el sordo mugido de las bestias de tiro fatigadas, sobre las que una y otra vez caía el látigo de sus verdugos. A veces aullaban los perros, a los que en su propio miedo se había olvidado dar de comer; a veces resonaba, sordo, el toque de una tuba sobre las murallas, cuando los centinelas se relevaban. Pero las personas mismas, en sus casas, contenían la respiración. Abatida yacía la ciudad, la vencedora del mundo, y cuando de noche el viento recorría las calles vacías, sonaba como el gemido apagado de un herido que siente escapar de sus venas la última sangre.

Aquella decimotercera noche del saqueo, se hallaban los judíos de la comunidad romana reunidos en la orilla izquierda del Tíber, allí donde el río amarillento se curva perezoso como una serpiente sobrealimentada, en casa de Moisés Abtalión. No era él de los grandes entre los demás, ni versado en la Escritura, sino tan solo un viejo y recio hombre de trabajo, pero habían elegido su casa para la reunión porque el taller, a ras de suelo, ofrecía más espacio que las otras estancias, estrechas y llenas de recovecos. Desde hacía trece días se sentaban así, todos juntos cada jornada, con los rostros grises y rendidos de cansancio, envueltos en sus blancas mortajas, y oraban a la sombra de los postigos cerrados, entre los rollos colgados, los paños encalados y las anchas cubas, con una perseverancia sorda y ya casi aturdida. Hasta entonces no habían sufrido mal alguno a manos de los vándalos. Dos o tres veces habían pasado tropas, escoltadas por nobles y escribanos, por la baja y angosta judería, donde la humedad de tantas inundaciones se había asentado como una esponja en las losas de las casas y resbalaba en frías lágrimas por los muros incrustados de cal; una mirada de desprecio bastaba a los saqueadores expertos para reconocer que de aquella miseria nada había que rapiñar. Allí no relucían peristilos revestidos de mármol, ni triclinios que despidieran destellos de oro, allí no se ocultaban estatuas ni vasijas de bronce. Así pasaban de largo, indiferentes, las tropas de saqueo, y ni incendio ni pillaje los amenazaba. Pero, con todo, los corazones de los judíos de Roma estaban oprimidos, y se apretaban unos contra otros en angustioso presentimiento. Pues la desgracia en la ciudad, en la tierra donde moraban —esto lo sabían ya de generación en generación—, acababa siempre por volverse desgracia para ellos. En la dicha, los pueblos los olvidaban y no reparaban en ellos. Entonces se engalanaban los príncipes, y edificaban, y hacían ostentación, y la plebe tenía su grosero deleite con cacerías, batidas y juegos. Pero siempre, cuando llegaba la calamidad, se les echaba la culpa a ellos. Mal era cuando los enemigos vencían, mal cuando una ciudad era saqueada, mal cuando la peste o la enfermedad se abatían sobre las tierras. Todo mal del mundo, bien lo sabían, se tornaba sin remedio en mal para ellos, y sabían también desde hacía mucho que contra

este su destino no cabía rebelión alguna, pues en todas partes y en todo lugar eran pocos, en todas partes y en todo lugar eran débiles y sin poder. Su única arma era la oración.

Así oraban los judíos de Roma cada noche hasta muy entrada la oscuridad, durante todos aquellos días sombríos y peligrosos del saqueo. Pues ¿qué otra cosa podía hacer el justo en un mundo injusto y bárbaro, donde una y otra vez triunfa la violencia, sino apartarse de la tierra y volverse hacia Dios? Años y años llevaba ya siendo así. Ora venían del sur, ora del este y del oeste, los rubios, los morenos, los pueblos extraños, y todos rapaces, y apenas había vencido una horda cuando ya caía otra sobre ellos. Por toda la tierra guerreaban los impíos y no dejaban en paz a los piadosos. Así habían tomado Jeruscolájim, Babilonia y Alejandría, y hoy lo padecía Roma. Donde se quería descansar, había desasosiego; donde se buscaba la paz, había guerra; no se podía escapar al destino. Solo en la oración había, en esta tierra trastornada, refugio, sosiego y consuelo. Pues maravillosa es la oración. Adormece la angustia con gran promesa, adormece el espanto del alma con cantarina letanía, alza el peso del corazón hacia Dios sobre su ala murmurante; bueno es, por ello, orar en la necesidad, y mejor aún orar en común, pues todo lo pesado se hace más leve cuando se lleva entre muchos, y todo lo bueno resulta mejor ante Dios cuando se hace unidos.

Así estaban sentados juntos los judíos de la comunidad romana, orando. El piadoso murmullo fluía de sus barbas, quedo y constante, como ante las ventanas el rumor del Tíber, que fregaba silencioso y tenaz los tablones de los embarcaderos y lavaba las riberas con su blando discurrir. Ninguno de los hombres miraba al otro, y sin embargo sus hombros viejos y quebrados se mecían al mismo compás, mientras cantaban y recitaban rezando esos mismos e idénticos salmos que ya habían rezado cien y mil veces, y antes que ellos sus padres, y los padres de sus padres, y sus antepasados. Los labios apenas sabían que hablaban, los sentidos apenas qué sentían; como de un sueño oscuro y aturdido brotaba aquel son tembloroso y quejumbroso.

De pronto se sobresaltaron, una sacudida enderezó bruscamente sus espaldas encorvadas. Fuera, la aldaba había golpeado con fuerza la puerta. Y siempre —lo llevaban ya en la sangre— se asustaban de todo lo repentino los judíos del destierro. Pues ¿qué de bueno podía llegar cuando una puerta se abría de noche? El murmullo se cortó, como cercenado con unas tijeras; más claro se oía ahora, a través del silencio, el río que seguía su rumor indiferente. Todos escuchaban con la garganta agarrotada. Entonces volvió a caer la aldaba, un puño sacudía impaciente la puerta exterior. —Ya voy —dijo Abtalión, como para sí, y se arrastró hacia fuera. La vela de cera pegada a la mesa dobló su llama, huidiza, bajo la ráfaga cortante de la puerta abierta; igual que en su interior los corazones de toda aquella gente, tembló la llama de pronto y con fuerza.

El aliento no volvió a los asustados hasta que reconocieron al que entraba. Era Hircanos ben Hillel, el tesorero de la ceca imperial del oro, el orgullo de la comunidad, porque a él, único entre los judíos, le estaba permitida la entrada en el palacio imperial. Vivir más allá del Trastévere le había sido concedido como gracia especial de la corte, y se le permitía vestir ropas nobles y de colores; pero ahora su manto estaba desgarrado, su rostro, sucio. Todos lo rodearon —pues presentían que traía una noticia—, impacientes por que contara enseguida, y sin embargo ya turbados de antemano, porque presentían la desgracia en su agitación.

Hircanos ben Hillel respiró hondo. Se veía que una palabra se le había agarrotado en la garganta y no quería salir. Por fin gimió:

—Se acabó. Lo tienen. Lo han encontrado.

—¿Qué han encontrado? ¿A quién han encontrado? —jadeó de todos como un grito.

—El candelabro, la menorá. La había escondido, cuando llegaron los bárbaros, bajo los desperdicios de la cocina. A propósito dejé los demás objetos sagrados en la cámara del tesoro, la mesa de los panes de la proposición, y las trompetas de plata, y la vara de Aarón, y los incensarios, porque demasiados de la servidumbre

conocían nuestros tesoros como para que hubiera podido poner todo a salvo. Solo una cosa quería salvar de los objetos del Templo, el candelabro de Moisés, el candelabro de la Casa de Salomón: la menorá. Y ya se habían apoderado de todo en el tesoro, ya estaba la cámara vacía y desnuda, ya no seguían buscando, y ya sentía el corazón seguro de que habíamos salvado para nosotros, al menos, esta una de las señales sagradas. Pero uno de los esclavos — séquese su alma— había estado espiando cuando yo escondía el candelabro, y lo delató a los saqueadores para comprar con ello su propia libertad. Les señaló el lugar, y lo desenterraron. Ahora está robado todo cuanto antaño se hallaba en el Santo de los Santos, en la Casa de Salomón, la mesa y los vasos y las láminas de la frente del sacerdote y la menorá. Esta noche, todavía hoy, arrastran los vándalos el candelabro hacia las naves.

Por un instante callaron todos. Luego brotó confuso de las bocas pálidas, grito tras grito. —¡El candelabro... Ay, otra vez... La menorá... El candelabro de Dios... Ay, ay... El candelabro de la mesa del Señor... La menorá!

Los judíos se tambaleaban unos contra otros como ebrios, se golpeaban el pecho con los puños, se sujetaban las caderas gimiendo, como si les abrasara un dolor; como cegados de pronto, se agitaban enloquecidos aquellos hombres viejos y reflexivos.

—¡Silencio! —ordenó de pronto una voz con fuerza, y todos enmudecieron al instante. Pues era el jefe de la comunidad, el más anciano, el más sabio, quien les mandaba callar, el gran intérprete de la Escritura, el rabí Eliézer, al que llamaban Kab ve Nake, el Puro y Claro. Tenía casi ochenta años, y la barba, blanca como la nieve, envolvía susurrante su rostro. Surcada estaba su frente por la dolorosa reja del pensamiento inclemente, pero el ojo bajo la espesura de las cejas había seguido siendo como una estrella, bondadoso y claro. Alzó la mano, delgada y amarillenta, surcada como los muchos pergaminos que había escrito, y con ella cortó el aire horizontalmente, como si quisiera apartar el ruido cual humo maligno y crear espacio limpio para un discurso sereno.

—¡Silencio! —repitió—. Los niños gritan en el susto, los hombres reflexionan. Sentaos todos y deliberemos. El espíritu está más despierto cuando el cuerpo, entretanto, descansa.

Avergonzados, se sentaron los hombres en taburetes y bancos. El rabí Eliézer hablaba quedo para sí, y era como si deliberara consigo mismo:

—Ha ocurrido una desgracia, una gran desgracia. Hace ya mucho que nos los habían quitado, los objetos sagrados, y ninguno de nosotros pudo jamás contemplarlos en la cámara del emperador, solo este, Hircanos ben Hillel. Pero, con todo, sabíamos que estaban a salvo desde los días de Tito, que aún estaban allí y nos eran cercanos. Más benigno nos parecía el destierro romano cuando pensábamos que las cosas sagradas, que habían peregrinado a través de mil años, que habían estado en Jeruscholájim y en Babel y regresado una y otra vez a su patria, ahora descansaban, las despojadas, junto con nosotros en la misma ciudad. No nos era dado poner panes sobre la mesa sagrada, y sin embargo, siempre que partíamos un pan, pensábamos en aquella mesa. No nos era dado encender luz en el candelabro sagrado, pero siempre que encendíamos una luz, nos acordábamos de la menorá, huérfana de luz en la casa extraña. Ya no eran nuestras las cosas sagradas, pero sabíamos que estaban seguras y a salvo. Y ahora ha de comenzar otra vez, la peregrinación del candelabro, y no hacia el hogar, como creíamos, sino que lo arrastran lejos, y ¿quién puede imaginar adónde? Pero no nos lamentemos. El lamento por sí solo no da consejo. Pensémoslo todo bien.

Los hombres escuchaban mudos, las frentes inclinadas. La mano del anciano vagaba aún, arriba y abajo, por la barba. Todavía como a solas consigo mismo, deliberaba:

—El candelabro es de oro purificado, y a menudo he cavilado: ¿por qué quiso Dios que nuestra ofrenda fuera tan preciosa? ¿Por qué exigió de Moisés que el candelabro fuera de peso considerable, de siete cálices, y con adornos labrados, y guirnaldas, y flores? A menudo he pensado si esto no le creaba peligro, pues siempre viene

el mal de la riqueza, y precisamente lo precioso atrae a los ladrones. Pero de nuevo reconozco cuán vano es nuestro pensar, y que lo que Dios ordena tiene un sentido que está por encima de nuestro saber y nuestro entendimiento. Pues ahora comprendo: solo porque eran preciosos se han conservado estos nuestros objetos sagrados a través de los tiempos. Si hubieran sido de metal vil y de obra sin adorno, los ladrones los habrían destrozado sin miramiento y fundido con ellos espadas o cadenas. Pero así conservaron lo precioso como precioso, sin sospechar su santidad. Así lo toma un ladrón de otro ladrón, y ninguno osa destruirlo, y cada una de sus peregrinaciones lo conduce de vuelta a Dios.

—Ahora reflexionemos. Los bárbaros, ¿qué saben ellos de lo sagrado? Solo ven que es de oro, nuestro candelabro. Si pudiéramos tentar su codicia, si les diéramos el doble, el triple de su peso en oro, tal vez lo podríamos comprarlo. No podemos combatir, nosotros los judíos; solo en el sacrificio está nuestra fuerza. Debemos enviar mensaje a todos los dispersos en cada tierra, para que ayuden, todos juntos, a rescatar lo sagrado. El doble y el triple debemos dar este año de la ofrenda del Templo, la ropa del cuerpo y el anillo del dedo. Debemos comprar de nuevo el objeto sagrado, aunque sea por siete veces su peso en oro.

Un suspiro lo interrumpió. Hircanos ben Hillel alzó la mirada, triste.

—Es en vano. Ya lo he intentado —dijo en voz baja—. Fue también mi primer pensamiento. Fui a sus tasadores y escribanos, pero eran groseros y duros. Logré llegar hasta Genserico y le ofrecí un alto rescate. Me escuchó con gesto hosco y arañaba el suelo con el pie. Entonces me abandonó la sensatez, insistí ante él y le hice ver que el candelabro había estado en el templo de Salomón y que Tito lo había traído en secreto desde Jeruscolájim, como la pieza más espléndida del triunfo. Solo entonces comprendió el bárbaro lo que había ganado, y rio con insolencia: «No necesito vuestro oro. Tanto he saqueado aquí que puedo empedrar los establos de mis caballos y clavarles piedras preciosas en los cascos. Pero si este candelabro es en verdad el candelabro de Salomón, entonces no

está en venta para mí. Si Tito lo hizo llevar ante sí en su triunfo en Roma, que sea llevado ahora ante mí en mi triunfo sobre Roma. Si sirvió a vuestro Dios, que sirva ahora al Dios verdadero. ¡Vete!» —y con esto me echó.

—¡No deberías haberte ido!

—¿Acaso me fui? Me postré ante él, le así las rodillas. Pero su corazón era aún más duro que las láminas de hierro de sus botas. Me apartó de un empujón como a una piedra. Y luego los criados me echaron a golpes, y por poco no conservo la vida.

Solo entonces comprendieron por qué estaban desgarradas las ropas de Hircanos ben Hillel. Solo entonces repararon en la mancha de sangre coagulada en su sien. Permanecían sentados en silencio, tan quietos que se oía a lo lejos el crujir de los carros que aún y siempre cruzaban la noche, y ahora también, repetidos de un extraño modo de un extremo a otro de la ciudad, los sordos cuernos vándalos. Luego se apagó todo sonido. Todos pensaban lo mismo: el gran robo ha terminado, ¡perdido está el candelabro!

El rabí Eliézer alzó la mirada con esfuerzo. —¿Esta noche, dices, se lo llevan?

—Esta noche. Lo llevan en un carro por la vía Portuense hasta las naves, y tal vez, mientras hablamos, ya se aleja. Esos cuernos convocaban a la retaguardia. Mañana temprano lo cargarán en el barco.

El rabí Eliézer inclinaba la cabeza cada vez más hondo sobre la mesa. Era como si se durmiera mientras escuchaba. Estaba como ausente y no sentía que los demás lo miraban inquietos. Luego, de pronto, alzó la frente y dijo con calma: —Esta noche, dices. Bien. Entonces debemos ir con él.

Todos se asombraron. Pero el anciano repitió, sereno y firme: —Debemos ir con él. Es nuestro deber. Acordaos de la Escritura y de sus mandamientos. Cuando el Arca peregrinaba, nos poníamos en marcha; solo cuando ella reposaba, nos era dado reposar. Cuando los signos de Dios peregrinan, debemos peregrinar con ellos.

—Pero ¿cómo, con él por el mar? No tenemos barcos.

—Entonces hasta el mar. Es solo una noche.

Entonces se levantó Hircanos. —Como siempre, el rabí Eliézer aconseja lo justo. Debemos ir con él. Es parte de nuestro camino eterno. Si el Arca peregrina, y el candelabro, el pueblo debe peregrinar con ellos, toda la comunidad.

Entonces sonó desde un rincón una voz pequeña y temerosa. Era Simja, el carpintero, un hombre muy contrahecho, quien se lamentaba con espanto: —Pero ¿y si nos apresan? A cientos han arrastrado ya a la esclavitud. ¡Nos golpearán, nos matarán! Venderán a nuestros hijos, y nada se habrá ganado y nada se habrá hecho.

—¡Calla! —le espetó otro—. Y trágate tu miedo. Si alguno de nosotros es apresado, apresado está. Si alguno muere, muere por lo sagrado. Todos debemos ir, todos iremos.

—Sí, todos, todos nosotros. —Gritaban confusamente, unos sobre otros.

Pero Eliézer, el rabí, hizo una señal de silencio. Una vez más cerró los ojos; era su costumbre cuando quería reflexionar. Luego decidió:

—Simja tiene razón. No lo tachéis de cobarde ni de débil. Tiene razón: no todos deben arriesgar su vida e ir sin sentido, de noche, hacia los saqueadores. Pues nada es más sagrado que la vida: Dios no quiere que ni una sola se malgaste inútilmente. Tiene razón, Simja: apresarían a los jóvenes y los harían esclavos en su ciudad. Por eso los hombres robustos y los muchachos no deben salir con nosotros a la noche. Pero distinto es con nosotros. Somos viejos, y un anciano es inútil para todos, y para sí mismo más que para nadie. No podemos remar en las galeras, nosotros, que apenas tendríamos fuerza para cavar la tierra de nuestra propia sepultura, y la muerte misma, cuando nos lleve, no ganará ya gran cosa. A nosotros nos corresponde acompañar el objeto sagrado. Que se adelanten, pues, y se apresten para el camino solo los que tengan más de setenta años.

De entre el gentío salieron los ancianos, todos de barba plateada. Eran diez, y cuando el rabí Eliézer, el Puro y Claro, se sumó a ellos, fueron once: en los patriarcas del pueblo pensaban los más jóvenes al verlos allí de pie, los últimos de un tiempo pasado, graves y solemnes. Una vez más se apartó el rabí de ellos y volvió al otro círculo:

—Iremos nosotros, los viejos, los ancianos: no tengáis cuidado, los demás, por nuestra suerte. Pero, con todo: también un niño debe ir con nosotros, un muchacho, para que sea testigo ante la generación siguiente y la que venga después. Pronto moriremos, nuestra luz está medio consumida y en breve enmudecerá nuestra boca. Pero que quede uno, aún por años y años, que con ojos vivos haya visto el candelabro de la mesa del Señor, para que perdure la certeza de tribu en tribu y de generación en generación de que lo más sagrado nuestro no está perdido para siempre, sino que solo sigue peregrinando por su camino eterno. Un niño, uno que aún no tenga uso de razón, y aunque no comprenda el sentido, debe ir con nosotros por el bien del testimonio.

Todos callaron. Cada uno pensaba, lleno de angustia, en su propio hijo, en enviarlo a la noche y al peligro. Pero ya se había levantado Abtalión, el maestro tintorero.

—Voy a buscar a Benjamín, mi nieto. Solo tiene siete años, tantos años como brazos tiene aquel candelabro, y esto me parece una señal. Preparaos entretanto para el camino, tomad de provisiones lo que halléis en mi casa; yo traigo al niño.

Los ancianos se sentaron alrededor de la mesa, los más jóvenes les trajeron vino y alimento. Pero antes de partir el pan, el rabí entonó la oración que en todos los tiempos rezaron los antepasados tres veces al día. Y tres veces repitieron con sus voces finas y quebradas los ancianos la anhelante plegaria: «Misericordioso, quiera tu misericordia devolver tu gloria a Sion y el servicio del sacrificio a Jeruscholájim».

Tras haber rezado tres veces la oración, se aprestaron los ancianos para la marcha. Con calma y recogimiento, como si cumplieran un acto sagrado, se quitaron las mortajas, las guardaron en un hatillo y con ellas el manto de oración y las correas. Los más jóvenes trajeron entretanto pan y frutas para el camino y fuertes bastones de viaje para apoyarse. Luego cada uno de los ancianos escribió aún en pergamino lo que debía hacerse con sus bienes si no regresaba, y los demás dieron testimonio.

Entretanto, Abtalión, el maestro tintorero, había subido la escalera de madera. Se había quitado antes los zapatos, pero como era un hombre pesado y corpulento, la madera carcomida gemía bajo sus pisadas. Con cuidado empujó la puerta de la estancia donde todos dormían amontonados (pues eran pobres), su mujer y la mujer de su hijo y las hijas y los nietos. Por la rendija de los postigos cerrados se colaba una luz de luna incierta, húmeda y azulada como una niebla, y por más que Abtalión avanzara de puntillas con cuidado, advirtió que desde sus camas unos ojos abiertos lo miraban asustados, y que su mujer y la mujer de su hijo, despiertas, tenían la vista puesta en él.

—¿Qué pasa? —murmuró una voz, asustada. Abtalión no respondió, sino que siguió tanteando hacia el rincón izquierdo, donde sabía que estaba el lecho de Benjamín, el nieto. Se inclinó con ternura sobre el bajo jergón. El muchacho dormía profunda y firmemente, los puños apretados sobre el pecho como con ira: salvaje y apasionado debía de ser su sueño. Abtalión le pasó suavemente la mano por el cabello revuelto, para despertarlo. El muchacho no despertó enseguida, pero sus sentidos debieron de percibir algo de aquella caricia a través del negro velo del sueño. Pues los puños se aflojaron, los labios tensos se entreabrieron, el niño sonrió sin darse cuenta y estiró los brazos con blanda voluptuosidad. Abtalión sintió un dolor punzante al pensar que debía arrancar a aquel niño inocente de un sueño tan dulce. Sin embargo, asió al dormido y lo sacudió con más fuerza. El niño se incorporó de golpe y miró en torno con ojos acosados; era un niño de apenas siete años, pero un niño judío en tierra extraña, y acostumbrado, por

ello, a sobresaltarse cuando llegaba algo inesperado. Así se asustaba su padre cuando la aldaba golpeaba la puerta, así se asustaban todos, los viejos y los sabios, cuando se leía un nuevo edicto en la calle, así se estremecían cuando moría un emperador y llegaba otro, pues malo y peligroso era todo lo nuevo para la judería del Trastévere, en la que había transcurrido su pequeña vida. Aún no había aprendido la Escritura, pero esto ya lo sabía: tener miedo de todo y de todos en la tierra.

Con mirada extraviada se quedó mirando el muchacho, y Abtalión le tapó rápidamente la boca, para que no gritara del susto. Pero apenas reconoció el muchacho a su abuelo, se calmó. Abtalión se inclinó sobre él y le susurró, los labios muy cerca: —Toma tu ropa y tus zapatos y ven. Pero en silencio, que nadie te oiga. El muchacho se levantó al instante. Sintió un secreto y se sintió orgulloso de que su abuelo lo llevara con él a ese secreto. Sin preguntar con una palabra ni con una mirada, buscó a tientas su ropa y sus zapatos.

Ya se deslizaban hacia la puerta cuando la madre se incorporó entre los cojines y sollozó, angustiada: —¿Adónde llevas al niño?

—Calla —respondió Abtalión con brusquedad—, vosotras las mujeres no tenéis que preguntar.

Cerró la puerta. Las mujeres del cuarto debían de haber despertado ya todas. Se oían voces confusas y sollozos tras la delgada madera, y cuando los once ancianos, y entre ellos el niño, salieron por el portal para emprender su camino, ya toda la calle, como si la extraña noticia hubiera calado a través de los muros, sabía de su peligrosa marcha: de todas las casas brotaban angustias y lamentos. Pero los ancianos no alzaban la vista ni miraban atrás. Callados y resueltamente graves, iniciaron su camino. Faltaba poco para la medianoche.

Para su asombro, la puerta de la ciudad estaba sin guardia y abierta: nadie preguntó ni impidió su marcha nocturna. Aquel toque de cuerno que habían oído había reunido a las últimas guardias vándalas, y los romanos, a su vez, encerrados temerosos en sus

casas, no se atrevían aún a creer que la prueba hubiera terminado. Así, la calle que llevaba al puerto se extendía completamente vacía, ni un carro, ni un carruaje, ni una persona, ni una sombra: solo blancos los hitos miliarios bajo la luz de la luna brumosa. Sin obstáculo alguno, los peregrinos nocturnos atravesaron la puerta abierta.

—Ya llegamos tarde —juzgó Hircanos ben Hillel—. Los carros del botín deben de llevarnos mucha ventaja; tal vez ya estaban en camino antes de que sonaran los cuernos. Es preciso que nos demos prisa.

Todos apresuraron el paso. En la primera fila iba, el fuerte bastón en la mano, Abtalión, a su derecha rabí Eliézer, y entre el septuagenario y el octogenario trotaba con sus pasos cortos, tímido y aún medio adormilado, el niño de siete años. Detrás de ellos caminaban, de tres en tres, los demás ancianos, sosteniendo el hatillo en la izquierda y el bastón en la derecha; iban cabizbajos, como detrás de un féretro invisible. En torno a ellos vaporeaba, sofocante, la noche campaniana, ningún soplo redentor de aire alzaba el vaho pantanoso que flotaba, denso y viscoso, sobre los campos y sabía a tierra podrida, y desde el cielo, próximo y asfixiante, parpadeaba una luna enferma y verdosa. Era angustioso y fantasmal andar en tal noche bochornosa hacia lo incierto, pasando junto a los túmulos redondos que yacían inmóviles junto al camino como animales muertos, y junto a las casas saqueadas que, con sus cuencas de ventanas reventadas, miraban fijamente, como ciegas, el prodigio de los ancianos caminantes. Pero hasta entonces no se manifestaba peligro alguno; vacío se difuminaba en la penumbra el camino, y blanquecino como entre neblina, un río helado. De los saqueadores ya no se veía rastro alguno; solo una vez, a la izquierda, una casa de verano romana en llamas recordaba su paso saqueador. El caballete del tejado ya se había hundido, pero desde dentro una brasa humeante teñía de rojo el humo que ascendía en espiral, y todos los ancianos, los once, al mirar hacia allí, tuvieron uno y el mismo pensamiento: les parecía haber visto la columna de humo y fuego que caminó junto al Tabernáculo cuando

los padres y los antepasados todavía marchaban tras el Arca, tal como ellos marchaban ahora tras el amado utensilio.

Entre los dos ancianos, su abuelo Abtalión y el rabí Eliézer, el niño jadeaba y forzaba sus pasos a ser largos, para no quedarse atrás. Callaba porque los demás callaban, pero un miedo inconmensurable le llenaba el pecho, y su pequeño corazón golpeaba dolorosamente las costillas a cada paso. Tenía miedo, un miedo confuso y sin palabras, porque no sabía por qué aquellos ancianos lo habían sacado de la cama en plena noche, miedo porque no sabía adónde lo llevaban, y sobre todo miedo porque jamás había visto la noche al aire libre ni el gran cielo sobre ella. Solo desde aquella callejuela judía conocía la noche; allí era pequeña y estrecha, un palmo de negrura, apenas si tres o cuatro estrellas se abrían paso por las angostas rendijas entre los tejados. Había que tenerle miedo, pues estaba llena de un rumor familiar. Hasta en el sueño se oía el rezar de los hombres, el toser de los enfermos, el arrastrar de los pies, el maullar de los gatos, el zumbir del hogar; a la derecha dormía la madre, a la izquierda la hermana, uno estaba guardado, resguardado por calor y aliento, uno no estaba solo. Pero aquí la noche amenazaba como un vacío inconmensurable; más pequeño que nunca se sentía el niño bajo aquella cúpula abovedada y velada. De no haber estado a su lado los hombres protectores, habría llorado o intentado esconderse en algún sitio de aquella inmensidad que se abalanzaba sobre él por todos lados con silencio abrumador. Pero, por fortuna, junto al miedo quedaba en su corazón diminuto todavía sitio para un orgullo ardiente y palpitante, pues el niño se sentía a la vez orgulloso de que los ancianos —en cuya presencia ni siquiera la madre osaba hablar y ante los cuales temblaban los más jóvenes— de que aquellos grandes y sabios lo hubieran elegido precisamente a él, al más pequeño, entre todos los demás. El niño no sabía para qué ni por qué lo habían llevado consigo los ancianos, pero, por infantil que fuese aún su entendimiento, un presentimiento lo atravesaba: algo grandioso debía de haber en aquella marcha nocturna. Por eso quería, con todas sus fuerzas, mostrarse digno de su elección, y una y otra vez estiraba sus piernecitas cortas y

delgadas para dar zancadas grandes, y contenía valientemente su corazón cuando golpeaba con demasiada fuerza contra la garganta. Pero el camino duraba demasiado. Hacía rato que el niño estaba cansado, y una y otra vez lo asaltaba el miedo cuando, bajo la vaga luz de la luna, sus propias sombras se alargaban de pronto en el camino y luego volvían a fundirse, y no se oía nada más que el paso, el propio paso sobre las piedras aplanadas y resonantes. Y cuando ahora, de improvisto, algo le rozó la frente con un leve silbido —un murciélago, negro y quebrado, que se apartaba de nuevo hacia la noche—, el niño gritó y se aferró convulso a la mano del abuelo: — ¡Abuelo, abuelo! ¿Adónde vamos?

El anciano no volvió la cabeza. Solo gruñó, duro y enojado: — ¡Calla y camina! No tienes que preguntar. El niño se encogió como bajo un golpe. Se avergonzó de no haber sabido contener su miedo. No debería haber preguntado, se afligió.

Pero rabí Eliézer, el Puro y Claro, alzó la cabeza con severidad hacia Abtalión, por encima del niño que lloraba:

—Necio eres, ¿cómo no habría de preguntarnos el niño? ¿Cómo no habría de asombrarse de que se lo arranque de la cama y se lo lleve a una noche extraña? ¿Y por qué no ha de saber el muchacho la causa de nuestra partida y de nuestro caminar? ¿Acaso no participa, por herencia de su sangre, de nuestro destino? ¿No habrá de llevar aún nuestra angustia sin fin a través del tiempo más tiempo que nosotros mismos? Nuestros ojos se habrán apagado hace mucho, mas él vivirá entonces todavía, testigo ante otra generación y el último que en Roma vio el candelabro sobre la mesa del Señor. ¿Por qué quieres que lo ignore, a él, de quien queremos que llegue a ser un sabedor y el mensajero de esta noche?

Avergonzado, Abtalión calló. Rabí Eliézer, en cambio, se inclinó con ternura hacia el niño y le acarició alentadoramente el cabello.

—Pregunta, niño. Pregunta con valentía, cuanto desees, yo te responderé. Peor es para el hombre no saber que preguntar. Solo

quien ha preguntado mucho puede comprender mucho. Pero solo quien comprende mucho llega a ser un justo.

El corazón le temblaba de orgullo al niño, de que el sabio, a quien todos los demás veneraban, le hablara tan gravemente. De buena gana habría besado las manos del rabí en agradecimiento, pero era demasiado grande su timidez, y su labio ardiente temblaba vacío y sin sonido. Mas rabí Eliézer, que durante toda una vida había escudriñado muchos libros, sabía leer también en la oscuridad del silencio los signos escritos del corazón. Sintió que el niño temblaba de impaciencia por saber qué le sucedía y adónde iban. Suavemente atrajo hacia sí la mano del niño, que descansaba, ligera y trémula como una mariposa, en la mano fría del anciano.

—Quiero decirte adónde vamos, y nada te será ocultado. Pues no hay injusticia alguna en lo que hacemos, y aunque sea un camino secreto ante los demás el que hoy recorremos, Dios lo ve desde lo alto y conoce nuestros pensamientos. Él sabe lo que emprendemos, mas solo Él sabe cómo termina.

Mientras rabí Eliézer hablaba al niño, no interrumpía su marcha, y tampoco los demás la interrumpían. Solo se apretaban ahora más cerca de los dos, para escuchar juntos lo que el sabio contaba al niño, al no instruido.

—Un camino antiguo es el que andamos, hijo mío, ya nuestros padres y antepasados lo anduvieron. Pues pueblo errante hemos sido durante innumerables años, y hemos vuelto a serlo, y acaso, quién sabe, sea nuestro destino seguir siéndolo por toda la eternidad. No como los otros pueblos tenemos tierra propia bajo nuestro sueño, no crecen en campo propio para nosotros simiente ni fruto. Solo con pies errantes cruzamos las tierras, y en suelo ajeno se ponen nuestras tumbas. Pero por dispersos que estemos, y aunque nos arrojen entre los surcos como mala hierba del oriente al septentrión de esta tierra, hemos seguido siendo pueblo, uno solo y solitario entre los pueblos, por obra de nuestro Dios y de la fe en Él. Algo invisible es lo que nos ata, algo invisible que nos sostiene y nos mantiene unidos, y ese invisible es nuestro Dios. Sé que te será

difícil, hijo, comprender esto, pues solo lo visible se aprehende fácilmente con los sentidos, solo lo carnal se deja tomar y asir como tierra y madera y piedra o bronce. Y por eso los otros pueblos se han creado también su dios a partir de cosas visibles, de maderas y piedras y bronce forjado. Pero nosotros, los únicos y solos, nos aferramos a lo invisible y buscamos un sentido por encima de nuestro sentido. Todo nuestro afán proviene del impulso de no atenernos a lo asible, sino de haber sido y de seguir siendo eternamente buscadores de lo invisible. Pero más fuerte es quien se ata a lo invisible que quien se aferra a lo tangible, pues esto es perecedero, y aquello perdura. Y más fuerte es, a la larga, el espíritu que la fuerza. Por eso, y solo por eso, hijo, hemos sobrevivido al tiempo, porque estamos consagrados a lo intemporal, y solo porque guardamos fidelidad a Dios, al invisible, Él nos la ha guardado a nosotros. —Sé que te será difícil, siendo un niño, comprender esto, pues nosotros mismos, muchas veces, en nuestra angustia, no comprendemos que Dios y la justicia en la que creemos no se hagan visibles en estos mundos nuestros. Pero, aunque ahora no me comprendas, no te turbes por ello y sigue escuchando, hijo mío.

—Escucho —respiró el niño, tímido y arrobado.

—Con esta fe en lo invisible anduvieron por el mundo nuestros padres y antepasados, y para dar testimonio ante sí mismos de que creían únicamente en ese Dios invisible, que nunca se revela y al que ninguna imagen jamás colma, crearon nuestros antepasados un signo. Pues nuestro entendimiento es estrecho y no puede abarcar lo infinito: solo una sombra de lo divino cae a veces sobre nuestra vida, y apenas una pequeña luz de ella en nuestro día terrenal. Pero para que nuestro corazón jamás se apartara de su deber de servir a lo invisible, que es la justicia, la permanencia y la gracia, nos creamos utensilios para el servicio que exigieran vigilancia constante: un candelabro, llamado la menorá, en el que ardían perpetuamente las velas, y un altar, donde una y otra vez se exponían los panes. No imágenes de la esencia divina —guárdate bien esto— como los otros pueblos las crearon impíamente, eran estos utensilios que llamamos sagrados, sino solo testimonios de

nuestra fe eternamente vigilante, y adondequiera que marchábamos por el mundo, marchaban ellos con nosotros. Encerrados en un arca, los guardábamos en una tienda, y esa tienda la llevaban nuestros padres, tan sin patria como nosotros mismos, sobre sus hombros. Cuando la tienda descansaba con las reliquias sagradas, podíamos descansar nosotros; cuando ella marchaba, marchábamos con ella. En el reposo y en la marcha, de día y de noche, durante mil y mil años estuvimos nosotros, pueblo judío, siempre congregados en torno a lo sagrado, y mientras conservemos este sentido de lo sagrado, seguiremos siendo, en toda tierra extraña, un pueblo.

—Pero ahora escucha. Las reliquias sagradas de aquella arca eran un altar, sobre el cual poníamos los panes, el fruto nutricio del seno de la tierra, y eran los vasos de donde se elevaba en nubes el incienso, para alcanzar a Dios, y eran las tablas de los mandamientos, en las que Dios se nos había prometido. Pero lo más visible de todos estos utensilios era un candelabro, cuya luz iluminaba eternamente el altar en el recinto santísimo. Pues Dios ama la luz que Él mismo enciende, y nuestro agradecimiento por la luz que dio a nuestros ojos, a nuestros sentidos, ha creado ese candelabro. De oro purificado estaba forjado con arte, siete brazos se alzaban desde su ancho tallo hasta cálices, y coronas de flores estaban primorosamente cinceladas en él. Cuando las siete velas sobre los siete capiteles estaban encendidas, la luz florecía en siete flores, y en su contemplación santificábamos nuestro corazón. Cada vez que se encendía en el sabbat, nuestra alma se convertía en templo de recogimiento. Ningún objeto sobre la tierra nos es, por eso, tan querido como signo cual la forma de este candelabro, y en todas partes donde un judío todavía cree en lo sagrado, en cada casa bajo los cuatro vientos de la tierra, se alza aún, en su imagen, una menorá semejante, elevando sus siete brazos hacia la plegaria.

—¿Por qué siete? —preguntó tímidamente el niño. —Pregunta, pregunta, hijo mío. De preguntar nace el saber. Un número singular y elevado es el siete entre los números, pues al cabo de siete días completó Dios el mundo y al hombre, y ningún milagro es mayor que el de que existamos en este mundo y lo sintamos y lo amemos y

reconozcamos a su creador. Por medio de la luz enseñó Dios a los sentidos a ver y al alma a saber: por eso el candelabro, con sus siete brazos, alaba la luz, la exterior y la interior. Pues también una luz interior nos ha concedido Dios por medio de la Escritura, y así como allí vemos por la mirada, aquí sabemos por el conocimiento. Lo que la llama es para los sentidos, eso es la Escritura para el alma, en la que está escrito todo, las obras de Dios y las obras de los padres, la medida de todo hacer, lo permitido y lo vedado, el espíritu creador y la ley que da forma. Dos veces contemplamos el mundo, por la gracia de Dios, merced a la luz: una vez desde fuera, por los sentidos, y otra vez por el espíritu, y hasta su propio ser podemos captar gracias a su iluminación. ¿Me comprendes, niño?

—No —musitó el niño.

—Entonces guarda solo esto —lo demás lo comprenderás más tarde—, guarda solo esto que te digo: lo más sagrado que tuvimos como signo en nuestro peregrinar, y lo único que nos ha quedado de los días de nuestro comienzo, fueron la Escritura y el candelabro, la Torá y la menorá.

—La Torá y la menorá —repitió con reverencia el niño, y apretó las manos para retener mejor las palabras.

—Ahora escucha más. Llegó un tiempo —lejano ya— en que nos cansamos de andar errantes. Pues el hombre anhela la tierra, como la tierra lo anhela a él. Y cuando llegamos, tras años y años de destierro, a la tierra que Moisés nos había prometido, la tomamos por derecho como propia. Sembramos y aramos y cultivamos la vid y domesticamos a los animales, nos creamos campos fértiles y los cercamos y los vallamos, dichosos de no ser ya eternamente los tolerados y proscritos de los otros pueblos ni los eternos huéspedes de tierra ajena. Y ya creíamos que nuestra peregrinación había terminado para siempre, ya nos atrevíamos a la palabra osada de que nuestra era esta tierra, como si jamás la tierra perteneciera al hombre, a quien todo se le da solo en préstamo. Pero él olvida siempre que tener no es retener, y poseer no es preservar: donde siente tierra bajo los pies, allí construye su casa, y con las raíces de

los árboles quiere prenderse al terruño. Así también nosotros construimos por primera vez casas y ciudades, y como cada uno de nosotros tenía morada, ¿cómo no habría de impulsarnos el agradecimiento a darle también a Él, a nuestro Dios y protector, una morada en medio de nosotros, una casa, alta y magnífica sobre todas las casas, una casa de Dios? Y surgió en aquellos años benditos de reposo en nuestra tierra un rey, rico y sabio, llamado Salomón...

—Alabado sea su nombre —interrumpió en voz baja Abtalión. — Alabado sea su nombre —repitieron los demás ancianos mientras caminaban.

—... que edificó una casa sobre el monte Moria, donde una vez Jacob, nuestro antepasado, vio en sueños, dormitando, la escalera del cielo, y al despertar dijo: «Un lugar sagrado es este, y sagrado será para todos los pueblos de la tierra». Allí edificó Salomón nuestra casa de Dios, y magníficamente estaba labrada en piedra y madera de cedro y bronces cincelados. Y cuando nuestros padres alzaban la mirada hacia sus muros, su corazón se sentía seguro, como si Dios quisiera morar para siempre en medio de nosotros y apaciguar nuestro destino por toda la eternidad. Así como nosotros descansábamos en nuestra patria, así reposaba en el recinto sagrado la tienda, y en la tienda el arca largo tiempo transportada. Día y noche alzaba la menorá sus siete llamas ante el altar, todo lo que nos era sagrado reposaba a resguardo en el Santo de los Santos del Señor; aunque invisible, tal como era eterno y eterno seguirá siendo, así habitaba Dios en paz en la tierra de nuestros antepasados, en el templo de Jeruscholájim.

—Que mis ojos vuelvan a contemplarlo —murmuraron los hombres caminantes, como en oración.

—Pero sigue escuchando, hijo mío. Todo lo que el hombre tiene le es solo dado en préstamo, y su tiempo de dicha corre sobre rueda giratoria. No fue eterna, como creíamos, nuestra paz, pues del oriente vino un pueblo salvaje e irrumpió en nuestra ciudad, tal como los saqueadores que has visto irrumpieron ahora en esta

ciudad de nuestro destierro. Lo que era asible, lo asieron; lo que era transportable, se lo llevaron; lo que era destructible, lo destruyeron: solo lo invisible no pudieron quitarnos, la palabra y la presencia de Dios. Pero la menorá, el candelabro sagrado, lo arrancaron de la mesa y se lo llevaron a rastras, no porque fuera sagrado —pues esto no lo comprendían los siervos del mal—, sino porque era oro, y los saqueadores aman siempre el oro. Y junto con el pueblo mismo se llevaron a rastras el candelabro y el altar y todos los vasos, hasta Babel...

—¿Babel? —interrumpió tímido el niño.

—Pregunta, pregunta, hijo mío, y que Dios te conceda siempre respuesta. Babel se llamaba aquella ciudad, grande y poderosa como esta en la que ahora habitamos, y tan lejos estaba de nuestra patria que otras eran las estrellas que se alzaban allí sobre nuestras cabezas. Y para que calcules cuán lejos peregrinaron entonces nuestros objetos sagrados, cuenta tú mismo: pues mira, apenas tres horas hemos caminado, y ya hay dolor en nuestros miembros y cansancio. Pero Babel distaba tres mil horas, y más todavía. Ahora quizá comprendas hasta dónde robaron entonces el candelabro. Pero también esto guarda en tu memoria: ante la voluntad de Dios no vale ninguna lejanía. Y cuando vio que su palabra nos seguía siendo sagrada en el destierro —y quizá sea este el sentido de nuestro eterno ser perseguidos sobre la tierra, que lo sagrado se nos vuelva aún más sagrado por la lejanía y nuestro corazón se torne siempre más humilde en el exceso de la angustia—, cuando Dios, digo, vio que habíamos superado la prueba, despertó entonces el corazón de un rey de aquel pueblo extraño. Este reconoció su injusticia y dejó que nuestros padres regresaran a la tierra prometida, y les devolvió el candelabro de la casa sagrada y los demás objetos. Así volvieron nuestros padres de Caldea a Jeruscholájim, a través de desiertos, montañas y espesuras. Desde los confines de la tierra volvieron, con el cuerpo vivo, al lugar donde siempre estuvimos y estaremos con nuestros pensamientos. Una vez más edificamos el templo sobre el monte Moria, una vez más resplandeció con sus siete llamas el candelabro retornado ante el altar de Dios, y nuestros corazones

resplandecían con él. Pero guarda bien esto, para que comprendas el sentido de nuestro caminar de hoy: ninguna obra de este mundo es tan sagrada, tan antigua y ha peregrinado tan lejos a través del tiempo y sobre la tierra como este candelabro de siete brazos, y de todo cuanto tenemos y hemos tenido como signo de nuestra unidad y nuestra pureza, es él la prenda más preciosa. Y siempre se oscurece nuestro destino, se apaga y se pierde su luz.

Rabí Eliézer se interrumpió. Su voz parecía agotada. El niño alzó vivamente la cabeza, y su mirada se volvió como una pequeña llama ardiente de ansiosa inquietud, temiendo que el relato ya hubiera terminado. Sonriendo, rabí Eliézer advirtió la impaciencia del niño. Suavemente le acarició el cabello y dijo, tranquilizador:

—¡Cómo te arden los ojos por dentro, niño! Pero no temas: nuestro destino nunca termina, y aunque te contara años y años, apenas conocerías la milésima parte del camino que nos está destinado recorrer. Pero escucha ahora, ya que oyes bien y oyes con gusto, cómo fue y cómo sucedió en nuestra patria. Una vez más pensamos que el templo estaba fundado para la eternidad. Pero de nuevo vinieron enemigos por el mar; de esta misma tierra donde ahora habitamos como forasteros vinieron, y los guiaba un emperador, un guerrero, llamado Tito...

—Maldito sea su nombre —murmuraron los hombres mientras caminaban.

—... y quebró nuestras murallas, destrozó nuestro templo. Con pie insolente pisó el profanador el Santo de los Santos y arrancó el candelabro del altar. Lo que Salomón había creado magníficamente, para gloria de Dios, se lo llevó su venganza, y encadenado condujo consigo a nuestro rey, y en triunfo los objetos sagrados. Jactancioso jubilaba el pueblo necio cuando él entraba victorioso, como si sus guerreros hubieran vencido a Dios y lo arrastraran consigo encadenado. Y tan glorioso le pareció al réprobo su sacrilegio, tan deliciosa nuestra humillación, que se hizo construir vanidosamente una gran puerta en memoria de ello y emparedó en mármol, en la obra artificiosa, su robo a Dios.

El niño alzó la frente, atento. —¿Es aquel arco con los muchos hombres de piedra? ¿Aquella puerta abovedada frente a la gran plaza, que mi padre me advirtió que nunca debía cruzar?

—El mismo, hijo mío. Pasa siempre de largo junto a él y no mires esa puerta del triunfo, pues recuerda nuestro día más doloroso. Ningún judío puede cruzar ese arco, que muestra en imágenes cómo escarnecieron lo que nos era sagrado y siempre lo será. Recuerda cada vez...

El anciano se interrumpió a media palabra. Pues por detrás, Hircanos ben Hillel había saltado hacia él de improviso y le había puesto la mano sobre los labios. Todos se asustaron sobremanera ante su osadía. Pero, en silencio, Hircanos ben Hillel señalaba ahora hacia delante, al camino. Vagamente se distinguía allí algo en el resplandor incierto de la luna nublada. Algo oscuro se arrastraba lentamente por el camino blanco como una oruga errante, y ahora, mientras los ancianos permanecían sin aliento, se oía desde allí, a través del silencio, el crujir de carros pesadamente cargados. Pero sobre esta comitiva oscura que avanzaba penosamente, algo brillaba claro como pequeñas briznas en el rocío de la mañana: eran las lanzas de la retaguardia húmeda que custodiaba los carros del botín.

Pero los vigías de ojos agudos de aquella columna de botín debían de haber avistado ya a los que venían detrás, pues al instante volvieron los caballos y ya se lanzaba hacia ellos una tropa a la carga, las lanzas en ristre y con un grito estridente. Erguidos permanecían los guerreros húmedos en sus estribos, y los albornoces ondeaban blancos, como si los corceles tuvieran alas. Instintivamente los once ancianos se agruparon y pusieron al niño en el centro. De un solo golpe, gritando estridentemente y con furia, los jinetes se abalanzaron ahora hacia ellos: apenas a unos palmos de los aterrados tiraron bruscamente de las riendas de sus caballos, para observar de cerca a estos desconocidos rezagados, de modo que los caballos se encabritaron. Pero cuando reconocieron, a la luz incierta de la luna ya en penumbra, que estos no eran en absoluto guerreros que los persiguieran para disputarles el botín, sino solo

ancianos que caminaban pacíficamente por la noche, canosos y achacosos, cada uno con un pequeño hatillo y un bastón en la mano, tal como en su propia tierra solían peregrinar los piadosos de un lugar a otro, entonces rieron con confianza hacia los ancianos, y los dientes brillaron blancos en sus rostros salvajes y oscuros. Luego uno de ellos silbó, agudo y rápido; de nuevo volvieron los caballos, alejándose veloces y ligeros como una bandada de pájaros hacia su botín, mientras los ancianos permanecían todavía inmóviles por el fogonazo de su susto, sin atreverse a comprender del todo que habían sido perdonados y salvados.

Rabí Eliézer, el Puro y Claro, fue el primero en reponerse. Con ternura acarició la mejilla del niño.

—Un valiente eres —dijo, inclinándose hacia él—. He sostenido tu mano, y no ha temblado. ¿Quieres que siga contándote? Pues todavía no sabes adónde vamos ni por qué estamos despiertos en esta noche.

—¡Cuenta! —musitó el niño con leve súplica.

—Te dije, ya lo recuerdas, que Tito, el maldito, arrastró nuestras reliquias sagradas hasta Roma y las paseó, para vano deleite de los ojos, por toda la ciudad. Pero, después de aquel día, los emperadores de Roma guardaron nuestra menorá junto con las demás reliquias sagradas de Salomón en una casa a la que llamaron el Templo de la Paz; necia palabra, como si la paz tuviese jamás duración y morada en esta nuestra tierra pendenciera. Mas Dios no consintió que permaneciese en templo ajeno lo que había sido ornato del suyo propio en Sion; así que envió de noche un fuego, y el fuego abrasó aquella casa con techo, imágenes y bienes: solo nuestro candelabro fue salvado de las llamas devoradoras, y visible se hizo una vez más que ni el fuego, ni la lejanía, ni la mano rapaz de los hombres tienen poder sobre él. Fue una señal de advertencia de Dios, para que devolviesen lo sagrado a su lugar sagrado y los utensilios al sitio que ellos honraban no por el oro, sino únicamente por su santidad. Pero ¿cuándo entienden los necios una señal, cuándo se dobla dócil ante la razón el corazón terco del hombre?

El rabí Eliézer suspiró, y prosiguió:

—Así tomaron nuestro sagrado utensilio y lo guardaron de nuevo en otra casa del emperador, y como allí, en cámara cerrada, aguardó pacientemente años y decenios, creyeron una vez más que ya estaba a salvo por toda la eternidad. Pero tras un ladrón siempre acecha otro, y lo que uno tomó con violencia, otro se lo arrebató de nuevo con violencia. Como Roma cayó sobre Jeruscolájim, así ha caído Cartago sobre Roma. Como ellos nos robaron a nosotros, así ahora ha sido robado él; como profanaron nuestro bien más sagrado, así ha sido profanado ahora el suyo. Pero también lo nuestro propio, nuestra menorá, nuestro utensilio de Dios, lo han tomado esos ladrones, y esos carros allí en la oscuridad arrastran lo que más caro es a nuestros corazones. Mañana cargarán el candelabro en un barco, para llevarlo a tierra extraña, inalcanzable para nuestra mirada anhelante; inunca más nos alumbrará a nosotros, los viejos, este candelabro! Y así como se acompaña a la sepultura el cadáver de un ser querido, para dar testimonio del amor con ese caminar y ese ir con él en su último trayecto, así acompañamos hoy a la menorá en su partida hacia tierra extraña. Es lo más sagrado lo que perdemos: ¿comprendes ahora el duelo de nuestra dolorosa marcha?

El niño caminaba con la cabeza inclinada y callaba. Parecía reflexionar.

—Pero guarda esto: te hemos traído como testigo, para que un día, cuando nosotros mismos seamos ya tierra, atestigües que guardamos fidelidad a lo sagrado, y para que enseñes a los demás a seguir guardándola. Para que les ayudes a creer en nuestra fe, en que siempre volverá, el candelabro, de su peregrinar en la oscuridad, y que un día, con sus siete llamas, iluminará de nuevo gloriosamente el altar del Señor. Te hemos despertado para que tu corazón se despierte también, y para que un día anuncies esta noche a los que vengan después. Recapacita y anuncia a los otros, para su consuelo, que tú viste con tus propios ojos el candelabro que peregrinó a través de mil años, incólume como nuestro pueblo

en tierra extraña, y del que yo creo firmemente que no perecerá mientras nosotros no perezcamos.

El niño seguía callando. Y el rabí Eliézer, el Puro y Claro, sintió una resistencia en el silencio obstinado del muchacho. Así que se inclinó hacia él y preguntó: —¿Me has entendido?

La nuca del niño permaneció rígida. —No —dijo, terco—. No lo entiendo. Pues si... si nos es tan caro y tan sagrado, el candelabro..., ¿por qué dejamos que nos lo quiten?

El anciano suspiró. —Bien preguntas, hijo mío. ¿Por qué dejamos que nos lo quiten? ¿Por qué no nos defendemos? Pero solo más tarde comprenderás que en este mundo el derecho está del lado de los fuertes y no de los justos. Siempre la violencia impone su voluntad en la tierra, y la piedad no tiene poder terrenal. Solo a soportar la injusticia hemos aprendido de Dios, y no a imponer nuestro derecho con el puño.

El rabí Eliézer dijo estas palabras con la cabeza inclinada mientras seguía caminando. Pero de pronto el niño soltó bruscamente su mano de la de él y se detuvo. Erguido y casi imperioso, el niño ardiente preguntó al anciano:

—¿Pero Dios? ¿Por qué tolera este robo? ¿Por qué no nos ayuda? ¿No has dicho tú que El es el Justo y el Todopoderoso? ¿Por qué está del lado de los ladrones y no de los justos?

Todos se espantaron. Todos se detuvieron, y el corazón se les paró a un tiempo en el pecho. Como una fanfarria aguda, la pregunta desatada del niño había atravesado el vacío de la noche, como si aquel pequeño muchacho declarase la guerra a Dios. Y airado —pues se avergonzaba de su propia sangre—, Abtalión increpó a su nieto:

—¡Calla y no blasfemes!

Pero el rabí Eliézer le cortó la palabra:

—¡Calla tú primero! ¿Por qué murmuras contra el niño inocente? Pues su corazón ignorante no ha preguntado otra cosa que lo que

nosotros nos preguntamos a diario y a toda hora, tú y yo y todos nosotros, y los sabios y los más sabios de nuestro pueblo desde el principio y desde siempre. Nada ha preguntado este niño sino nuestra vieja pregunta judía: ¿por qué se ensaña Dios precisamente con nosotros, tan duramente, entre los pueblos, precisamente con nosotros, que le servimos como ningún otro? ¿Por qué nos arroja precisamente a nosotros bajo las suelas de los demás, para que nos pisoteen, a nosotros, que lo reconocimos y lo alabamos los primeros en la inasibilidad de su ser? ¿Por qué destruye lo que edificamos, quiebra lo que esperamos, por qué nos quita la morada dondequiera que reposamos, por qué azuza a pueblo tras pueblo contra nosotros hacia un odio eternamente renovado? ¿Por qué nos prueba, y siempre solo a nosotros, tan duramente, a nosotros a quienes él escogió primero y admitió los primeros en su misterio? No, no voy a mentir ante un niño, pues si su pregunta es blasfemia, entonces yo mismo soy un blasfemo cada día de mi vida. Mirad, lo confieso ante todos vosotros: también yo, por mucho que me resista, también yo me querello con Dios sin fin, también yo me pregunto, a mis ochenta años, todavía cada día esta misma pregunta de este niño cándido: ¿por qué precisamente a nosotros nos hunde Dios tan hondo en la desdicha? ¿Por qué tolera nuestro despojo de todo derecho y aún ayuda a los ladrones en el robo? Y aunque me golpee mil veces el puño contra el pecho de vergüenza, no puedo sofocar ni ahogar este grito interrogante. No sería yo judío ni sería hombre si no me atormentase a diario esta pregunta, y solo en la muerte enmudecerá en mis labios.

Los otros ancianos se estremecieron. Nunca habían visto a Kab ve Nake, el Puro y Claro, el siempre Justo, en tal desasosiego: de un fondo íntimo que él, por lo demás, mantenía cerrado a todos, debía de haber brotado esa acusación, y les pareció extraño a todos, tal como estaba allí, temblando en todos sus miembros por el exceso de dolor, y con la mirada apartada, avergonzada, del niño, que alzaba hacia él, asombrado, el ojo inquisitivo. Pero ya se había recobrado el rabí Eliézer, y, inclinándose de nuevo hacia el muchacho, lo apaciguó:

—Perdona que hablase a aquellos y a otro por encima de todos nosotros, en vez de darte respuesta a ti. Tú me has preguntado, hijo mío, desde la sencillez de tu corazón: ¿por qué tolera Dios esta afrenta contra nosotros y contra Él mismo? Y yo te respondo desde la sencillez de mi espíritu, con toda la honradez de que soy capaz, te respondo: no lo sé. Pues no conocemos los planes de Dios ni presentimos sus pensamientos. Pero siempre que yo mismo me querello con Él en la necedad de mi dolor y en el exceso de nuestro común sufrimiento, entonces trato de consolarme diciéndome: quizá haya un sentido en el sufrimiento que Él nos impone, y quizá cada uno de nosotros expíe una culpa. ¿Quién puede decir quién la cometió? Quizá Salomón, el sabio, fue poco sabio al construir el templo en Jeruscolájim, como si Dios fuera un hombre y deseara tener morada en un solo lugar y bajo un solo pueblo. Quizá fue pecado que le erigiese la casa con tanto fasto, como si el oro valiese más que la piedad y el mármol más que la firmeza interior. Quizá fue contra la voluntad de Dios que nosotros, pueblo judío, quisiéramos ser como los demás y tener patria y casa, que dijéramos: esta es nuestra tierra, y dijéramos: nuestro templo y nuestro Dios, como se dice: mi mano y mi cabello. Quizá por eso quebró el templo y nos arrancó de la patria, para que no atásemos nuestro sentido a lo visible, sino que le permaneciésemos fieles solo de un modo interior; a lo inalcanzable y a lo invisible. Quizá nuestro verdadero camino sea este, que estemos siempre en camino, mirando atrás con melancolía y hacia adelante con anhelo, deseando siempre el reposo y, sin embargo, siempre sin reposo; pues solo es un camino sagrado aquel cuyo destino no se conoce y que, no obstante, se recorre con perseverancia, tal como nosotros recorreremos aquí, en la oscuridad y el peligro, esta noche, sin conocer su desenlace.

El niño escuchaba. Pero el rabí Eliézer había terminado:

—Pero ahora no preguntes más. Pues tu pregunta va más allá de mi saber. Espera y ten paciencia: quizá un día Dios te responda desde tu propio corazón.

El anciano calló, y callaron los demás. Quietos permanecieron todos junto al camino, y la noche los envolvió en silencio, y a todos les parecía como si estuvieran solos en la oscuridad del mundo, más allá del tiempo.

De pronto uno se estremeció y alzó la mano. Un temor lo había asaltado, y advirtió a los demás que escuchasen. Y en efecto, algo corrió a través del silencio y se acercó con un rumor. Al principio fue apenas como si alguien pulsase fugazmente un arpa, un sonido oscuro y creciente, pero pronto se hinchó más fuerte, como viento o mar viniendo desde lo tenebroso, y de repente irrumpió en el bochorno una poderosa racha de tormenta, breve y súbita, de modo que los árboles asustados junto al camino alzaron sus brazos, como si quisieran sostenerse en el vacío, y los arbustos susurraron confusos y el polvo se levantó del camino. Fue como si de pronto vacilasen las estrellas, y los ancianos, agitados como estaban por la conversación sobre su destino y a la espera de la cercanía de Dios, temblaron, por si de pronto fuera a llegarles una respuesta, pues estaba escrito en la Escritura que Dios se acerca en el viento de tormenta y que su voz comienza a hablar en un suave susurro. Cada uno bajó la frente hacia la tierra, cada uno escuchaba a la vez hacia lo alto, y sin darse cuenta se tomaron unos a otros de la mano, para sostenerse juntos frente a lo prodigioso, y cada uno sentía el pulso del otro como un pequeño martillo violento en su puño.

Pero nada sucedió. De pronto, tal como había venido, cesó el viento de tormenta, y poco a poco se apagó el susurro en la hierba. Nada sucedió. Ninguna voz habló, ningún sonido redimió el silencio aterrado. Y cuando fueron alzando, uno tras otro, sus ojos atemorizados de la tierra, advirtieron que en el oriente, sobre la oscuridad, comenzaba un primer resplandor, opalino y tenue. Entonces comprendieron que aquello no había sido más que el viento que siempre se levanta antes de que comience el día; que solo había sucedido el prodigio cotidiano de que amaneciera, como tras cada noche terrenal. Más intensa se iluminó, mientras aún permanecían inquietos, la lejanía rojiza, y ya el paisaje, en pálido contorno, se abría paso fuera de los velos. Entonces supieron: la

noche había terminado, la noche de su peregrinación. —Amanece —murmuró Abtalión, quedo y desengañado—, digamos la oración.

Los once ancianos se juntaron. Aparte quedó el niño, como menor de edad aún no versado en la oración, y miraba con el corazón agitado. Los viejos sacaron de sus hatillos los mantos de oración y se los pusieron sobre los hombros y las cabezas. Las correas se las ataron en torno a la frente y a la mano, la izquierda, que está cerca del corazón. Luego se volvieron hacia el oriente, donde sabían que estaba Jeruscholájim, y pronunciaron la acción de gracias a Dios, que creó el mundo, y lo alabaron con las dieciocho bendiciones de su perfección. Cantaban y murmuraban quedamente, balanceando el cuerpo hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la plegaria. El niño no podía entender todas las palabras, pero vio el fervor con que los once ancianos se mecían en el canto agitado, como antes los arbustos en el viento de Dios. Tras el solemne «¡Amén!» pronunciado en voz alta, se inclinaron todos, luego doblaron de nuevo los mantos de oración y se dispusieron otra vez al camino. Más viejos parecían ahora, los ancianos, bajo la luz que despertaba poco a poco; más nítidas se dibujaban las arrugas de su frente, y más oscuras las sombras en torno a los ojos y la boca: como si viniesen de su propia muerte, cansados y penosamente se arrastraron con el niño, el último, el más doloroso tramo de su camino.

Claro y ardiente ardía la mañana itálica cuando los once ancianos llegaron con el niño al puerto de Portus, donde el Tíber deja que su caudal amarillo refluya lánguido y sin brío hacia el mar. Muy pocos barcos de los vándalos aguardaban ya en la rada; uno tras otro se hacían ya a la mar, con el mástil empavesado triunfalmente y el ancho vientre cargado de botín; por fin quedaba anclado en la orilla uno solo, que devoraba con avidez de los carros atestados los últimos restos del robo romano. Un carro tras otro rodaba dócilmente para ser vaciado, y cada vez los esclavos llevaban, por una escalerilla de tablas, sobre sus hombros morenos o alzadas en alto sobre la cabeza, las pesadas cargas hasta el barco: arcas y cofres con oro y ánforas redondas con vino. Pero por mucho que se

apresurasen, su servicio no era lo bastante rápido para el impaciente señor del barco, y así los capataces de los vándalos, a latigazos, empujaban a los esclavos a un paso cada vez más veloz. Se detuvo entonces el último carro ante el barco; era aquel al que los once ancianos con el niño habían seguido durante la larga noche, y que contenía el candelabro del templo. Aún estaba su carga cubierta de paja y de paños, pero con mirada ardiente los ancianos clavaban los ojos en el carro colmado y temblaban ante lo que iba a descubrirse. Ahora era el instante de la decisión: ahora o nunca debía suceder el milagro.

Pero el niño no miraba hacia allí con ellos. Como hechizado, contemplaba fijamente el mar, que veía por primera vez. Allí estaba, espejo azul e infinito, radiante y abovedado, hasta la línea nítida donde el agua tocaba el cielo, y aún más vasto le pareció este espacio inmenso que la cúpula de la noche, cuando había visto por primera vez el círculo pleno de las estrellas en el cielo abovedado. Absorto observaba cómo jugaban entre sí las olas, cómo se perseguían y se empujaban, cómo una saltaba sobre el lomo de la otra y luego huía espumeante, con una risa leve y gorgoteante de pura travesura, para formarse de nuevo una y otra vez, y él presentía una alegría en este juego dichoso como nunca se había atrevido a soñar en la sombra herrumbrosa de su callejón estrecho, apartado y pobre. Con fuerza se dilataba su flaco pecho de niño y ansiaba ensancharse, hacerse fuerte y grande, para beber en sí el aire y el mundo y sentir el aliento de esta alegría hasta lo hondo de su sangre judía y acobardada. Irresistiblemente el niño arrebatado deseaba adelantarse hasta rozar el agua misma y extender los brazos, los pequeños, para al menos apretar contra su propio cuerpo una bocanada presentida de esta infinitud, y, arrebatado desde dentro, se sintió en la contemplación de esta belleza y este resplandor más feliz que nunca; ¡ah, qué desenvuelto era aquí todo, qué libre y sin miedo! Como blancos proyectiles, las gaviotas bajaban en picado y volvían a subir, y suave y sedosamente los hermosos barcos hinchaban sus velas al viento. Y de pronto, cuando el niño, con los ojos cerrados, echó hacia atrás la pequeña cabeza

para beber más hondo el aire fresco y salado, le vino a la memoria la primera palabra que había aprendido: En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y por primera vez el nombre de Dios, que ayer habían pronunciado los padres, los ancianos, se llenó para él de sentido y de forma.

Un grito lo sobresaltó. Los once ancianos habían gritado ahora todos a una, como con una sola boca, y él corrió al instante hacia ellos. Acababan de arrancar los paños del último carro, y cuando los esclavos bereberes se agacharon para sacar arrastrando una estatua de plata de Hera —pesaba varios quintales—, uno de ellos empujó con el pie, apartándolo, el candelabro que le estorbaba en el camino, y con fuerza golpeó y volcó la menorá y rodó del carro hasta el suelo. Un grito de espanto, uno solo, desgarró el pecho de los ancianos, al ver cómo el emblema sagrado, el que Moisés contempló, el que Aarón bendijo, el que estuvo en la mesa del Señor en la Casa de Salomón, yacía ahora lastimosamente revolcado en el barro de los tiros, profanado por la suciedad y el polvo. Los esclavos negros alzaron los ojos, curiosos, ante el grito repentino. No comprendían por qué aquellos necios viejos de barbas blancas gritaban tan agudamente y se asían de los brazos, unos a otros, una cadena convulsa de dolor: al fin y al cabo, no se les había hecho ningún mal. Pero ya restallaba el látigo del capataz sobre su carne desnuda, y servilmente hundieron de nuevo sus brazos en la paja del carro, sacando ahora una estela, desnuda y reluciente de pórvido, y luego de nuevo una imponente estatua, que, con una cuerda al cuello y otra a los pies, arrastraron por la escalerilla hasta el barco como algo sacrificado. Cada vez más rápido se vaciaba ahora el fondo del carro. Solo el candelabro, el eterno, yacía todavía descuidado a los pies del carro, medio oculto por la rueda. Y los ancianos, que se sostenían unos a otros, temblaban en una esperanza unánime: ¡quizá los ladrones, en su premura, olvidasen el candelabro! ¡Quizá lo pasasen por alto! ¡Quizá, aún en el último instante, sucediese el milagro de la salvación!

Pero entonces uno de los esclavos advirtió el candelabro, se agachó, lo tomó y se lo alzó sobre los hombros. Reluciente ardía, en

alto, bajo el sol; llameaba y centelleaba, y era como si iluminase el día aún más claramente: por primera vez en su vida veían los ancianos la reliquia perdida de su pueblo, y ay, ¡en la misma mirada en que contemplaban el emblema más amado, ya volvía a marcharse hacia tierra extraña! Con ambas manos, la derecha y la izquierda, el negro de anchos hombros sostenía en alto la áurea menorá, para mantener en equilibrio la carga pesada, sobrepesada, mientras se apresuraba hacia el tablón vacilante de la escalerilla: ¡cinco pasos, cuatro pasos más y la reliquia desaparecería para siempre! Como arrastrados por una fuerza secreta, los once ancianos, sosteniéndose unos a otros, se apretujaron hacia la escalerilla, la mirada medio ciega de lágrimas, y con palabras confusas les corría la saliva de la boca. Como ebrios se tambaleaban hacia adelante, la boca ávida, la mirada ávida, para al menos tocar aún con un beso piadoso el signo sagrado. Solo uno, el rabí Eliézer, permaneció lúcido, aun en medio de su dolor. Con fuerza incontenible —y el apretón le dolió tanto al niño que estuvo a punto de gritar— le apretó la mano al muchacho.

—¡Mira, mira! ¡Tú serás el último que haya visto lo sagrado nuestro! ¡Tú serás el testigo de cómo lo tomaron, de cómo lo robaron!

El niño no comprendió las palabras. Pero sintió el dolor de los demás hasta lo hondo de su sangre y percibió que allí se cometía una injusticia. Una ira, una ira infantil, le recorrió el cuerpo entero, ardiente. Sin saber lo que hacía, el niño, el de siete años, se soltó y saltó tras el negro, que en ese momento pisaba la escalerilla, tambaleándose penosamente bajo el peso pesado. ¡No, no debía llevarse el candelabro, aquel hombre extraño! Sin sentido, el niño se arrojó contra el hombre poderoso para arrancarle el botín.

El esclavo, cargado pesadamente, se tambaleó bajo el empujón súbito e inesperado. No era más que un niño el que se había colgado de su brazo, pero, manteniéndose penosamente en equilibrio sobre el tablón estrecho y oscilante, el esclavo, bajo el ataque repentino por la espalda, pisó tambaleándose en el vacío y

cayó, arrastrando consigo al niño. Al hacerlo se le escapó de las manos el candelabro. Con fuerza tronó al caer con todo su peso sobre el brazo derecho del niño arrastrado. Un dolor inmenso sintió el muchacho, como si carne y hueso le hubiesen sido triturados y machacados, y lanzó un alarido estridente. Pero ese grito se perdió en el súbito clamor de los demás. Pues todos gritaban ahora a la vez: los ancianos, de horror ante el sacrilegio de que la sagrada menorá rodase de nuevo por el fango; y desde los barcos, a su vez, bramaban airados los vándalos. Rápidamente acudió el capataz y, a latigazos, hizo retroceder a los ancianos que gritaban. Entretanto el esclavo ya se había levantado, encolerizado; de una patada apartó al niño que gemía, se echó de nuevo el candelabro al hombro y lo llevó ahora, rápido como quien huye, escalerilla arriba, hasta el barco.

Los once ancianos no repararon en el niño. Ninguno advirtió que yacía gimiendo y encogido, pues no bajaban la mirada hacia la tierra. Solo miraban el candelabro, que ahora, sobre los hombros del esclavo, subía la escalerilla, con sus siete copas alzadas como una ofrenda a Dios; con horror vieron cómo, a bordo, manos ajenas e indiferentes lo agarraban y lo arrojaban junto al resto del botín. Pero ya sonó estridente un silbido, la cadena chirrió al izar el ancla, y abajo, en el espacio invisible donde los galeotes estaban encadenados a sus bancos, cuarenta remos sacaron a golpe unísono, adelante y atrás, adelante y atrás. Con una sacudida el barco arrancó. Blanca corrió la espuma sobre la quilla, y con un rumor se deslizó adelante; ya se alzaba y hundía su cuerpo pardo sobre las olas, como si respirase y viviese, y con las velas hinchadas la galera puso rumbo desde la rada directamente hacia el mar abierto e infinito. Los once ancianos miraban fijamente el barco que se desvanecía. Una vez más se habían tomado de las manos y volvían a orar, una única cadena de horror y de dolor. Todos habían esperado en secreto, sin que ninguno se lo confiase al otro: ¡todavía ahora, ahora mismo, sucedería un milagro! Pero ligero y acariciado por el viento tierno, el barco se deslizaba con las velas redondeadas a través del agua, y cuanto más pequeño se hacía su contorno en la lejanía, tanto más lastimosamente se fundía la esperanza en sus

corazones y se perdía en el mar inmenso de su duelo. Ya el barco no brillaba sino pequeño como el ala de una gaviota, y por fin —las lágrimas les oscurecían la vista— no distinguieron ya sino un azul desierto. ¡Perdida toda esperanza! ¡Una vez más el candelabro peregrinaba hacia tierra extraña y lejana, eternamente inquieto, eternamente perdido!

Solo entonces, apartando los ojos del mar, se acordaron del niño, que yacía gimiendo con el brazo destrozado en el mismo lugar donde el candelabro, al caer, lo había derribado. Alzaron al que sangraba y lo tendieron sobre unas parihuelas. Todos se avergonzaron profundamente de que este niño hubiese hecho, con su candor infantil, lo que ninguno de los hombres había osado hacer, y Abtalión temía a las mujeres, porque llevaba a casa al nieto convertido en tullido, ante la madre y la hija. Solo el rabí Eliézer, el Puro y Claro, los consoló. —No lo lloréis ni os lamentéis por él. Recordad la Escritura: cómo Dios hirió de muerte al hombre que con la mano tocó el Arca para sostenerla, pues Dios no quiere que se toque lo sagrado con manos de carne. A este niño, en cambio, lo ha perdonado, y solo le ha golpeado el brazo. Quizá haya una bendición en este dolor, y una vocación.

Con ternura se inclinó luego sobre el muchacho que gemía: —No te resistas a tu dolor, sino acógelo en ti. También este dolor es una herencia. Pues solo en el sufrimiento se vive a sí mismo nuestro pueblo, solo de la necesidad le nace fuerza creadora. Algo grande te ha sucedido, pues has tocado lo sagrado, y solo tu cuerpo ha sido dañado, no tu vida. Quizá estés elegido por este dolor, y un sentido se oculte en tu destino.

El muchacho alzó hacia él la mirada, confiado y fuerte. Más poderoso que el dolor ardiente era el orgullo de que el sabio lo honrase. Y ni un solo gemido volvió a salir de sus labios mientras lo llevaban de vuelta, el brazo destrozado, a la casa paterna.

Inquietos transcurrieron los años en el Imperio Romano desde aquella noche vandálica, y sucedió más en una sola vida de hombre que lo que suele suceder en siete generaciones. Otro emperador fue

señor de Roma, y luego otro, y luego otro más; el primero se llamó Avito, los siguientes Mayoriano y Libio Severo y Antemio. Unos asesinaban o expulsaban a los otros, de nuevo irrumpieron en la ciudad pueblos germánicos y la saquearon. De nuevo fueron instaurados (y aún seguía siendo la vida de un único linaje) otros emperadores, y de nuevo depuestos, y por fin los últimos de Roma, Glicerio y Julio Nepote y Rómulo Augústulo, hasta que Odoacro y Teodorico, dos duros guerreros nórdicos, tomaron el poder. Pero también aquel reino godo, del que sus reyes creían que, templado en la disciplina y ceñido de hierro, habría de sobrevivir a generaciones enteras, también él se hundió y se corrompió en el curso de esa misma generación, mientras en el norte los pueblos migraban y se agrupaban, y al otro lado del mar, en Bizancio, se alzaba otra Roma; era como si, desde aquella noche en que la menorá emigró por la Porta Portuensis, no debiera haber ya paz ni descanso en la milenaria ciudad del Tíber.

Pero a todos los once ancianos que habían acompañado al candelabro en aquella su última peregrinación se los había llevado ya la muerte hacía tiempo, y enterrados estaban ya sus hijos, y sus nietos se habían vuelto ancianos; solo uno seguía aún con vida: Benjamín, el nieto de Abtalión, el testigo de aquella noche vandálica. Del niño de entonces se había hecho un joven, del joven un hombre, del hombre un anciano. Siete de sus hijos habían muerto antes que él, y uno de sus nietos había sido ya asesinado cuando el populacho, bajo Teodorico, incendió la sinagoga. Pero él, con el brazo destrozado, seguía viviendo aún; como en el bosque la tormenta abate los árboles a diestra y siniestra, y uno solo, el más poderoso, queda en pie y se yergue solitario, así sobrevivió este anciano de anciano al tiempo, y vio morir emperadores y hundirse imperios; solo a él lo esquivaba la muerte con reverencia, y su nombre era grande y casi sagrado entre los judíos de la tierra. Benjamín Marnefesch lo llamaban a causa de su brazo destrozado, lo cual quiere decir: el hombre a quien Dios ha probado con amargura, y a ningún otro honraban como a él. Pues era el último y el único que con sus propios ojos había contemplado el candelabro de Moisés, el

candelabro del Templo de Salomón, la menorá, que, huérfana de su luz, yacía ahora enterrada y oscurecida en la casa del tesoro de los vándalos. Cuando llegaban a Roma mercaderes de Livorno y de Génova y de Salerno, de Maguncia y de Tréveris y de las tierras de Levante, iban primero a su casa, para ver con sus propios ojos al hombre que había contemplado con los suyos las cosas sagradas de Moisés y de Salomón. Como ante una imagen piadosa se inclinaban ante el anciano con reverencia, con sobrecogido espanto miraban el brazo tullido y palpaban con los dedos la mano que en otro tiempo había tocado el candelabro del Señor. Y aunque todos sabían —pues en aquellos tiempos corría la palabra de boca en boca por el mundo tan viva como hoy corre la letra escrita— lo que le había sucedido a Benjamín Marnefesche en aquella noche, no dejaban de rogarle que les relatara una vez más, y otra, y otra, la peregrinación. Y con la misma paciencia eterna narraba entonces el anciano, cada vez, la partida del candelabro, y un resplandor brotaba de la espesura de su barba cuando anunciaba lo que rabí Eliézer, el Puro y Claro —hacía tiempo que su cuerpo yacía en la fosa—, le había prometido entonces. No desfallecer los exhortaba, pues aún no había terminado la peregrinación del signo sagrado; el candelabro habría de volver a Jeruscholájim, y con ello acabaría su propio destierro, y de nuevo se congregaría el pueblo en torno a su signo rescatado. Así se marchaban todos consolados por él, y en su oración entretejían su nombre, para que permaneciera largo tiempo con su pueblo, él, el consolador, el testigo, el último que había visto el santuario del templo.

Y Benjamín, el amargamente probado, el niño de aquella noche ya remota, cumplió setenta años, y cumplió ochenta, y cumplió ochenta y cinco, y cumplió ochenta y siete. Ya se le encorvaban poco a poco los hombros bajo el peso de los años, se le nublaba la vista, y a veces se fatigaba en mitad del día. Pero ninguno de los judíos de Roma quería creer que la muerte pudiese tener poder sobre él, pues su existencia significaba para ellos la prenda de un gran suceso. A todos les parecía impensable que aquellos ojos terrenales, que habían visto el candelabro del Señor, pudieran apagarse sin haber

vivido el regreso de la menorá, y guardaban su presencia como un signo de la voluntad divina. No había fiesta sin él, ni oficio sin su nombre. Cuando él caminaba, los ancianos se inclinaban piadosamente ante aquel hombre viejísimo, cada uno pronunciaba tras sus pasos la fórmula de la bendición, y dondequiera que se reunieran, en la aflicción o en la fiesta, le tenían preparado el primer lugar en su mesa.

Así honraban también esta vez los judíos de Roma a Benjamín Marnefesch como al más anciano y más digno de la comunidad, cuando se reunieron, según lo mandaba la costumbre, en el cementerio, en el día más triste de su año, el nueve de ab, el día de la destrucción del templo, aquel día sombrío y cargado de memoria que había dejado sin patria a sus padres y los había esparcido como sal sobre los países de la tierra. No estaban sentados en su casa de oración, que el populacho enemigo había profanado hacía poco, sino que anhelaban estar cerca de sus muertos en aquel día mortal; fuera de la ciudad, donde sus padres yacían enterrados en tierra ajena, se reunieron para llorar cada uno ante el otro su propio destierro. Se sentaban entre las tumbas, y algunos sobre piedras ya rotas; sabían que se sentaban junto a sus padres, hijos también de su duelo, y leían en las lápidas de los antepasados los nombres y sus alabanzas. En algunas de las piedras había, sobre el nombre, signos figurados esculpidos: dos manos cruzadas como testimonio del sacerdocio, o el cántaro de las abluciones de los levitas, o un león, o la estrella de David. Una de las losas erguidas mostraba, en imagen, el candelabro de siete brazos, la menorá, para proclamar que quien allí reposaba en sueño eterno había sido un sabio, y él mismo una lumbrera de Israel. Ante esta lápida, con la mirada vuelta hacia ella, estaba sentado Benjamín Marnefesch, en el círculo de los demás, con ceniza esparcida sobre la cabeza y las vestiduras rasgadas como los otros, que se inclinaban y se doblaban, semejantes a los sauces, sobre las aguas negras de su dolor.

Era ya avanzada la tarde, y el sol se inclinaba oblicuo entre los pinos y los cipreses. Mariposas de colores intensos revoloteaban en torno a los judíos agachados como en torno a troncos carcomidos,

libélulas de alas irisadas se posaban sin cuidado sobre sus hombros encorvados, y en la hierba espesa jugaban escarabajos junto a sus sandalias. Entre el follaje dorado y reluciente llegaba, abanicándose, un viento fragante; cercana estaba una tarde de terciopelo suave, pero los judíos no alzaban los ojos ni alzaban el corazón. Una y otra vez se hundían en un nuevo duelo, una y otra vez recordaban de nuevo el quebranto de su pueblo en un lamento común. No comían, no bebían, no volvían la mirada hacia la claridad del día; solo se leían unos a otros los cantos de duelo que narran la destrucción del templo y la ruina de Jeruscolájim, y aunque cada palabra de aquellos cantos dolorosos estaba ya grabada a fuego hasta la última gota de su sangre, los creyentes se los repetían una vez y otra, para afilar el dolor y sentir cómo, una y otra vez, el dolor afilado les cortaba el corazón. Nada querían sentir sino aflicción en aquel día, el más oscuro, y así, a su propio destierro y opresión, sumaban también la aflicción y la opresión de los muertos; el pesado destino de todo su pueblo se lo renovaban unos a otros de palabra, y también el sufrimiento de los tiempos antiguos. Y como estos en Roma, así estaban agachados y sentados, con polvo en los cabellos y las vestiduras rasgadas, en todas las ciudades y comunidades de la tierra, los judíos junto a las tumbas, y hablaban y leían de un extremo del mundo al otro las mismas lamentaciones, a la misma hora, la lamentación de Jeremías, cómo había caído la hija de Sion y se había vuelto escarnio de los pueblos. Y sabían que este dolor y este lamento del destierro compartido eran su única unidad sobre la tierra.

Mientras así permanecían sentados y murmuraban y se lamentaban y se desgastaban el corazón con el dolor del recuerdo, no advertían cómo el sol se volvía cada vez más dorado y los troncos oscuros de los pinos y los cipreses, como iluminados por una luz interior, empezaban a arder con un fulgor rojizo. No advertían que el nueve de ab, el día del gran duelo, iba tocando lentamente a su fin y se acercaba la hora de la última oración. Entonces sonó fuera, con estrépito, la herrumbrosa verja del cementerio. Oyeron bien que alguien entraba, pero no se levantaron, y también el forastero

permaneció quieto, esperando, hasta que se hubo dicho la oración. Solo entonces miró el jefe de la comunidad al que había entrado y lo saludó: —Bendito sea el que viene. La paz sea contigo, judío.

—Benditos sean los que aquí moran —respondió el forastero. Y de nuevo preguntó el jefe de la comunidad:

—¿De dónde vienes, y de qué comunidad eres?

—La comunidad en la que yo estaba ya no existe; en un barco he huido de Cartago. Algo grande ha sucedido. Justiniano, el emperador, ha enviado desde Bizancio un ejército contra los vándalos, y Belisario, su general, ha tomado Cartago por asalto, la fortaleza de los piratas. Preso está el rey de los vándalos, destruido su reino. Todo lo que los ladrones habían tomado en años y años, Belisario lo ha saqueado y lo lleva a Bizancio. La guerra ha terminado. —Los judíos miraron con indiferencia y en silencio, sin levantarse. ¿Qué era para ellos Bizancio, qué era Cartago? Edom todo aquello, y Amalec, el enemigo eterno. Eternamente libraban aquellos pueblos paganos guerras sin sentido, ya vencían unos, ya vencían otros, y nunca vencía la justicia. ¿Qué les importaba a ellos? ¿Qué era Cartago, qué era Roma, qué era Bizancio para su corazón, que solo se afanaba por una ciudad: Jeruscholájim?

Solo Benjamín Marnefes, el amargamente probado, alzó ahora con fuerza la mirada:

—¿Y el candelabro?

—Está intacto. Belisario lo ha capturado. Y he oído que, junto con todos los demás tesoros, lo lleva a Bizancio.

Solo entonces se sobresaltaron los demás. Solo entonces comprendieron la pregunta de Benjamín: de nuevo el candelabro sagrado habría de peregrinar hacia el destierro. Como una tea encendida se arrojó la noticia en el oscuro edificio de su duelo. Se levantaron de un salto del suelo, se apretujaron sobre las tumbas, rodearon al forastero, sollozaban y lloraban:

—¡Ay de nosotros! ¡A Bizancio!... ¡Otra vez sobre el mar!... ¡Otra vez a tierra extraña!... ¡Una vez más lo arrastrarán en triunfo, como hizo Tito, el maldito!... ¡Siempre a otra tierra, y nunca a Jeruscholájim!... ¡Ay, ay de nosotros!

Era como si con acero candente se hubiese tocado una vieja herida. Pues oscura era en todos ellos la inquietud y el miedo de que, si los objetos sagrados del Arca peregrinaban, también ellos mismos tuvieran que salir de nuevo al destierro, buscar de nuevo, una vez más, una patria que no era patria. Así había sido desde que el templo fue destruido, y una y otra vez su vida volvía a ser destruida. El dolor pasado y el nuevo se mezclaban con violencia. Todos gritaban, sollozaban y se lamentaban, y los pajarillos que descansaban en paz sobre la piedra vetusta remontaron el vuelo asustados y huyeron ante el ardiente tumulto de los hombres.

Solo uno, Benjamín, el anciano de anciano, había permanecido quieto y en silencio, sentado en la piedra cubierta de musgo, mientras los demás se agitaban confusos y lloraban. Sin que él lo supiera, sus manos se habían juntado; como un soñador estaba sentado, y sonreía en silencio para sí, vuelto hacia aquella lápida en la que estaba grabada la imagen de la menorá. De pronto brilló en su rostro de anciano, curtido y ceñido de blanco, algo del niño que había sido en aquella noche; los pliegues del rostro se distendieron, los labios se aflojaron con dulzura, y fue como si la leve sonrisa pasara de la boca a todo su cuerpo, mientras él escuchaba hacia dentro, inclinado sobre sí mismo.

Por fin, uno de ellos reparó en el anciano, y se avergonzó de su propia vehemencia. Se detuvo con reverencia y tocó suavemente al que tenía más cerca. Uno tras otro fue enmudeciendo, y todos miraron ahora sin aliento al anciano, cuya sonrisa pasaba como una nube blanca sobre su oscuro dolor. Se hizo el silencio, como entre los muertos bajo tierra, cuyas tumbas los rodeaban en sombras.

Solo por el silencio absoluto notó Benjamín que todos lo miraban a él. Con esfuerzo, pues ya era achacoso, se levantó de la piedra rota sobre la que había estado sentado; a todos les pareció de pronto tan

poderoso como nunca, tal como estaba allí, el rostro cercado de plata, y el cabello llameando como blanca hoguera en torno al pequeño gorro de seda. Nunca sintieron tan íntimamente como en aquella hora que el Marnefes, el amargamente probado, era también un enviado. Pero Benjamín comenzó a hablar, y había en su palabra la devoción de una oración:

—Ahora sé por qué Dios me ha reservado hasta esta hora. Siempre me preguntaba para qué parto todavía inútilmente el pan, para qué me perdona la muerte a mí, anciano agotado e inútil, que ya solo anhela el silencio. Ya me había vuelto pusilánime, pues demasiado sufrimiento veía yo en nuestro pueblo, y se me fatigaba la confianza. Pero ahora comprendo que todavía se me impone una cosa en esta vida. He visto el principio; ahora me llama el final.

Con reverencia escuchaban los demás la oscuridad de sus palabras. Por fin preguntó uno, el jefe de la comunidad, en voz baja: —¿Qué quieres hacer?

—Creo que Dios me ha conservado tanto tiempo la vida y la luz de los ojos solo para que vuelva a contemplar una vez más el candelabro. Debo ir a Bizancio. Quizá lo que al niño no le fue dado lograr, rescatar para nosotros lo sagrado, lo consiga ahora el anciano.

Todos temblaban de emoción y de impaciencia. A todos les parecía, en verdad, increíble que aquel anciano quebradizo pudiera recobrar el candelabro de manos del emperador más poderoso de la tierra, y sin embargo era seductor creer en lo maravilloso. Solo uno, preocupado, preguntó:

—¿Cómo podrías resistir un viaje tan largo? Piensa que son tres semanas sobre el mar invernal. Temo que no tengas fuerzas suficientes para tal fatiga.

—Uno tiene siempre fuerzas cuando se trata de lo sagrado. También entonces, cuando me llevaron consigo, siendo yo un niño incapaz aún de valirme, pensaron que el camino era demasiado penoso, y sin embargo lo recorrí entero hasta el final. Solo esto será

necesario, pues mi brazo está destrozado: que alguien me acompañe, uno fuerte, para que me ayude, y uno joven, para que un día sea testigo ante una generación posterior, como yo lo he sido ante la vuestra.

Volvió los ojos, buscando, en torno al círculo, y miró uno tras otro a los hombres más jóvenes, como si quisiera ponerlos a prueba. Cada uno temblaba bajo aquella mirada tanteadora y sentía su punta hasta lo más hondo del corazón enmudecido. Cada uno anhelaba ser elegido para la misión, y cada uno era demasiado tímido para ofrecerse. Todos esperaban, con el alma agitada. Pero el anciano bajó la cabeza, inseguro, y solo murmuró:

—No, no quiero decidir yo. Que no sea mía la elección. Échense las suertes. Que Dios me elija al indicado.

Los hombres se juntaron, arrancaron briznas de la hierba crecida entre las tumbas, las partieron en trozos más grandes y más pequeños y se las repartieron entre sí. La suerte designó a Jojakim ben Gamaliel, un joven de veinte años, alto y fornido, herrero de oficio, pero al que no querían. Pues no conocía la Escritura y era de índole impaciente. Tenía sangre en las manos: había dado muerte, en una riña, a un sirio en Esmirna, y había huido a Roma antes de que los alguaciles lo apresaran. Con disgusto se preguntaban todos, en su fuero interno, por qué la suerte había recaído justamente en aquel hombre huraño y salvaje, y no en uno piadoso y devoto. Pero el anciano, cuando Jojakim se adelantó como el elegido, apenas lo miró de pasada y le ordenó:

—Prepara todo. Mañana por la noche partimos.

Todo el día que siguió a aquel nueve de ab lo pasó la comunidad romana en agitada actividad. Ninguno de los judíos atendía su propio negocio, cada uno traía y recogía dinero, y los que eran pobres pedían prestado sobre prenda, y las mujeres entregaban sus broches y sus piedras preciosas. Pues crecía cada vez más en todos ellos la certeza de que este era el elegido para rescatar la menorá de su nuevo cautiverio y para mover al emperador, como en otro tiempo

a Ciro, a enviar de vuelta al pueblo a su patria junto con los objetos sagrados. Día y noche escribían cartas a todas las comunidades de Oriente, a Esmirna y a Creta y a Salónica, a Tarso, Nicea y Trebisonda, para que enviaran emisarios a Bizancio y recogieran dinero, a fin de que se llevara a término la santa obra de la liberación. Exhortaban a los hermanos de Bizancio y de Galata a preparar de antemano todo camino a Benjamín Marnefes, el amargamente probado, como al llamado a un suceso portentoso; al mismo tiempo, las mujeres preparaban mantos y cojines y provisiones para el viaje, para que los labios del piadoso no tuvieran que tocar nada impuro en el barco. Y aunque a los judíos de Roma les estaba prohibido viajar en carro o cabalgar a caballo, encargaron en secreto un carruaje fuera de la puerta de la ciudad, para que el anciano no comenzara la partida ya fatigado.

Pero se asombraron mucho cuando Benjamín se negó a subir al carruaje. A pie quería recorrer el camino hasta Portus, exigió el anciano con obstinación, tal como lo había recorrido, más de ochenta años antes, siendo un niño enfermizo, en aquella noche. Imposible y demasiado osado les pareció al principio el empeño de que aquel hombre, por lo demás tan quebrantado, quisiera caminar con sus propios pies hasta el mar. Pero se maravillaron al mirarlo, pues parecía transformado desde aquella noticia. Era como si de la noche a la mañana hubiese vuelto la fuerza a sus miembros y una nueva calidez hubiese fluido en su sangre vieja. Su voz, por lo demás débil y apagada, sonaba ahora, cuando rechazaba casi con enojo la preocupación de los demás, imperiosa y fuerte; y ellos, llenos de reverencia, le obedecieron.

Toda la noche acompañaron los judíos de Roma a Benjamín Marnefes, el elegido de su comunidad, por el mismo camino que un día recorrieron sus antepasados para escoltar el candelabro del Señor. En secreto habían llevado, sin embargo, unas parihuelas, para transportar en ellas al anciano si antes de tiempo le faltaran las fuerzas. Pero el viejo caminaba con vigor y a la cabeza de todos. No hablaba con nadie, y su ánimo pertenecía por entero al tiempo pasado. En cada piedra y en cada recodo del camino que no había

vuelto a recorrer desde aquella noche, se le hacía cada vez más luminosamente presente la hora poderosa de su infancia. Se acordaba de todo lo que entonces había sucedido, oía las voces de los muertos en el viento tibio, despertaba cada palabra que cada uno había pronunciado. Allí a la derecha había llameado la columna de fuego de la casa incendiada, aquí se había alzado el miliario junto al cual habían desfallecido, el corazón apagado, cuando los jinetes núbidas cargaron contra ellos. Recordaba cada pregunta que había hecho, cada respuesta que había recibido. Y cuando llegó a aquel lugar donde entonces, por la mañana, los ancianos habían dicho su oración al borde del camino, tomó él también, como aquellos habían hecho, el manto de oración y las correas, para, vuelto hacia oriente, decir la misma oración que ya habían dicho, por la mañana, padres y antepasados, y que, guardada en la sangre y fluyendo oscuramente de generación en generación, dirían sus hijos y sus nietos, y los más remotos herederos de estos.

Detrás de él, los demás se maravillaban tímidamente, sin comprender su extraño proceder. Pues la época del año estaba esta vez más cerca del otoño que en aquella marcha de antaño, no se percibía en el cielo ni un resplandor del amanecer, y aún faltaba mucho para la hora antes del día: ¿cómo podía un piadoso decir la oración matutina antes de que amaneciera? Esto iba contra toda costumbre, y era una grave infracción de la tradición y de la Escritura. Pero, con todo, permanecieron reverentes, agrupados en torno al que oraba. Pues lo que él, el elegido, hacía, no podía ser injusto. A este, esta vez, sentían ellos, le estaba todo permitido, y si aún antes de la luz decía a Dios gracias por la luz creada, era justo que así fuera.

El anciano, dicha la oración, volvió a plegar el manto y siguió caminando con vigor, como si las piadosas palabras lo hubiesen refrescado. Cuando por fin llegaron al puerto, se quedó largo rato mirando fijamente el mar; en su alma cobró vida el niño, el niño perdido, hacía tanto tiempo desaparecido en él, que entonces había contemplado por primera vez la ola y la lejanía. Era el mismo mar que ochenta años atrás: hondo e insondable como los pensamientos

de Dios, pensó piadosamente. Como entonces, se le iluminaban los ojos con la claridad del cielo: bendijo a todos los compañeros que lo habían acompañado, al despedirse de ellos para siempre; luego subió al barco con Jojakim. Y como entonces los antepasados y los padres, así miraban ahora desde la orilla, conmovidos y agitados, los hombres, cómo la galera se ponía en movimiento y, henchidas las velas, se apartaba de la orilla. Sabían que habían visto por última vez al amargamente probado, y cuando la vela se perdió en la lejanía, se sintieron pobres y despojados.

Fuerte y firme, el barco hendía entre tanto la marea. Las olas espumeaban con violencia, y desde el oeste rodaban nubes oscuras. Los timoneles miraban preocupados, temiendo que se acercara una tormenta y con ella un peligro mortal. Pero aunque perseguido por las tempestades y rechazado dos veces en su ruta, el barco resistió la penuria y arribó, sano y salvo, a Bizancio, tres días después del día en que Belisario trajo desde África el botín.

Bizancio, desde que de la cabeza de Roma había caído la corona, portadora del imperio y señora del mundo, hervía aquella mañana de gente, pues hacía años que a esta ciudad, que amaba las fiestas y los juegos más que a Dios y a la justicia, no se le había prometido un espectáculo tan magnífico como este: Belisario, el vencedor de los vándalos, debía conducir en el circo a su ejército victorioso, con todo el botín, ante el basileus, el señor del mundo. Muchedumbres inmensas se apretujaban por las calles empavesadas, una sola masa llenaba de negro el óvalo alargado y gigantesco del hipódromo, y como brama el mar, murmurante e impaciente, retumbaba y gemía la expectación apretujada. Pues aún permanecía por completo vacía la tribuna imperial, la Catisma, que, cubierta de columnas y suntuosamente adornada, cerraba por un extremo el inmenso óvalo, plana, como un huevo pelado. Aún no había aparecido el basileus ante su pueblo por el pasadizo subterráneo que unía aquel recinto festivo con el palacio imperial.

Por fin, unas fanfarrias estridentes anunciaron el instante festivo. Primero se alinearon, formando con sus vestiduras rojas y sus hojas

relucientes un fondo resplandeciente, las guardias imperiales; luego avanzaron susurrantes, en trajes de seda brillante, los más altos dignatarios, sacerdotes y eunucos; y por fin aparecieron, cubiertos por un baldaquino y llevados en dos literas, Justiniano, el basileus, el autócrata, con la corona de oro arqueada sobre la cabeza como una aureola, y Teodora en el centelleo de sus joyas. Cuando avanzaron hacia su asiento imperial, se desplomó de golpe, desde todas las gradas, una catarata de júbilo atronador. Se había olvidado que en ese mismo recinto, apenas unos años antes, una multitud igual se había alzado contra la misma tribuna y contra el mismo emperador, y que en castigo fueron degollados treinta mil hombres en ese mismo lugar; siempre la victoria borra toda culpa ante la masa eternamente olvidadiza. Ebrias de fasto y a la vez del ardor de su propio entusiasmo, gritaban y bramaban y aullaban y aclamaban en cien lenguas aquellas miles de bocas, de modo que el muro de piedra temblaba con el eco: era una ciudad entera, un mundo entero el que vibraba a su encuentro, al hijo de campesinos de Macedonia y a la mujer menuda que en otro tiempo —los viejos aún lo recordaban— había ofrecido aquí mismo, en esa misma casa, su cuerpo desnudo como bailarina y se había vendido de noche a cualquiera que la quisiera. Pero también esto estaba olvidado, como toda vergüenza tras la victoria y toda violencia tras el triunfo.

Pero mudo, por encima de esta masa enfurecida que espumaba hacia el vencedor su júbilo venal, sucio y a gritos como agua de fregar, se erguía en las terrazas más altas otro pueblo, un pueblo silencioso y pétreo: los cientos y cientos de estatuas de Grecia. De sus templos, donde solo había paz, las habían arrancado, aquellas imágenes de los dioses, de Palmira y de Cos, de Corinto y de Atenas; de sus arcos de triunfo y sus columnas las habían arrastrado, desnudas y tersas como eran en el blanco eterno de su mármol. Inaccesibles a la pasión pasajera, hundidas para siempre en el sueño eterno de su belleza, así permanecían allí, mudas e indiferentes; no rendían homenaje a lo terrenal, no se movían. Inmóviles y orgullosas, miraban más allá de los juegos sangrientos, hacia la

lejanía azul del mar, que con oleaje puro espumeaba al encuentro del Bósforo.

Estridentes y muy cercanas, volvieron a sonar ahora las fanfarrias, para anunciar que el cortejo triunfal del general había alcanzado la puerta exterior del Hipódromo. Se abrieron las puertas, y de nuevo el bramido ya apagado de la muchedumbre creció hasta convertirse en trueno jubiloso. ¡Allí estaban, las cohortes de bronce de Belisario, las que habían erigido el imperio del mundo, las que habían vencido a todos los enemigos y ahora les concedían el placer de despreocupados juegos! Más alto y más estridente aún subió el júbilo cuando, detrás de los vencedores, llegó arrastrado el botín, los tesoros de Cartago, cuya abundancia no tenía fin. Primero avanzaron orgullosos los carros triunfales que en su día habían capturado los vándalos; luego se llevaron, en andamios elevados, los sitiales del trono, los adornados de joyas, y los altares de dioses desconocidos; relucieron estatuas, obra de artistas anónimos creada en nombre de la belleza; y después, cargados hasta el borde, cofres amontonados de oro, cálices, vasijas y vestiduras de seda; todo cuanto aquel pueblo de saqueadores había robado en todos los confines de la tierra volvía ahora y pertenecía al emperador, al imperio, y ante cada nueva magnificencia el pueblo prorrumpía en júbilo de nuevo y soñaba, en su embriaguez crédula, que para siempre y eternamente fluiría hacia él todo el esplendor, toda la riqueza de la tierra.

En medio de tan deslumbrantes riquezas, la multitud ya no reparó en que los portadores traían ahora unos objetos que parecían mezquinos comparados con el resto del esplendor selecto: una mesa estrecha revestida de oro, dos trompetas de plata y un candelabro de siete brazos. Ningún júbilo se alzó al paso de aquellos utensilios de aspecto humilde. Pero, muy arriba, en medio de la multitud, un anciano gimió y clavó su mano —la izquierda— en el brazo de su vecino Jojakim: después de ochenta años, el viejo volvía a ver lo que una vez había visto de niño, el candelabro sagrado de la Casa de Salomón, el candelabro que en su día había asido su mano infantil y que le había roto el brazo para siempre. Visión bienaventurada: ¡era él, el mismo! ¡Invencible, a través del tiempo eterno, el candelabro

eterno daba de nuevo un paso hacia su regreso! El anciano sintió la gracia del reencuentro como una tormenta interior: ya no pudo contener la desmesura de su júbilo, y gritó ardiente: «¡Nuestro! ¡Nuestro! ¡Nuestro por toda la eternidad!».

Pero nadie, ni siquiera los más cercanos, oyó aquel grito solitario. Porque en un único alarido de júbilo bramó ahora la multitud: Belisario, el vencedor, había entrado en la arena. Muy detrás de los carros triunfales, muy detrás del inmenso botín, avanzaba él con el sencillo atuendo de sus guerreros. Pero el pueblo conocía y reconocía a su héroe, y aclamó su nombre con tal estruendo, y solo el suyo, que Justiniano se mordió el labio de envidia cuando su general se inclinó ahora ante él.

Luego volvió a caer el silencio, tan denso y tenso como antes había sido el estruendo. Gelimero, el rey de los vándalos, que iba tras Belisario, su vencedor, cubierto en son de burla con un manto de púrpura, se detuvo ahora ante el emperador. Los siervos le arrancaron el manto de púrpura, y el vencido se arrojó al suelo. Por un instante no salió un solo aliento de los miles y miles de labios. Todos tenían la mirada clavada en la mano del basileus. ¿Concedería la gracia o no? ¿Se alzaría su dedo o se hundiría? Y he aquí que lo alzó: la vida le fue concedida al vencido, y en un único trueno estalló el entusiasmo. Solo uno, en medio de la multitud, no había mirado hacia allí: Benjamín, el anciano conmovido. Solo a la menorá seguía él con la mirada, mientras los portadores la llevaban lentamente a través de la arena. Solo a ella miraba; y cuando el sagrado objeto desapareció con el cortejo, se le oscureció el sentido.

«¡Llévame de aquí!», rezongó Jojakim por lo bajo. El fulgor del espectáculo único atraía al joven ávido. Pero la mano del anciano se crispó, dura y huesuda, en su brazo. «¡Llévame! ¡Llévame de aquí!».

Como un ciego, fue tanteando y palpando entonces de la mano de su acompañante a través de la ciudad; seguía viendo el candelabro con los ojos del alma, e impaciente por el camino, urgió a Jojakim a que lo llevara sin tardanza a la comunidad de los judíos. Un miedo repentino se apoderó de él: ahora que principio y fin se tocaban, su

vida podría acabarse antes de tiempo, y volvería a perderse la salvación del candelabro.

En la casa de oración de Pera, entretanto, llevaba horas y horas esperando la comunidad a su ilustre huésped. Así como en Roma solo se permitía a los judíos morar en la otra orilla del río, así también a los judíos de Bizancio se los toleraba solo en Pera, en la otra costa del Cuerno de Oro; aquí, como en todas partes, el estar apartados era su destino, pero también el secreto de su perduración en el tiempo.

El local estrecho de la casa de oración bullía, lleno y sobrecargado. Pues no solo estaban allí reunidos, esperando, los judíos de Bizancio; también de lejos y de cerca, de Nicea y de Trebisonda, de Odesa y de Esmirna y de las ciudades de la tierra de Tracia, habían venido enviados de todas las comunidades judías para participar en el consejo y en el suceso. Hacía tiempo que la noticia de que Belisario había tomado por asalto la fortaleza de los vándalos y recobrado, junto con los tesoros, también el candelabro eterno, se había difundido por todas las costas del mar hasta las comunidades; no había un solo judío en el imperio de Bizancio que no hubiese recibido la nueva con honda emoción. Pues aunque esparcidos como paja sobre las eras del mundo y desgarrados en muchas lenguas, para este pueblo extraviado seguía siendo cosa común, para gozo y para pena, todo lo que le sucediera a sus signos sagrados, y aunque a menudo endurecidos y olvidadizos unos con otros, sus corazones se fundían fraternalmente ante cualquier peligro. Sin cesar forjaban de nuevo la persecución y la injusticia el vínculo de hierro que aún sostenía el tronco desmembrado de su unidad, para que no se pudriera y se derrumbase; y cuanto más duramente golpeaba el destino a cada uno, tanto más se soldaban sus almas en unidad. También esta vez alcanzó a cada judío el rumor —que la menorá, el candelabro del Templo, el candelabro del pueblo, había sido una vez más liberado de su cautiverio oculto y volvía a peregrinar, como antaño desde Babel y desde Roma, por tierras y por mares— como si fuera su propio destino. En las calles, en las casas, se reunían hablando con vehemencia, escudriñaban con sus maestros y sabios

las Escrituras para descifrar el sentido de tal peregrinación. Pues ¿qué significaba que el santuario hubiera vuelto a peregrinar? ¿Significaba esperanza o desdicha? ¿Comenzaba de nuevo una persecución, o era su final? ¿Serían de nuevo, y pronto, los desterrados y los peregrinos sin rumbo de los caminos, una y otra vez los desasosegados, ahora que el candelabro andaba errante? ¿O acaso la redención del candelabro significaba también redención para ellos, partida y regreso, por fin, por fin el final de la funesta peregrinación? A todos les ardía el alma de impaciencia. Corrían mensajeros de un lugar a otro para averiguar más sobre el viaje y el destino del candelabro, y grande fue su espanto cuando por fin se supo que, de nuevo, en triunfo público, como antaño en Roma, sería llevado este último objeto del Templo ante el emperador Justiniano. Ya esta sola noticia asaltó con violencia las almas. Pero la agitación salvaje creció hasta la embriaguez cuando llegaron de Roma las cartas de la comunidad: Benjamín Marnefes, el amargamente probado, que de niño había sido el último en ver el candelabro durante el saqueo de los vándalos, estaba de camino a Bizancio. Un asombro se apoderó primero de ellos. Pues desde hacía años y años todos los judíos, aun los dispersos en la lejanía, conocían la extraña hazaña de aquel niño de siete años que, durante el saqueo de los vándalos, había querido arrancar el candelabro a los ladrones y que en la caída se había roto el brazo. Las madres contaban a sus hijos la historia de Benjamín Marnefes, el Golpeado de Dios, y los sabios a sus discípulos. Hacía tiempo que su hazaña se había convertido en leyenda piadosa, como las de la Escritura, que se leía y se aprendía. Por las noches se la contaban unos a otros en las casas judías como una de las antiguas, como las hazañas claras y oscuras de Rut y Sansón y Amán y Ester, de las madres y los santos antepasados del pueblo. Y ahora llegaba de pronto la noticia, la increíble, la maravillosa: aquel niño de entonces aún vivía. Y más aún, aquel niño, ya anciano, venía atravesando tierras y mares. Estaba de camino, Benjamín Marnefes, el último testigo, para ver una vez más el candelabro. ¡Esto tenía que ser una señal! No en vano podía Dios haber preservado y reservado a este único hombre más allá de la medida corriente del tiempo terrenal. Quizá, como un

elegido, había sido llamado para devolver el santuario a su hogar, y a ellos mismos a la vez. Y cuanto más hablaban unos con otros, menos dudaban: la fe en el salvador, en el redentor, que germina y brota eternamente en la sangre de este pueblo repudiado al primer viento cálido de cualquier esperanza, irrumpió ahora con fuerza y fecundó sus corazones. Asombrados, en aldeas y ciudades, los vecinos extraños miraban a los judíos, pues de la noche a la mañana se habían vuelto otros. Los que antes se deslizaban tímidos y encorvados, siempre a la espera de un insulto o de un golpe, andaban ahora alegres y danzarines como en éxtasis. Los avaros, que siempre volvían y ahorran cada migaja, compraban ricas vestiduras; los hombres de lengua torpe se levantaban y predicaban con elocuencia la promesa; las mujeres encintas tenían visiones y se arrastraban hasta el mercado para anunciarlas cuanto antes a los demás, y los niños llevaban banderas de colores y coronas. Los más creyentes comenzaron incluso a prepararse ya para el viaje y vendían precipitadamente sus bienes y posesiones, para tener de antemano mulas y carros dispuestos, de modo que ningún día se perdiera en preparativos en cuanto sonara la llamada al regreso. Pues ¿no debían acaso ellos peregrinar, si el candelabro peregrinaba por el mundo, y no estaba ya de camino el mensajero que de niño había acompañado al santuario? ¿Cuándo había habido en sus días una señal, un milagro como este? Así, cada comunidad a la que llegó a tiempo la noticia eligió de entre los suyos a un hombre como delegado, para que presenciara la llegada del candelabro a Bizancio y participara en la deliberación. Y todos los que fueron enviados se estremecieron de dicha y bendijeron el nombre de Dios. Maravilloso les parecía, en su vida pequeña y oscura, que de ordinario transcurría pobremente entre la necesidad y el peligro diarios, que ellos, por lo demás modestos tenderos y humildes menestrales, pudieran participar en un suceso tan prodigioso y ver al hombre a quien Dios, manifiestamente, había conservado más allá de la medida del tiempo terrenal para la obra redentora. Compraron o pidieron prestadas ricas vestiduras, como si estuvieran invitados a una gran fiesta; ayunaron y se bañaron y rezaron a diario los días previos a la partida, para recibir la noticia con el cuerpo puro y el

alma pura, y cuando por fin partieron de su tierra, cada uno fue acompañado por la comunidad de su aldea o su ciudad durante una jornada de camino. En todos los lugares que atravesaron hasta Bizancio, los piadosos les ofrecieron alojamiento y recogieron dinero para el rescate del candelabro; orgullosos y misteriosos como los enviados de un rey poderoso, marchaban estos pequeños mensajeros de un pueblo pobre y sin poder, y cuando se encontraban unos con otros en el camino y proseguían juntos el viaje, hablaban con fervor de lo que iba a suceder, y cuanto más hablaban, más se exaltaban. Y cuanto más se exaltaban mutuamente el alma, tanto más ciertos estaban todos de que serían testigos de un milagro y del giro largamente anunciado en el destino de su pueblo.

Y ahora esperaban todos juntos, un enjambre confuso y ardiente de hombres que hablaban, discutían, aconsejaban y preguntaban, en la casa de oración de Pera. Entonces llegó corriendo, jadeante, el muchacho al que habían enviado impacientes por delante, agitando ya desde lejos un paño sobre la cabeza, en señal de que Benjamín Marnefes, el huésped anhelado, había desembarcado en un bote procedente de Bizancio. Los que aún estaban sentados se pusieron en pie de un salto; los que hasta hacía un instante gritaban y discutían, quedaron mudos, y a uno de ellos, un anciano decrepito, le faltaron las fuerzas por la emoción: cayó desvanecido, en el tumulto de sus sentidos conmovidos. Pero nadie, ni siquiera el jefe de la comunidad, se atrevió a salir al encuentro del esperado. Con el aliento contenido permanecían aguardando, y cuando Benjamín, guiado por Jojakim, de barba blanca y poderoso, con su mirada oscura y fulgurante, se acercó a la casa, les pareció Samuel, guiado por el muchacho, una figura patriarcal, el verdadero señor y maestro del milagro. Entonces estalló de golpe en todos ellos el entusiasmo hasta entonces contenido. «¡Bendita tu llegada! ¡Bendito tu nombre!», gritaron de júbilo a su encuentro. Se arremolinaron de golpe a su alrededor. Besaron su vestidura, y las lágrimas corrían por sus mejillas reseca; se empujaban y se apretujaban unos a otros para tocar cada cual, devotamente, con el dedo, el brazo sagrado

que el candelabro del Señor había roto, y el jefe de la comunidad tuvo que interponerse, protector, ante el anciano, pues de lo contrario el desbordado fervor de aquellos hombres embriagados lo habría aplastado. Benjamín se asustó profundamente ante la vehemencia de su fervor creyente. ¿Qué querían, qué esperaban de él? Un miedo repentino se apoderó de él ante el peso de la desmesurada expectativa que amontonaban sobre él. Con voz baja y apremiante, los contuvo.

—No me miréis así, ni me ensalcéis, para que yo mismo no acabe ensalzándome. ¡No esperéis un milagro de mí! Conformaos, sed pacientes en la esperanza. Pues es pecado exigir un milagro como si fuera una certeza.

Todos inclinaron la cabeza, turbados de que Benjamín hubiera adivinado su pensamiento más secreto. Y se avergonzaron de su vehemente impaciencia. Se apartaron en silencio, y así pudo el jefe de la comunidad llevar a Benjamín hasta el lugar preparado, cuidadosamente cubierto de cojines y visiblemente elevado sobre los demás asientos. Pero de nuevo se opuso Benjamín: «No, no me elevéis, ni quiero sentarme en ningún lugar especial por encima de vosotros. Pues no soy más que todos vosotros, y quizá incluso solo uno de los más humildes en medio de vosotros. No soy más que un anciano al que Dios ha dejado ya escasas fuerzas. Vine solo para ver y para aconsejaros. ¡Pero no esperéis de mí ningún milagro!».

Dóciles, hicieron según su voluntad, y él se sentó entre ellos, el único paciente en medio de la impaciencia de los demás. Solo entonces se levantó el jefe de la comunidad para saludarlo:

—¡La paz sea contigo! ¡Bendita tu llegada, bendita tu partida! ¡Nuestras almas se alegran de verte!

Todos guardaron un silencio solemne. Luego, el jefe de la comunidad comenzó a hablar en voz baja:

—Hemos recibido las cartas de los hermanos de Roma que nos anunciaban tu llegada, y hemos hecho todo cuanto estaba en nuestras fuerzas. Hemos reunido dinero de casa en casa y de lugar

en lugar, para que se logre rescatar la menorá. Hemos preparado un regalo, para aplacar el ánimo del emperador. Lo más precioso que teníamos lo dispusimos: una piedra del Templo de Salomón, que nuestros antepasados pusieron a salvo tras la destrucción del Templo, y queremos ofrecérsela al emperador como regalo. Pues todo su pensar y su afán en esta hora se dirige a erigir una casa de Dios más magnífica que ninguna que haya existido jamás, y de todas las tierras y ciudades reúne para ella lo más espléndido y lo más sagrado. Todo esto lo hemos hecho de buen grado y con alegría. Pero nos asustamos cuando oímos lo que nuestros hermanos de Roma esperaban de nosotros: que te procuráramos acceso a la presencia del emperador, para que le pidieras el candelabro sagrado. Nos asustamos profundamente, pues el señor de esta tierra, Justiniano, no nos ama. Su ánimo es intolerante con todos los que no profesan exactamente su fe, ya sean cristianos de otra clase, o paganos, o judíos, y quizá no nos quede ya mucho tiempo de permanencia en su imperio; quizá pronto nos expulse. Jamás ha permitido que ninguno de los nuestros comparezca ante su rostro, y con el corazón avergonzado vine a esta casa, en esta hora, para tener que decirte: es imposible lo que los hermanos exigen en Roma. Es imposible para un judío presentarse ante el rostro del emperador.

El jefe de la comunidad calló, y su silencio se hundió en un gran silencio temeroso. Todos, turbados, inclinaron la cabeza. ¿Dónde estaba el milagro? ¿Cómo habría de llegar el cambio, si el emperador cerraba su oído, su ánimo, al enviado de Dios? Pero la voz del jefe de la comunidad se hizo más clara cuando volvió a hablar: «Mas es consolador y maravilloso comprobar una y otra vez, siempre de nuevo, que para Dios nada es imposible. Cuando entré en esta casa con el corazón oprimido, se acercó a mí uno de nuestra comunidad, Zacarías, el orfebre, hombre piadoso y justo, y me trajo la noticia de que el deseo de nuestros hermanos de Roma se había cumplido. Mientras nosotros hablábamos sin rumbo y nos afanábamos en vano, él había obrado en silencio, y había hecho, por vía secreta, lo

que a los sabios y a los más sabios les parecía imposible. Habla, Zacarías, e infórmalos».

En una fila del fondo se levantó uno, vacilante: un hombre pequeño, delicado y jorobado, tímido y avergonzado de que todos lo miraran con tanta curiosidad. Bajó la frente para ocultar su rubor, pues, artesano solitario como era, y siempre ocupado en silencio, temía hablar y ser escuchado. Carraspeó varias veces, y su voz siguió siendo pequeña como la de un niño. «No me alabéis, rabí», susurró quedo, «no es mío el mérito. Dios me lo ha hecho fácil. Desde hace treinta años el tesorero me es propicio, desde hace treinta años trabajo para él día tras día, y cuando el pueblo se alzó hace pocos años contra el emperador y saqueó e incendió las casas de los cortesanos, lo escondí tres días con su mujer y su hijo en mi casa, hasta que pasó el peligro. Así sabía yo que me concedería cualquier ruego, pero nunca le había hecho ninguno. Mas ahora, al saber que Benjamín estaba de camino, le rogué por vez primera, y él fue al emperador a anunciarle que le llegaba, por mar, un gran mensaje secreto. Y Dios ha querido que en sus palabras entrara fuerza y que el emperador le concediera lo pedido. Mañana se les concederá acceso a Benjamín y al jefe de la comunidad en la Chalké, en la sala de audiencias del emperador».

Silencioso y tímido, Zacarías volvió a sentarse. Todos callaron y se estremecieron. Pues ya esto era un milagro, jamás oído, que a un judío le fuera permitido presentarse ante el rostro del Inaccesible. Sus almas temblaban, sus ojos se abrieron de par en par, y el mensaje de la gracia voló alado sobre su silencio reverente. Pero, como un herido, gimió Benjamín: «¡Oh Dios, oh Dios! ¿Qué me imponéis? Mi corazón está fatigado, y no hablo la lengua extranjera. ¿Cómo he de presentarme ante el emperador, y por qué precisamente yo? Solo fui llamado como testigo, solo para contemplar el candelabro, no para asirlo ni conquistarlo. ¡No me elijáis a mí! Que hable otro. ¡Soy demasiado viejo, soy demasiado débil!».

Todos se asustaron. Un milagro estaba dispuesto, y ahora se negaba aquel que había sido escogido para él. Pero mientras aún pensaban tímidamente cómo podrían convencer al pusilánime, se levantó de nuevo, quedamente, de su asiento Zacarías. Distinta era ahora su voz, resuelta y firme.

«No, tú debes ir, y solo tú. Poco fue mi esfuerzo, y sin embargo, solo por ti y por ningún otro lo habría hecho. Pues sé que, si alguno de todos nosotros, eres tú quien lleva el candelabro a la paz». Benjamín se quedó mirándolo fijamente. «¡Cómo puedes saberlo!». Pero Zacarías repitió, quedo y resuelto: «Lo sé, y lo sé desde hace tiempo. Solo tú, si alguno, llevas el candelabro a la paz». El corazón de Benjamín vaciló ante esta certeza. Miró a Zacarías, que lo miraba a él, alentador y sonriente, y de pronto le pareció como si ya hubiera visto antes aquellos ojos. También el otro pareció percibir algo de este reconocimiento, pues su sonrisa se hizo más luminosa, y como en confianza habló por encima de los demás: «¿Te acuerdas de aquella noche, te acuerdas de uno que entonces iba con la comunidad, Hircanos ben Hillel?». Ahora sonrió también Benjamín. «¿Cómo no habría de acordarme de él? Cada palabra y cada sombra recuerdo de aquella noche bendita». Zacarías prosiguió. «Soy hijo de su nieto. Orfebres somos y seguimos siendo todos nosotros, y donde un emperador o un rey tiene oro y joyas y busca un artífice y un tasador, elige a uno de nuestro linaje. Hircanos ben Hillel guardó el candelabro en Roma durante su cautiverio, y todos los de su linaje, dondequiera que estemos, esperamos desde entonces la hora que lo lleve a otra cámara del tesoro para su custodia, pues donde hay tesoros, allí estamos también nosotros como tasadores y artífices. Pero el padre de mi padre se lo dijo a mi padre, y mi padre me lo transmitió a mí: que después de aquella noche en que tu brazo fue quebrado, el rabí Eliézer, el Puro y Claro, anunció de ti lo que tú mismo no sabías, siendo aún un niño: que debe haber un sentido en su obra y en su padecimiento. Si alguno, este redimirá el candelabro».

Todos temblaron. Benjamín inclinó la cabeza. Conmovido, dijo: «Ningún hombre ha sido más bondadoso conmigo que el rabí Eliézer

aquella noche, y sagrada me es su palabra. Perdonad la pusilanimidad de mi corazón. Una vez, siendo niño, también yo fui valeroso; solo el tiempo y la vejez me han hecho medroso. Pero una vez más os lo ruego a todos: ¡no esperéis un milagro de mí! Si exigís que vaya a ver a aquel que tiene el candelabro, lo intentaré, pues ay de quien se niega a un intento piadoso. Yo mismo carezco de poder de palabra y de discurso, pero acaso Dios me conceda la palabra justa».

Muy pequeña se había doblegado la voz de Benjamín, y su cabeza yacía honda bajo el peso de la llamada. Quedamente rogó tan solo: «Perdonad que os deje ahora. Soy un anciano y estoy cansado del día y del viaje. Permitid que me retire a descansar». Todos le abrieron paso con reverencia. Solo uno, solo su acompañante Jojakim, el indómito, no pudo contener su impaciencia mientras conducía al anciano a descansar en el lugar preparado, y le preguntó:

—Pero ¿qué le dirás mañana al emperador?

El anciano no levantó la vista; solo murmuró como para sí:

—No lo sé, ni quiero saberlo ni pensarlo. En mí no hay poder alguno. Todo ha de serme dado, y todo por Él.

Todavía largo tiempo permanecieron aquella noche juntos los judíos de Pera. Ninguno podía dormir; hablaban y deliberaban sin cesar, con ojos ardientes y desvelados. Nunca se habían sentido tan cerca de lo maravilloso. ¿Qué, si ahora realmente llegara a su fin la dispersión, y la cruel penuria del destierro, el eterno ser perseguidos y pisoteados, la angustia diaria, la nocturna, ante la hora próxima y el día próximo? ¿Qué, si aquel anciano, que en carne y hueso se había sentado entre ellos, era en verdad el Enviado, uno de los poderosos de la palabra, como antaño se habían alzado en este pueblo y habían sabido guiar el corazón de los reyes hacia la justicia? Dicha inimaginable, gracia increíble, poder llevar de vuelta a casa las reliquias sagradas, reconstruir el Templo y habitar en su sombra: como ebrios hablaban de ello toda la larga y confusa noche,

y cada vez más ardiente se hacía su confianza. Habían olvidado la advertencia del anciano de que no esperasen de él ningún milagro, pues no habían aprendido otra cosa, como judíos, en sus libros sagrados, sino creer en los milagros de Dios, ¿y de qué otro modo podían vivir, ellos, los proscritos, los oprimidos de una eterna persecución, sino por esta eterna espera de la redención? Y cuanto más se acortaba, tanto más larga les parecía la noche hasta el día venidero, y ya no lograban refrenar sus corazones; sin cesar miraban el reloj de arena, que a ellos les corría demasiado lento y perezoso; uno tras otro se acercaba a la ventana, uno tras otro salía a la calle, a ver si no quería brillar por fin el resplandor del alba en el borde del mar oscurecido y encenderse el día como su propio corazón ardiente. Grandes esfuerzos le costó al jefe de la comunidad refrenar a la congregación, que de ordinario le obedecía dócilmente. Pues todos querían cruzar aquel día a Bizancio, todos acompañar a Benjamín y aguardar de pie ante el palacio mientras él hablaba con el emperador, el señor del mundo, para ser también ellos mismos, con su propio cuerpo, más cerca y más partícipes del milagro. Pero severamente les recordó el jefe de la comunidad cuán peligroso era que se presentaran en cortejo cerrado o en masa llamativa ante el palacio del emperador, pues hostil era el pueblo, y en todas partes y siempre peligroso para los judíos llamar la atención. Solo con dura amenaza pudo forzarlos a que todos permanecieran reunidos en la casa de oración de Pera y, invisibles a los demás, rezaran al Invisible, mientras Benjamín era conducido ante el gran soberano. Y así rezaron y ayunaron todo aquel día. Rezaba cada uno con tal fervor y fuerza, como si la nostalgia de todos los judíos de la tierra estuviera contenida en el pequeño corazón de cada uno, y su mente permaneció cerrada a todo otro pensamiento del mundo salvo a este único: que aquel lograra el milagro y que la maldición del destierro fuera clementemente quitada del pueblo.

Era cerca del mediodía, la hora prescrita, cuando Benjamín, con el jefe de la comunidad, cruzó la vasta plaza cuadrangular rodeada de columnas ante el palacio de Justiniano. Detrás de ellos, Jojakim, el joven, el fornido, cargaba sobre los hombros una pesada carga

cubierta. Lenta, tranquila y gravemente, los dos ancianos, con sus oscuras y sencillas vestiduras, se dirigieron hacia la puerta de bronce de la Chalké, que formaba la entrada a la fastuosa sala del trono de los emperadores de Bizancio. Pero tuvieron que esperar largo tiempo más allá de la hora fijada en el vestíbulo, pues era costumbre calculada de la corte bizantina dejar aguardar sin fin en la antesala a embajadores y suplicantes, para que esta espera les enseñara íntimamente cuán extraordinaria era la gracia que se les concedía al poder contemplar el rostro del más poderoso de la tierra. Una hora, y una segunda, y una tercera los dejaron, sin ofrecer a los dos ancianos ni escabel ni silla, de pie indiferentemente sobre el frío mármol. Pasaban ante ellos, en ociosa diligencia, los dignatarios y los eunucos rollizos, las guardias de la corte y los servidores relucientes de colores, mas ninguno se ocupaba de ellos, ninguno los miraba ni les hablaba, mientras desde las paredes, abigarrados y fríos, los eternos mismos mosaicos los miraban de hito en hito, y desde lo alto la cúpula sostenida por columnas mezclaba cada vez más hondamente su oro exuberante con el rayo del sol. Pero Benjamín y el jefe de la comunidad aguardaban pacientes y silenciosos. Como ancianos, sabían bien esperar. Demasiado tiempo había fluido ya junto a ellos como para que una hora o dos significaran todavía algo. Solo Jojakim, el joven, el inquieto, miraba con curiosidad a cuantos iban o venían, y en su impaciencia contaba una y otra vez las piedrecillas de los mosaicos, para acortar el tiempo insoportablemente lento. Por fin, cuando el sol ya descendía del cenit, se acercó a ellos el praepositus sacri cubiculi y los instruyó en los usos que la ley escrita de la corte exigía inexorablemente de aquellos a quienes se concedía la gracia de presentarse ante el rostro del emperador. En cuanto se abriera la puerta, les enseñó, debían avanzar con la cabeza inclinada veinte pasos hasta el lugar donde una veta blanca estaba engastada en el mármol coloreado de las losas, pero no debían acercarse más, para que su aliento no se mezclara con el del emperador. Y antes de que se atrevieran a levantar los ojos hacia el autócrata, habrían de postrarse tres veces en tierra, con los brazos y las piernas bien extendidos. Solo entonces

les sería permitido acercarse a los peldaños de pórfito del trono, para besar la orla colgante del manto purpúreo del basileus.

—No —protestó Jojakim, vehemente y quedo—, solo ante Dios podemos postrarnos en tierra, no ante un hombre. Yo no lo haré.

—Calla —respondió Benjamín con severidad—, ¿por qué no habría de besar la tierra? ¿Acaso no la creó Dios también a ella? Y aun si fuera injusto inclinarse ante un hombre, también lo injusto podemos hacer en aras de lo más sagrado.

En ese instante se abrió la puerta de marfil de la sala de audiencias. Salió de ella una embajada caucásica, que había venido a rendir homenaje al emperador. Tras ellos se cerró silenciosamente la puerta, pero los extranjeros, con sus gorros de piel y su atuendo de terciopelo, quedaron parados, aún confusos. En su rostro se pintaba una gran turbación: al parecer Justiniano los había increpado con dureza o altivez, porque solo le habían ofrecido alianza en nombre de su pueblo, en lugar de la sumisión total. Jojakim miraba con curiosidad a los extranjeros y su extraña vestimenta, pero ya el prepósito le ordenó tomar sobre el hombro la carga cubierta, y advirtió a los demás que lo siguieran con la mayor exactitud. Luego golpeó suavemente con su bastón de oro —se oyó un sonido muy tenue y tintineante— la puerta de marfil. Sin ruido se abrió hacia dentro, y entonces los tres, a quienes por una seña del prepósito se sumó un intérprete, entraron en la vasta sala del trono de los emperadores de Bizancio, el Consistorio.

Desde la puerta hasta el centro de la inmensa sala se extendía, a derecha e izquierda, una doble hilera de soldados que debían atravesar, una fila inmóvil vestida de rojo; cada soldado con la espada al costado, el yelmo dorado con la enorme cimera roja de crin de caballo sobre la cabeza, una alta lanza en la mano y, sobre los hombros, la terrible hacha de doble filo. Como en un muro las piedras se ajustan unas a otras en línea lisa, de igual tamaño, uniformes y sin juntas, así se erguía esta doble hilera de hombres formados en inmóvil rectitud, y con la misma rigidez pétrea permanecían detrás de ellos los jefes de las cohortes, que sostenían

inmóviles sus estandartes. Lentamente avanzaron los tres y el intérprete a través de aquel muro humano, contenido el aliento, inmóvil, cuyos ojos eran tan fijos como sus cuerpos y de los cuales ninguno los miró; silenciosos en el silencio, avanzaron hacia el fondo de la sala, donde evidentemente —pues aún no debían levantar los ojos— los aguardaba el emperador. Pero cuando el prepósito, que iba delante de ellos con el bastón de oro en alto, se detuvo y ellos, como estaba permitido, alzaron los ojos hacia el trono del emperador, no había allí ni trono ni emperador, sino que ante ellos una cortina de seda cerraba toda visión, tendida a lo ancho de toda la sala. Inmóviles, se quedaron los tres, asombrados ante aquel muro de color que los detenía.

Entonces el maestro de ceremonias alzó de nuevo el bastón. Y he aquí que, sobre invisibles cordones, las cortinas se abrieron crujiendo, y al fondo se alzaba, sobre tres gradas de pórfito, el trono con el sitial cuajado de joyas, en el que estaba sentado el basileus, sombreado por una cúpula de oro. Rígido estaba allí sentado, más su propia imagen que su propio ser, el hombre fornido y poderoso, y su frente desaparecía bajo el aura resplandeciente de la corona, que, redonda como una aureola, brillaba por encima y detrás de su cabeza. Igualmente petrificadas en imagen, se hallaban a su alrededor, en círculo escalonado, las guardias con sus túnicas blancas, con yelmo de oro, doradas las cadenas al cuello, y ante ellas, uno a uno, en amplias vestiduras de seda purpúrea, los senadores, los dignatarios. En todos ellos parecía apagado el aliento, helada la mirada, y visible era el propósito de aquella rigidez aprendida: que a todo aquel que se presentara por vez primera ante el rostro del señor del mundo se le helara a él mismo el corazón de reverencia.

Y, en efecto, asustados bajaron la mirada el jefe de la comunidad y Jojakim, como le sucede a quien mira de improviso al sol intenso. Solo Benjamín, el anciano vetusto, alzó la vista clara e inmovible hacia el emperador. Pues él, uno solo, había sobrevivido en su larga vida a diez emperadores y señores de Roma; así sabía que, bajo todas sus preciosas insignias y coronas, los emperadores eran no

obstante hombres mortales, que comían y bebían, defecaban y yacían con mujeres y morían como los demás. Su alma se mantuvo firme y no se estremeció. Sereno, alzó la mirada para leer en el ojo del soberano a quien había sido enviado a suplicar.

Entonces sintió con apremio, por detrás, que el bastón de oro le tocaba el hombro, y al instante recordó la costumbre exigida. Por más que les costara a sus quebrantados miembros, se arrojó sobre el frío mármol de las losas, manos y pies extendidos; tres veces apretó la frente contra el suelo, y su barba enmarañada rozó, extraña, la piedra insensible. Luego se incorporó, ayudado por Jojakim, su acompañante, avanzó con la nuca inclinada hasta las gradas y besó al emperador la orla del manto purpúreo.

Inmóvil permaneció el basileus. Su pupila miraba fija como piedra verde; el párpado no se movía, la ceja no se movía. Con dureza miraba más allá del anciano. Pues indiferente le parecía a él, al emperador, lo que sucedía a sus pies y qué gusano se arrastraba precisamente por la orla de su vestidura.

Los tres, entretanto, habían retrocedido de nuevo a una señal del maestro de ceremonias y permanecían de pie en fila, con el intérprete un paso por delante, como su boca viviente. Otra vez alzó el prepósito el bastón. Entonces el intérprete comenzó su discurso. Este era un judío, venido expresamente por encargo de los demás desde Roma, para traer al emperador del mundo agradecimiento y parabién por haber vengado a Roma de los saqueadores y liberado mar y tierra de aquellos infames piratas. Y como habían sabido, los judíos del mundo, que pertenecían al emperador, que el basileus, en su sabiduría, quería erigir una casa en honor de la santa Sabiduría, Hagia Sophia, un templo que había de ser más glorioso y más precioso que cuantos se hubieran visto hasta entonces sobre la tierra, se habían sentido impulsados, pese a su pobreza, a contribuir con un óbolo a la consagración de aquella obra. Pequeño era su don, medido con la gloria del emperador, pero era, sin embargo, lo más alto y lo más sagrado que poseían desde antiguo. Cuando sus antepasados partieron desterrados de Jeruscholájim, habían salvado

una piedra del Templo de Salomón. Esa la traían ahora como ofrenda, para que fuera colocada en los cimientos, de modo que del santo templo de Salomón hubiera una parte y una bendición en la casa de Justiniano. A una señal del prepósito, Jojakim trajo la pesada piedra y la colocó junto a los regalos que los embajadores caucásicos habían amontonado a la izquierda del trono: pieles, marfil indostánico y cachemiras bordadas. Pero Justiniano no volvió la mirada ni hacia el intérprete ni hacia aquella ofrenda. Vacía y aburrida, su mirada pasaba por encima de todos hacia el vacío, y solo con somnolencia se movió entonces su labio; sonó irritado y desdeñoso:

—¡Pregúntales qué desean!

El intérprete explicó, con florido discurso, que se hallaba en el magnífico botín que Belisario había traído a casa una pieza insignificante, pero especialmente cara para este pueblo. Pues el candelabro de los siete brazos, que en su día los paganos habían arrastrado por mares y tierras, había sido robado del Templo de Salomón, la casa de Dios de los judíos. Por ello los judíos querían suplicar encarecidamente al emperador que les concediera, de entre el botín, aquel candelabro, y estaban dispuestos a redimir su valor en oro con el doble y hasta el décuplo de su peso. No habría casa ni choza donde todos los judíos de la tierra no dieran gracias a diario en su oración por el más bondadoso de los emperadores y por la duración de su reinado.

El ojo del basileus permaneció impasible. Con hastío replicó: «No quiero oraciones de infieles. Pero pregúntales qué historia tiene ese objeto y qué se proponen hacer con él».

El intérprete miró a Benjamín mientras le traducía las palabras, y este sintió un escalofrío y un frío en los miembros ante la mirada gélida del emperador. Percibió resistencia, y el miedo se apoderó de él de no poder vencerla. Así, alzó las manos suplicante:

—Señor, considerad: es lo único que le ha quedado a nuestro pueblo de sus santuarios. ¡Nuestra ciudad la destruyeron, nuestras

murallas las derribaron, nuestro Templo lo destruyeron! Todo lo que amábamos y teníamos y venerábamos ha caído en la ruina. Solo una cosa, este candelabro, ha perdurado a través del tiempo. Tiene mil años, es más viejo que todo cuanto hay sobre la tierra, y desde hace cientos de años vaga sin patria, y no habrá paz para nuestro pueblo mientras siga vagando. ¡Señor, tened piedad de nosotros! Este candelabro es lo último de nuestros bienes, ¡devolvédnoslo! Considerad que Dios os alzó de la bajeza a la altura y os hizo rico por encima de todos, y a quien Él dio, debe dar: así lo quiere Dios. ¡Señor, qué es para vos esta sola cosa, qué es para vos el candelabro errante! ¡Señor, que sea ya suficiente, y dadle la paz!

El intérprete transmitió el discurso con cortesano embellecimiento. Con indiferencia escuchaba el emperador. Pero apenas oyó las palabras de Benjamín, que el Señor lo había alzado desde la bajeza, se le ensombreció el rostro. Pues a Justiniano le disgustaba que le recordaran que él, el igual a Dios, había nacido, hijo de humildes campesinos, en una aldea tracia.

Se le frunció bruscamente la ceja, y ya se tensaba el labio para una palabra de rechazo. Pero con la lucidez del miedo, Benjamín ya había percibido cómo se formaba en el labio del emperador la palabra denegatoria, y en lo íntimo de su corazón ya oía el terrible, el irrevocable no. Y este miedo lo sacudió. Como un puño desde dentro lo empujó hacia delante, y, olvidando el precepto que prohibía traspasar la veta blanca del mármol, avanzó —todos se asustaron— hasta pegarse al mismo trono, y sin darse cuenta, su propia mano se alzó suplicante hacia el emperador:

—¡Señor, está en juego vuestro reino, vuestra ciudad! No os ensoberbezcáis, y no intentéis retener lo que nadie hasta ahora ha podido retener. También Babilonia fue grande, y Roma, y Cartago, y sin embargo cayeron los templos que lo guardaron, al candelabro, y se derrumbaron los muros que lo encerraron. Él, solo él, permaneció intacto, y los demás cayeron en ruinas. A quien intenta retenerlo, le quiebra el brazo, y quien lo hostiga en su desasosiego, caerá él mismo en desasosiego. ¡Ay de quien retiene lo que no es suyo! Pues

no habrá paz de Dios hasta que lo sagrado no regrese a su lugar sagrado. ¡Señor, os lo advierto! ¡Devolved el candelabro!

Todos quedaron aturridos. Nadie había entendido las palabras impetuosas. Solo esto habían visto con espanto los dignatarios: que alguien se había atrevido a lo que nadie se había atrevido aún: acercarse en su fervor a la proximidad misma del emperador y arrancarle la palabra de la boca al más poderoso de la tierra antes de que este hablara. Estremecidos, todos miraban al anciano vetusto, que permanecía allí, sacudido por el exceso de su dolor, lágrimas en la barba y los ojos centelleantes de ira. Muy detrás de él se encogía, replegado, el jefe de la comunidad; el intérprete se había retirado, y aún completamente solo y completamente cerca, mirada contra mirada, permanecía Benjamín ante el basileus.

Justiniano había despertado de su rigidez. Con mirada insegura miró al anciano ebrio de ira, y luego, impaciente, al intérprete, para que le transmitiera las palabras. El intérprete lo hizo con cautelosa suavización. Que el emperador, en su bondad, perdonara al anciano lo inconveniente, pues solo la preocupación por el bien del imperio lo había confundido. Que había querido, con honradez, advertir al emperador: una terrible maldición había sido puesta por Dios sobre aquel objeto. A quien lo conservara, le traería desgracia, y toda ciudad que lo albergara caería en manos del enemigo. Como un deber había sentido, por ello, el anciano, advertir al emperador y exhortarlo a que librara de la maldición a aquel objeto, devolviéndolo al lugar de su origen, a Jeruscholájim. Justiniano escuchaba con el ceño tenso; había en él enojo por la audacia de aquel viejo judío desmedido, que en su presencia había alzado la voz y el puño. Pero al mismo tiempo despertó en él una inquietud. Pues, hijo de campesinos, era supersticioso, y como todo hijo de la fortuna, temía en gran manera la magia y los presagios. Guardó silencio un tiempo y reflexionó. Luego ordenó, seco: «Sea. Que se tome la cosa del botín y se la lleve a Jeruscholájim».

El anciano se estremeció cuando el intérprete transmitió las palabras. Como un relámpago blanco, la dichosa noticia lo golpeó

por dentro y le iluminó el corazón. Ahora todo se había cumplido. Para este instante había vivido. Para este instante lo había reservado Dios. Y sin saberlo ni sentirlo, alzó la única mano ilesa que le quedaba y la levantó, temblorosa, hacia lo alto, como si quisiera alcanzar a Dios en su gratitud. Pero Justiniano observaba con agudeza cómo el rostro del anciano se iluminaba de alegría. Un mal deseo se apoderó de él. No debía permitir que aquel judío atrevido pudiera marcharse y jactarse ante su pueblo: he doblegado y vencido al emperador. Sonrió con maldad y aspereza:

—¡No te alegres tan pronto! Pues el candelabro no ha de pertenecer a vosotros, los judíos, ni ha de servir a vuestro culto falso.

Y se volvió hacia Eufemio, el obispo, que estaba de pie a su derecha:

—Cuando viajes en luna nueva para consagrar la nueva iglesia de Jeruscholájim, la que fundó Teodora, lleva contigo el candelabro. Pero que no arda sobre el altar, sino que quede colocado sin luz bajo el altar, para que todos vean visiblemente cómo nuestra fe está por encima de la suya y la verdad por encima del error. En la iglesia verdadera debe quedar guardado, y no entre aquellos a quienes vino el Salvador y que no lo reconocieron.

El anciano se sobresaltó. No había entendido las palabras extrañas. Pero había sentido la sonrisa maligna y la boca del emperador, y que este ordenaba algo que iba contra él. Suplicante, quiso postrarse una vez más, para hacerle cambiar de parecer. Pero Justiniano ya había mirado al prepósito. Este alzó el bastón, y las cortinas se cerraron con un susurro: desaparecieron el emperador y el trono, terminada la audiencia.

Aturdido, el anciano permaneció de pie ante el muro cerrado. Entonces, por detrás, el maestro de ceremonias le tocó el hombro: debía retirarse. Con la mirada ensombrecida, el viejo salió tambaleándose, sostenido por Jojakim: por segunda vez, sintió, Dios lo había rechazado, cuando ya lo sagrado estaba medio en sus

manos. Una vez más se había perdido la hora. Una vez más el candelabro pertenecía a los señores del poder.

A pocos pasos de haber abandonado el palacio del emperador, Benjamín, una vez más el amargamente probado, empezó de pronto a tambalearse. Con todas sus fuerzas tuvieron que sostener al anciano vacilante el jefe de la comunidad y Jojakim. Lo llevaron a una casa cercana y lo tendieron en un lecho. Apagado estaba el color de su rostro; con los ojos cerrados yacía allí el anciano decrepito, y ya creían que la muerte lo envolvía, pues sus manos, exangües, colgaban lacias, y cuando el jefe de la comunidad palpó con ansiedad en busca de su corazón, este latía solo débil y vacilante. Como si toda su fuerza se le hubiera escapado del cuerpo con aquella súplica vana ante el emperador, así estuvo el anciano tendido horas y horas en total insensibilidad; pero de pronto —ya oscurecía la tarde— este hombre rendido hasta la muerte se incorporó bruscamente, para igual asombro de los dos, y los miró con mirada extraña, como quien regresa del más allá. Pero luego, al reconocerlos, ordenó, para nuevo asombro de ambos, con vehemente premura, que lo llevaran de inmediato a la casa de oración de Pera: quería despedirse de la comunidad. En vano le rogaron los dos que descansara todavía más y cuidara su cuerpo: terco, el anciano insistió en su orden, y hubieron de obedecerlo. En unas parihuelas lo llevaron hasta un bote, y en el bote, hasta Pera. Como un durmiente se dejó conducir, vacía la mirada, cerrada la boca. Entretanto, los judíos de Pera ya conocían desde hacía tiempo el veredicto y la respuesta del emperador. Pero tan intensa había sido antes en ellos la certeza del milagro, que no lograban alegrarse del regreso concedido del candelabro. Demasiado, demasiado pequeño era este único cumplimiento para el desdichado exceso de su esperanza. Pues ¿no habría de encerrar de nuevo la menorá una casa de Dios ajena, y ellos mismos, no habrían de seguir errando y viviendo en el destierro y en tierra extraña? No, no era el candelabro lo que les preocupaba, era su propio destino. Como derrotados permanecían allí sentados, oprimidos y llenos de rencor secreto. Ay, siempre engañaba la promesa, necio quien creyera en ella, y los

milagros, gloriosamente descritos en la Sagrada Escritura y hermosos en el cielo lejano, brillaban hasta ellos solo como nubes de fuego venidas de aquellos tiempos cercanos a Dios, pero ninguno descendía ya jamás hasta su día cotidiano. Dios olvidaba a su pueblo, dejaba, indiferente, solos en la aflicción y la cuita a quienes en su día había elegido. Ya no suscitaba profetas que hablaran en su nombre; necio, por tanto, creer en señales inciertas y esperar milagros y un giro del destino. Los judíos en la casa de oración de Pera ya no seguían rezando, ya no ayunaban más. Hoscos, se sentaban en los rincones y masticaban, con labios amargados, pan con cebolla. Y ahora que la espera del milagro ya no iluminaba sus miradas ni resplandecía en sus frentes, volvieron a ser los hombres pequeños y lastimosos que habían sido antes, pobres judíos oprimidos, y sus pensamientos, que hacía un instante se elevaban grandes y poderosos hacia Dios, se hicieron estrechos y mezquinos como su día cotidiano. Refunfuñaban y hacían cuentas y se quejaban unos a otros de para qué habían emprendido el largo, el costoso, el vano viaje, y lamentaban las buenas vestiduras que habían gastado por los caminos, los negocios descuidados y el tiempo perdido. De antemano temían ya volver a casa para enfrentarse a la burla de los incrédulos y a las riñas de las mujeres que los aguardaban. Y como el corazón del hombre siempre se vuelve con mayor saña contra aquel que primero lo elevó y luego, decepcionado, lo arrojó de nuevo a su propia estrechez, acumularon todo su oscuro rencor contra los hermanos romanos y contra Benjamín, su falso mensajero: en verdad, no era sino un amargamente probado, a quien Dios no amaba, y de él solo emanaba amargura. Cuando Marnefesck —ya se acercaba la noche— apareció por fin en la casa de oración, le mostraron con claridad su enojo. No se pusieron en pie temerosos a su llegada, como antes, ni lo saludaron; apartaron la mirada a propósito: ¡qué les importaba a ellos aquel viejo judío de Roma! Al fin y al cabo era tan impotente como todos ellos, y Dios se fijaba tan poco en él como en su propio destino abatido.

Benjamín sintió enseguida el mal en aquel silencio; sintió el rencor apartado, callado, sordo, cenagoso. Vio, apenado, cómo bajo las frentes torcidas las miradas lo esquivaban, y el desencanto de los demás lo sacudió como si fuera culpa propia. Así pidió al jefe de la comunidad que convocara a los demás, pues aún tenía una palabra para la congregación, y el jefe de la comunidad hizo lo que le pedía. Malhumoradas y hoscas se alzaron las cabezas de los que masticaban: ¿qué más podía decirles aquel extraño, aquel falso prometededor? Y sin embargo, la compasión se apoderó de ellos al ver ahora al anciano decrepito, que, apoyado en el bastón, se levantaba con esfuerzo de su asiento; no llegó a erguirse del todo, sino que quedó de pie como un hombre encorvado, doblado, el más viejo de todos, ante su silencio. Con esfuerzo le llegó la palabra:

—He venido una vez más, hermanos, para despedirme de vosotros. Y también he venido para inclinarme ante vosotros, pues contra mi voluntad he cargado vuestros corazones de pesar. A disgusto, vosotros lo sabéis, fui ante el emperador, pero ¿cómo podía negarme, si vosotros mismos me lo exigisteis? Siendo aún un niño, así me tomaron los ancianos en su camino, me arrancaron del sueño, a mí que no sabía ni quería, y siempre me dijeron y anunciaron que era el sentido de mi vida rescatar el candelabro. Creedme, hermanos, terrible es ser uno a quien Dios llama siempre y sin embargo nunca escucha, a quien atrae con señales que luego jamás cumple. Mejor sería que uno así permaneciera en la oscuridad y que nadie lo mirase ni le prestara oídos. Así os lo ruego: perdonadme, olvidadme y no preguntéis por mí. No pronunciéis más el nombre de aquel que fue el equivocado. Y esperad con buena paciencia hasta que por fin surja el verdadero, el que redima al pueblo y al candelabro.

Tres veces se inclinó el anciano ante la congregación, como un culpable que confiesa su culpa. Tres veces se golpeó el pecho con su mano izquierda, sin fuerza —la otra, la rota, colgaba floja y vacía—; luego se irguió y cruzó la sala hasta la puerta. Nadie se movió, nadie le respondió. Solo Jojakim, consciente de su deber de sostener al anciano, se apresuró tras él hasta el umbral. Pero Benjamín lo

rechazó con urgencia: —Vuelve a Roma, y si preguntan por mí, di: Benjamín Marnefesck ya no existe, y no fue el verdadero. Que olviden mi nombre y no reciten por mí ninguna oración de recuerdo. Quiero permanecer muerto más allá de mi muerte, y perdido para la memoria de los hombres. Tú, en cambio, vete en paz y no te preocupes más por mí.

Obediente, Jojakim se quedó atrás en el umbral. Inquieto, lo siguió con la mirada y se asombró de que el anciano, apoyado con esfuerzo en su bastón, avanzara a tientas por la calleja extraña y estrecha, en la dirección donde el camino subía hacia las colinas. Pero no se atrevió a seguirlo, y así se quedó mirando fijamente hasta que la figura encorvada se perdió del todo en la sombra. Aquella noche, en el año octogésimo octavo de su vida, Benjamín, que siempre había sido callado y paciente, se querelló por primera vez con Dios. Con el corazón acosado, había andado a tientas y confuso por las calles estrechas y tortuosas de Pera, sin saber él mismo hacia dónde: solo quería huir, en su ardiente vergüenza por haber inducido a su pueblo a una esperanza desmedida. Quería arrastrarse hasta algún rincón perdido donde nadie lo conociera y donde pudiera morir como un animal moribundo. «No fue culpa mía», murmuraba una y otra vez para sí, «¿por qué me cargaron con la expectativa del milagro? ¿Por qué me buscaron, por qué me tentaron?». Pero ni siquiera su propio consuelo lo calmaba; cada vez más lo empujaba el temor de que alguien pudiera seguirlo. Los pies lo cansaban ya desde hacía rato, y le temblaban las rodillas quebradizas; el sudor brotaba de su frente surcada de arrugas y le corría, salobre y amargo, por el labio y la barba; con fuerza martilleaba el corazón atormentado en el pecho dolorido, pero, como un perseguido, el anciano trepaba, apoyado en el bastón, cada vez más alto por el camino escarpado que, desde el laberinto de casas, llevaba hacia las colinas y hacia lo abierto: ¡no ver ya a ningún hombre y no ser visto por nadie! ¡Solo alejarse de la casa y del hogar, perdido para siempre, olvidado, solo por fin redimido del eterno espejismo de la redención!

Así iba el anciano tambaleante —a tientas se arrastraba como un ebrio— hasta que llegó por fin a la tierra ondulada que se alza sobre la ciudad, y allí, en la soledad, apoyado en un pino umbrío que — aunque él no lo sabía— montaba guardia sobre una tumba, se detuvo con el corazón entrecortado y respiró aliviado. Otoñal y clara brillaba la noche del sur, terso yacía el mar, plata escamada, un pez descomunal, y curvado como una serpiente el cercano arco del Cuerno de Oro. Al otro lado de la bahía dormía, bajo la luna blanca, Bizancio con sus cúpulas y torres relucientes; pocas veces cruzaba ya una luz por el puerto, pues era tarde, ya pasada la medianoche, y ningún rumor del afán humano seguía despierto; mas arriba el viento pasaba con un sonido leve y rasante por los viñedos, y cada vez se desprendían de las vides ya vendimiadas hojas amarillentas que revoloteaban lentas y silenciosas hacia la tierra. En algún lugar cercano debía de haber lagares y graneros, pues olía, cuando el viento se detenía, denso y agrio, olor de caducidad, y con las narices temblorosas el anciano fatigado aspiraba en su interior aquel vaho húmedo y pútrido: ¡ay, convertirse él mismo en tierra, ay, desplomarse él mismo así como aquellas hojas que giraban, irse, desaparecer! ¡Solo no volver ya más atrás, no tensarse ni atormentarse de nuevo, estar por fin redimido de la propia carga! Y cuando el silencio se le impuso con fuerza y tuvo la certeza de su soledad, se apoderó de él un deseo desenfrenado de silencio eterno, y en aquel mutismo alzó su voz hacia Dios, mitad en lamento, mitad en oración: «¡Señor, quiero morir! ¿Para qué sigo viviendo aún, inútil para mí mismo y motivo de burla y de carga para todos? ¿Para qué me reservas, si sabes bien que ya no quiero más? Hijos he engendrado, siete, varones todos y sedientos de vida cada uno, y sin embargo, siendo yo su padre, a los siete les he arrojado los terrones sobre la tumba. Un nieto me habías dado, joven y luminoso, aún ignorante del placer de las mujeres y de la dulzura de la existencia, mas los paganos lo golpearon con dureza; no quería morir, no, no quería morir, cuatro días luchó herido contra la muerte, y sin embargo a él, que quería vivir, lo tomaste, y a mí, que tiemblo de anhelo y ansia de morir, a mí me rechazas. Señor, ¿qué quieres de mí, que no quiero y que me resisto? Siendo aún un niño me

arrancaron de mi sitio, y obediente he caminado, mas he de engañar a quienes creyeron en mí, y las señales fueron una traición. ¡Señor, que sea suficiente! He fracasado, ¡arrójame, pues, lejos de ti! Ochenta y ocho años he vivido, ochenta y ocho esperando en vano que hubiera un sentido en mi perduración y que de mi fidelidad hacia ti brotara una obra. Pero ahora estoy cansado. ¡Señor, quiero, ya no puedo más! ¡Señor, que sea suficiente! ¡Señor, déjame morir!».

Con la voz alzada suplicaba y oraba el anciano, anhelante alzaba la mirada hacia el cielo, que brillaba apasionado de estrellas y centelleaba con fuerza con su luz desparramada. Se quedó de pie y esperó, el anciano: ¿le daría Dios respuesta, por fin, por vez primera? Pacientemente esperó, y poco a poco fue cayendo, leve, la mano que había alzado sin darse cuenta, y le sobrevino el cansancio, un cansancio inconmensurable. Sintió de pronto un martilleo aturdidor en las sienes y al mismo tiempo un tirón y un vacilar en el pie y en la rodilla; sin quererlo ni saberlo, se deslizó hacia abajo en un dulce desfallecimiento, y se dejó resbalar, pesado y ligero a la vez, como si su cuerpo se hubiese desangrado. Pero sintió aquella debilidad como un goce. «Esto es la muerte —pensó agradecido—, Dios me ha escuchado». Y piadoso y quieto extendió la cabeza sobre la tierra, que olía otoñalmente a caducidad. «Debería haberme puesto el sudario», recordó todavía vagamente, pero ya estaba demasiado cansado, y solo de manera inconsciente se ciñó más el manto. Luego cerró los ojos y esperó con confianza la muerte que había implorado.

Pero no llegó la muerte a Benjamín, el amargamente probado, aquella noche. Solo un sueño envolvió, tierno y estrecho, su cuerpo extenuado, y le llenó la mirada interior de imágenes y de sueño.

Y este fue el sueño que Benjamín soñó aquella noche de su última prueba. Una vez más caminaba, tanteaba y huía por las callejas estrechas, sordas y cada vez más oscuras de Pera, solo que ahora su oscuridad era aún más oscura que antes, y negro y encapotado el cielo sobre alturas y tejados. Y hasta en el sueño se sobresaltó una

vez más, de modo que el corazón le golpeó duro contra el pecho, al oír pasos tras de sí, y de nuevo, como antes, lo invadió el miedo de que alguien pudiera seguirlo, y de nuevo huyó. Pero los pasos seguían ahí siempre, delante de él, detrás de él, y ahora también en torno suyo, en aquel campo pesado y vacío, en aquel campo negro. No podía ver quiénes eran los que caminaban a su derecha, a su izquierda, delante y detrás de él, pero debían de ser muchos, una gran multitud errante; distinguía los pasos pesados de los hombres y, con tintineo de broches, los más leves, el paso suspendido de las mujeres y de los niños. Debía de ser todo un pueblo el que avanzaba así por la noche metálica y sin luna, y un pueblo enlutado, un pueblo oprimido. Pues de sus filas invisibles brotaba sin cesar un sordo gemido, un murmullo, un clamor, y él sentía que sin duda caminaban ya así desde un tiempo inmemorial, cansados desde hacía mucho de la marcha forzada y de no saber hacia dónde. «¿Quién es este pueblo perdido?», se oyó a sí mismo preguntar. «¿Por qué se ha cerrado el cielo sobre él, precisamente sobre él? ¿Por qué no se le concede descanso, a él y solo a él?». Pero en su sueño no llegaba a intuir quiénes eran aquellos errantes, y sin embargo la compasión lo invadió fraternalmente; más terrible aún que un lamento sonoro lo oprimía aquel anhelo y aquel gemido en lo invisible. Y sin darse cuenta murmuró: «No se puede caminar así eternamente, siempre en la oscuridad y sin conocer el camino. Ningún pueblo puede vivir así, sin patria y sin meta, errante y cercado por el peligro para siempre. Habría que encenderles una luz, mostrarles un camino, o si no desfallecerá y se marchitará este pueblo acosado y perdido. Alguien tendría que guiarlo y conducirlo de vuelta a casa, iluminarles a todos un camino. Habría que encontrar una luz, necesitan una luz».

Los ojos le ardían de dolor, tanta era la compasión que le inspiraba aquel pueblo perdido que avanzaba, quejándose quedamente y ya desalentado, por la noche que acechaba silenciosa. Pero cuando desesperado escudriñó la lejanía, le pareció que en el último confín de su mirada brillaba un leve resplandor, un tenue, tenuísimo rastro de luz, apenas una chispa o dos, titilando como un fuego fatuo en la

oscuridad. «Hay que ir tras él», murmuró, «aunque sea un fuego fatuo. Quizá de lo pequeño se pueda encender lo grande. Hay que traerla hasta aquí, esa luz». Y en el sueño Benjamín olvidó que sus miembros eran viejos y quebradizos; como un muchacho, ágil y alado, con las plantas saltarinas, corrió a atrapar la luz. A través de la masa murmurante y sombría del pueblo se abrió paso con violencia, y esta se apartaba ante él, receloso y hosco. «Mirad, mirad la luz, allí, la luz», les gritaba para consolarlos. Pero ellos, cabizbajos y con el corazón gimiente, caminaban torpes y sordos, los oprimidos; no la veían, la luz lejana; quizá sus ojos ya estaban cegados por las lágrimas y sus corazones extenuados por la miseria hartó cotidiana. Él, en cambio, distinguía con claridad, y cada vez con más claridad, la luz: eran siete pequeñas chispas que flotaban juntas como hermanas, y ahora que corría y corría más cerca —ya le retumbaba el corazón—, reconoció que en algún lugar debía de haber un candelabro, de siete brazos, que alimentaba y sostenía aquellas pequeñas llamas. Pero también aquel candelabro —aún no lo veía— no permanecía quieto, también él erraba, como erraban aquellos en la oscuridad, misteriosamente acosado y empujado por un viento maligno, y por eso las llamas volanderas no brillaban quietas y rectas, por eso no alumbraban, sino que ondeaban inseguras y pequeñas. «Hay que asirlo, hay que llevarlo al reposo, a ese candelabro», pensaba el soñador mientras su propia figura de sueño corría y corría, «¡pues cómo resplandecería si tuviera reposo y asiento fijo! ¡Cómo florecería y prosperaría este pueblo, este pueblo probado, si tuviera patria y descanso!». Corrió tras él a ciegas, era como un vuelo, y cada vez más cerca llegaba del candelabro; ya veía el tronco dorado y los brazos que ascendían, y en los siete capiteles de oro las siete llamas, cada una abatida por el viento que empujaba con furia aquel candelabro, más y más lejos, sobre tierras y montañas y mares. «¡Quédate! ¡Detente!», gimió tras él. «¡El pueblo perece! Necesita el consuelo de la luz, y no puede errar así eternamente en la oscuridad». Pero el candelabro seguía alejándose flotando, más y más lejos, y sus llamas fugitivas parpadeaban astutas y malignas. Entonces se apoderó de él, el perseguidor, la ira; reunió un último esfuerzo, el corazón le golpeaba ahora como un

martillo, y de un salto se lanzó tras el fugitivo, para asirlo con el puño. Ya sentía su fuerte mano el metal frío, ya lo asía, ya sostenía el pesado tronco —cuando un trueno lo derribó con violencia, y crujió dolorosamente el brazo que se astillaba. Y en su propio grito oyó mil veces repetido el clamor doliente del pueblo: «¡Perdido! ¡Perdido para siempre!».

Pero he aquí que la tormenta se apagó, y grande y recto el candelabro se elevó de pronto en el aire y se detuvo en su vuelo errante. Quedó suspendido en medio del espacio, tan quieto y recto como sobre un pedestal de bronce. Sus siete llamas, hasta entonces abatidas en la huida arrastrada por el viento, se desplegaron ahora doradas y comenzaron a brillar, a resplandecer. Brillaban cada vez con más fuerza, y poco a poco su fulgor dorado iluminó doradamente la hondura. Y cuando el caído alzó confuso la mirada hacia aquellos errantes que había dejado tras sí en la oscuridad, ya no había noche sobre la tierra sin caminos, ni tampoco un pueblo errante; fértil y apacible se extendía, ceñida al mar y sombreada por montañas, una tierra meridional; palmeras y cedros se mecían en una brisa tierna, florecía la vid y doraba el trigo, pacían las ovejas y con paso suave corría la gacela. En paz trabajaban los hombres en su tierra natal, sacaban el agua de los pozos y guiaban el arado, ordeñaban y rastrillaban y sembraban y orlaban sus casas de sarmientos y de matas de colores. Los niños iban y cantaban, de los rebaños llegaba la zampoña de los pastores, y de noche brillaban sobre las casas dormidas las estrellas de la paz. «¿Qué tierra es esta?», se preguntó asombrado el soñador desde su sueño. «¿Y es este pueblo aún el mismo que antes caminaba en la oscuridad? ¿Ha encontrado por fin la paz, está por fin en su hogar?». Pero entonces el candelabro se elevó de nuevo, más alto todavía: como un sol, su fulgor iluminaba ahora también los confines del cielo sobre la tierra en reposo. Las montañas descubrieron, resplandecientes, sus cimas, y sobre una de las colinas brillaba, blanca y de poderosas almenas, una ciudad erguida, y sobre las almenas se alzaba, ingente, una casa de piedra escuadrada. Al durmiente le palpitó el corazón. «Esto debe de ser Jeruscholájim, y el Templo», respiró con fuerza. Pero

entonces el candelabro flotó aún más lejos, al encuentro de la ciudad y del Templo. Como agua que cede, las murallas lo dejaron pasar, y ahora que flotaba dentro, en lo sagrado, el recinto del Templo se encendió como una vasija de alabastro. «Ha regresado a su hogar», se estremeció el durmiente en su sueño. «Alguien ha hecho lo que yo siempre anhelé, alguien ha redimido al candelabro errante. He de verlo con mis propios ojos, yo, el testigo. Una vez, una vez más quiero contemplar la menorá en su reposo, en el lugar santo de Dios». Y he aquí que, como una nube, su deseo lo llevó hasta allí, se abrieron de golpe las puertas, y entró en el recinto santísimo para contemplar el candelabro. Pero la luz era de una fuerza indecible. Como fuego blanco ardían juntas las siete llamas del candelabro, y tan dolorosamente le quemó en los ojos aquel resplandor devorador que gritó en su sueño. Despertó.

Benjamín había despertado de su sueño. Pero aún le ardía dolorosamente en los ojos aquel fuego, y hubo de cerrar bruscamente los párpados contra el ardiente embate de la luz, y aun así seguía ondulando bajo ellos la sangre, purpúrea y centelleante. Solo cuando alzó la mano para hacerse sombra reconoció que era el sol lo que tan dolorosamente le abrasaba el rostro, y que había quedado dormido en el mismo lugar donde había creído morir, desde el fin de la noche hasta la madrugada; solo entonces, a través del ramaje del árbol, le había alcanzado y despertado la luz que ascendía. Confuso tanteó Benjamín, incorporándose trabajosamente por el tronco, con la mirada hacia la hondura: he aquí que allí estaba el mar, infinito en su ancho azur, tal como lo había visto por vez primera, siendo niño, y, reluciente en mármol y piedra, Bizancio. Con color y fulgor de una mañana meridional resplandecía el mundo sobre él — ¡no, Dios no había querido que muriese! Temeroso se inclinó el anciano y bajó la frente en oración.

Cuando Benjamín hubo terminado su oración a Aquel que da la vida y la mide según su voluntad y designio, sintió que algo lo tocaba suavemente por la espalda. Era Zacarías, que estaba de pie tras él y que, Benjamín lo presintió al instante, llevaba ya largo rato velando su sueño. Y antes de que el anciano venciera su asombro —

pues, ¿cómo había sabido aquel su camino, y cómo había encontrado el lugar de su descanso?—, Zacarías susurró:

—Desde primera hora de la mañana te he buscado. Y cuando me dijeron en Pera que habías subido de noche por la colina, no descansé hasta encontrarte. Los demás se afligían mucho por ti. Yo, en cambio, no me afligía. Porque sé que Dios aún te quiere. Pero ven ahora conmigo, baja a mi casa. Tengo un mensaje para ti.

«¿Qué mensaje?», quiso preguntar Benjamín. Y «ya no quiero ningún mensaje», quiso decir con obstinación, «demasiadas veces me ha puesto Dios a prueba». Pero aún ondeaba en él el consuelo del sueño, y en la luz que en aquella tierra de paz resplandecía tan dichosa creyó ver un suave reflejo en la mirada sonriente del amigo. Así que no se resistió, y descendieron; cruzaron en barca y llegaron al recinto amurallado del palacio. Severos estaban los guardias en las puertas del recinto imperial, pero —Benjamín se asombró una vez más— dejaron pasar de buen grado a Zacarías. «Mi taller linda», explicó este, «con la cámara del tesoro, donde trabajo en secreto y a salvo de todo peligro para el emperador. Entra, y bendita sea tu llegada. No temas a los demás: estamos y seguiremos estando solos».

Los dos hombres avanzaron arrastrando los pies en silencio por el taller, que relucía en una penumbra incierta con objetos labrados con arte; en un lugar oculto el orfebre abrió una pequeña puerta que, tras unos pocos escalones, descendía a una estancia situada más atrás, donde tenía su morada y el lugar de su propio trabajo. Cerradas y enrejadas estaban las ventanas, las paredes se perdían en una oscuridad total, y solo sobre la mesa proyectaba la lámpara de trabajo, resguardada, un pequeño círculo dorado de luz contenida.

«Siéntate, querido amigo», dijo Zacarías a su huésped, «debes de estar hambriento y cansado». Retiró el trabajo de la mesa, trajo pan y vino, y algunas hermosas escudillas de plata labrada en las que puso frutas, dátiles, nueces y almendras. Luego alzó un poco la pantalla de la lámpara. El círculo de luz se ensanchó, se derramó por

toda la mesa e iluminó las manos envejecidas y huesudas de Benjamín, que reposaban entrelazadas como exhaustas. «Come, querido», lo animó Zacarías; suave y familiar le pareció a Benjamín, el amargamente probado, aquella voz extraña, que le llegaba como un viento dulce desde una tierra lejana. Con gusto tomó las frutas, partió despacio el pan, bebió a pequeños y silenciosos sorbos el vino que resplandecía purpúreo bajo la luz. Le era grato poder esperar en silencio y recogerse. Le era grato que justo por encima del círculo iluminado comenzara la oscuridad. Le era grato aquel hombre extraño, y le resultaba familiar como desde la niñez. A veces intentaba mirar, tímido y receloso, a aquel que sentía frente a sí en la oscuridad, con el suave ademán de una tierna inquietud.

Pero como si hubiese percibido este anhelo de cercanía confiada, Zacarías retiró entonces por completo la pantalla de la lámpara. La luz, hasta entonces contenida sobre la mesa, se esparció clara por toda la estancia. Por primera vez vio Benjamín de cerca al amigo que hasta entonces solo había entrevisto de pasada: el rostro delicado, enfermizo, fatigado, en el que innumerables arrugas parecían grabadas como con finos punzones; rostro de un sufrimiento callado y de una paciencia que obraba en silencio. Y cuando este alzó los párpados caídos y sus ojos, abiertos, lo miraron, comenzó en sus pupilas un cálido destello y resplandor: Zacarías le sonreía.

Esta sonrisa infundió valor al anciano:

—Cuán distinto eres tú conmigo de los demás. Todos se han vuelto contra mí porque no obré el milagro, y eso que yo mismo les había suplicado que no esperasen ningún milagro. Solo tú, que me abriste el camino hasta el soberano, solo tú no te enfadas conmigo. Y sin embargo, tienen razón cuando ahora se burlan de mí. ¿Por qué desperté esperanzas, por qué he venido? ¿Para qué sigo con vida, sino para ver cómo el candelabro vuelve a alejarse y nos rehúye?

Pero Zacarías seguía sonriéndole, y de aquella sonrisa suave y firme llegaba consuelo:

—No te rebeles. Quizá fuera aún demasiado pronto, y nuestro camino no el acertado. Pues ¿de qué nos serviría el candelabro mientras el Templo yace en ruinas y el pueblo anda errante por tierras extrañas? Quizá quiera Dios que el destino del candelabro siga siendo un secreto y no se revele todavía al pueblo.

Benjamín sintió el consuelo. Las palabras le caldeaban el corazón. Incluyó la cabeza y habló como para sí:

—Perdona mi pusilanimidad. Pero mi vida se ha vuelto estrecha, y ya está demasiado cerca de la muerte. He soportado ochenta y ocho años; el corazón ya no quiere esperar más. Desde que, siendo niño, quise salvar el candelabro, no he vivido más que para una sola cosa: su retorno y su redención, y año tras año he aguardado fielmente, con paciencia. Ahora me he hecho anciano; ¿cómo podría seguir esperando, seguir aguardando?

—No tienes que esperar más. ¡Pronto se cumplirá todo!

Benjamín alzó la mirada, atónito. El corazón le latió con violenta esperanza.

Zacarías le sonrió con mayor intensidad:

—¿No sientes que he venido a traerte un mensaje?

—¿Qué mensaje?

—El mensaje que esperas.

Benjamín se estremeció hasta las manos. De pronto temblaron como hojas mecidas por el viento, aquellas manos que un instante antes reposaban fatigadas sobre la mesa.

—Quieres decir... ¿quieres decir que aún podría, una segunda vez, pedírselo al emperador...?

—No, eso no. Lo que él ha dicho una vez, jamás lo retira. No devolverá la menorá.

—¿Para qué entonces mi permanencia, mi vida? ¿Para qué he de quedarme aquí esperando y lamentándome, siendo una carga para

todos los demás, mientras el signo sagrado se aleja y se pierde para siempre?

Pero Zacarías seguía sonriendo, y la sonrisa le iluminaba cada vez más los ojos y la boca:

—El candelabro todavía no se ha alejado de nosotros.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Cómo puedes decirlo?

—Lo sé. ¡Confía en mí!

—¿Lo has visto?

—Lo he visto. Hace apenas dos horas seguía guardado en la cámara del tesoro.

—¿Pero ahora? ¿Se lo han llevado ya?

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

—¿Pues ahora? ¿Dónde está?

Zacarías no respondió enseguida. Dos veces le tembló ya el labio entreabierto, pero la palabra no llegó a brotar. Al fin se inclinó más cerca sobre la mesa y musitó, como se susurra un secreto: —¡Aquí! ¡Conmigo! ¡Con nosotros dos!

Benjamín se sobresaltó, como si alguien lo hubiese golpeado en el corazón:

—¿Contigo?

—Conmigo, aquí, en esta casa.

—¿Contigo, aquí, en esta casa?

—En esta casa. En esta estancia. Por eso te he buscado.

Benjamín temblaba. Había algo en la calma de aquel hombre que lo aturdía. Sin darse cuenta, sus manos se habían juntado, y apenas audible, susurró:

—¿Contigo? ¿Cómo puede ser eso?

—Por extraño que te parezca, no hay en ello ningún milagro. Desde hace treinta años trabajo como orfebre aquí, en el palacio, y no hay pieza que guarde el tesoro que no me hayan enviado antes a mi taller, para que la pese y la examine. También esta vez, lo sé, me será entregado todo cuanto Belisario ha arrebatado como botín a los vándalos, para que lo tase según su valor y su peso, y lo primero que pedí fue el candelabro. Ayer me lo trajeron los sirvientes del tesorero: se me ha concedido siete días para conservarlo.

—¿Y luego?

—Luego el barco lo llevará al otro lado.

Benjamín volvió a palidecer. ¿Para qué entonces llamarlo? ¿Para que fuese testigo, una vez más, de cómo el candelabro, el sagrado, había estado cerca y una y otra vez le era arrebatado?

Pero Zacarías le sonrió con gesto elocuente:

—Pero también se me ha concedido esto: que de todo lo precioso de la cámara imperial haga copias. A menudo, cuando en el tesoro solo hay una pieza de una obra, me piden que forje una segunda de la misma clase, porque confían en mi mano. Según la corona de Constantino forjé la de Justiniano, y para Teodora la diadema, igual a la que un día llevó Cleopatra. Así que he pedido permiso para reproducir una réplica del candelabro antes de que sea enviado a la nueva iglesia allende el mar, y hoy mismo comienzo la obra. Ya están calentados los crisoles, ya tengo el oro preparado; en siete días estará hecho un nuevo candelabro, tan enteramente igual al nuestro que nadie podrá distinguir el uno del otro, pues será igual a aquel en todo: en el peso, también en la forma y el ornato, e igual el grano del oro. Solo que uno será sagrado y el otro obra terrena. Pero cuál de los dos es el sagrado y cuál el otro, cuál guardamos nosotros mismos con piedad y cuál entregamos a aquellos para el camino hacia tierras extrañas, eso deberá ser, de ahora en adelante, secreto de solo dos hombres: el mío, el tuyo.

Benjamín ya no sentía el temblor en los labios. La oleada de sangre le recorrió de pronto, suave y cálida, todo el cuerpo, el pecho

se le hinchó, los ojos se le iluminaron, y como un reflejo comenzó a asomar en su rostro viejo y arrugado la sonrisa del otro. Comprendió. Lo que él mismo había intentado en vano, lo llevaba ahora a cabo este otro. Le arrebató el candelabro a los demás, restituyendo lo igual por lo igual en oro y en peso, y salvando solo lo sagrado. Pero no envidiaba a Zacarías la hazaña que hasta entonces había sido el sentido de su propia vida. Solo dijo, con humildad:

—Alabado sea Dios. Ahora muero de buen grado. Tú has encontrado el camino que yo busqué en vano. A mí, Dios solo me llamó. A ti, te ha bendecido.

Pero Zacarías lo rechazó:

—No. Si alguien lo hace, eres tú, y solo tú, quien devolverá el candelabro a la patria.

—Yo no. Soy un anciano. Puedo morir en el camino, y una vez más caerá en manos extrañas.

Pero Zacarías sonrió con firmeza y determinación:

—No morirás. Tú mismo lo sabes ya: tu vida no se extinguirá antes de que se cumpla su sentido.

Benjamín recordó: el día anterior había querido morir, y Dios le había negado ese deseo. Quizá le había sido dado, en verdad, un encargo aún por cumplir. Así que ya no se resistió más y dijo solamente:

—No tengo voluntad contraria a la suya. Si Dios en verdad me elige, ¿cómo habría de resistirme? Ve y comienza.

Siete días permaneció cerrado a todo acceso el taller de Zacarías, el orfebre. Siete días su pie no pisó la calleja, y a ningún llamado se abrió la casa. Ante él se alzaba, sobre un estrado elevado, el candelabro eterno, quieto y grande, tal como antaño se había alzado ante el altar del Señor; en el horno, entretanto, temblaba con lenguas silenciosas el fuego y fundía el oro deshecho de anillos, broches y monedas. Benjamín no pronunció palabra en aquellos siete días. Contemplaba cómo la masa hirviente ondeaba, ígnea, en

el crisol, y cómo, vertida, fluía dócilmente hacia los moldes preparados y se enfriaba al endurecerse. Cuando Zacarías, con cautelosos golpes de espátula, quebró luego el molde, la forma del nuevo candelabro ya se dejaba reconocer aproximadamente. Fuerte y recto crecía desde el apoyo de la base el tronco, del cual brotaban, curvados en redondo, los siete brazos como tallos del tronco; se formaban en ellos, claramente, cálices destinados a sostener las luces, y en las superficies aún lisas la mano del orfebre, infatigable en su martillear y limar, dibujaba cada vez con más nitidez los mismos delicados ornamentos de flores y capullos con que se adornaba el candelabro sagrado. De un día a otro se iba pareciendo más el candelabro apenas naciente al milenario, la nueva forma al sagrado modelo original. Y en el último, en el séptimo día, los dos se hallaban frente a frente como hermanos gemelos, imposibles de distinguir el uno del otro por su perfecta igualdad en tamaño y color, medida y peso. Pero una y otra vez, sin descanso, comparaba Zacarías los dos con su mirada experta, una y otra vez seguía cincelandos y modelando con el buril más fino y la lima más aguda su obra más amada. Por fin bajó la mano, desistiendo. Ya no se podía descubrir diferencia alguna, y eran los dos tan fielmente semejantes el uno al otro que, para no engañarse a sí mismo, Zacarías tomó ahora por última vez el buril y grabó, diminuto, en el estampado sombreado del interior de una flor, una señal, para que aquel, el nuevo candelabro, fuera reconocible como obra suya propia y no como el del pueblo y del Templo.

Concluido esto, dio un paso atrás, se quitó el delantal de cuero y se lavó las manos. Tras siete días de trabajo, habló a Benjamín de nuevo por primera vez:

—Mi tarea está cumplida. Ahora empieza la tuya. Toma nuestro candelabro y haz con él según tu parecer.

Pero, para su asombro, Benjamín se opuso: —Siete días has trabajado tú, y siete días he pensado yo y he interrogado a mi corazón. Un temor se ha apoderado de mí, el de que nuestro proceder no sea un engaño. Pues tú has tomado uno, y a aquellos

que confiaron de buen grado en ti les devuelves otro. No, no puede ser que enviemos a casa el falso y nos quedemos con el verdadero, que obtengamos por medios torcidos lo que no nos fue dado por derecho. Dios no ama la violencia, y cuando yo, siendo niño, quise asir con el puño lo sagrado, me quebró el brazo en el cuerpo. Pero sé que no menos desprecia Dios el engaño, y a quien engaña y a quien defrauda, le hiere el alma.

Zacarías reflexionó:

—Pero ¿y si el propio tesorero elige el falso de los dos?

Benjamín alzó la mirada:

—El tesorero sabe que uno es el antiguo y otro el nuevo, y si pregunta por el auténtico y el verdadero, hemos de darle el verdadero. Pero si Dios dispone que él ya no pregunte más y que uno le sea como el otro, por ser iguales en oro y en peso, entonces, pienso yo, no habríamos cometido injusticia. Si él mismo decide y elige el tuyo, se nos habrá dado una señal. Pero que la decisión no sea nuestra.

Así envió Zacarías al criado a la morada del tesorero, y el tesorero vino, un hombre rollizo y jovial, de pequeños ojos redondos que asomaban agudos y avezados tras las mejillas rojizas. Con ojo experto palpó de inmediato, ya en la antesala, dos escudillas de plata repujada recién terminadas, las golpeó con cuidado con el dedo y examinó el delicado dibujo. Curioso, fue levantando una tras otra las piedras talladas de la mesa de trabajo y las alzó hacia la luz; con tanto gusto y embeleso examinó pieza por pieza, tanto las obras acabadas como las que aún estaban naciendo del orfebre, que Zacarías tuvo que llamarle la atención para que por fin contemplara los candelabros, que se alzaban, quietos y dorados, uno junto al otro sobre la mesa de exposición, el milenario y el recién creado, el modelo original y su copia.

Con atención se plantó el tesorero ante el par de candelabros. Se veía que le excitaba su afición de conocedor descubrir, en algún defecto minúsculo o en una desigualdad oculta, cuál era el recién

forjado y cuál el arrebatado como botín. Con cuidado los volvió y giró, uno tras otro, por todos los lados, de modo que la luz cayera siempre desde superficies distintas. Sopesó su peso, rascó levemente el oro; retrocediendo y volviendo a acercarse, comparó y comparó, con creciente tensión, su intachable perfección. Por fin se inclinó, armado el ojo con un cristal tallado de los que aumentan, muy cerca sobre las finas incisiones y estrías. Pero no logró hallar diferencia alguna. Cansado, desistió de la comparación infructuosa y dio unas palmadas en el hombro a Zacarías:

—Un maestro eres, Zacarías, y tú mismo un tesoro para nuestra tesorería. Por toda la eternidad ya nadie podrá distinguir cuál es el más antiguo y cuál el nuevo, tan segura obra tu mano. ¡Excelente, querido amigo!

Y ya se volvía, indolente, para contemplar de nuevo las piedras talladas y elegir una para sí mismo. De modo que Zacarías tuvo que advertirle.

—Entonces, ¿cuál de los candelabros deseas? Indiferente y ya medio vuelto, respondió el tesorero:

—¡El que tú prefieras! A mí me da igual.

Entonces Benjamín salió de la sombra, donde, tímido y agitado, se había ocultado:

—Señor, te suplicamos: elige tú mismo uno de los dos como tuyo.

Asombrado, el tesorero miró al extraño anciano. ¿Qué quería aquel hombre singular, y por qué lo miraba tan suplicante, con miradas trémulas y ardientes? Pero, de natural bondadoso como era, y demasiado cortés para negarle un deseo a un anciano, se volvió una vez más. De buen humor y en son de broma, tomó una pequeña moneda y la lanzó al aire. Cayó y rodó girando por el suelo, giró tres veces sobre sí misma; luego quedó por fin quieta a su izquierda. Sonriente, el tesorero señaló el candelabro que se hallaba igualmente a la izquierda: —¡Este, pues! Después se marchó, y los criados llamados llevaron el elegido a la cámara del tesoro.

Agradecido y cortés, el orfebre acompañó a su protector hasta el umbral de la sala.

Benjamín se había quedado atrás. Con mano temblorosa tocó el candelabro. Era el auténtico, el sagrado, y aquel había elegido el otro para el emperador.

Cuando Zacarías regresó, vio a Benjamín aún inmóvil ante el candelabro, mirándolo con tal ardor que parecía absorberlo por entero en sí con aquella mirada. Cuando por fin el anciano se volvió hacia él, el reflejo dorado parecía brillar todavía en sus pupilas: aquella quietud serena había descendido sobre el probado, tal como siempre la regala al corazón una resolución clara. Solo pidió, en voz baja:

—Que Dios te lo pague, hermano mío. Y ahora procúrame una cosa más: un ataúd.

—¿Un ataúd?

—No te asombres. También esto lo he pensado y meditado en estos siete días y siete noches: cómo llevar el candelabro a la paz. Al principio pensé como tú: que si salvamos la menorá, debe pertenecer al pueblo, y este ha de guardarla como prenda santísima. Pero ¿dónde está nuestro pueblo, y dónde su morada? Perseguidos somos todavía en todas partes, y tan solo tolerados; en ningún lugar tenemos asegurado un sitio donde custodiar dignamente el candelabro. Donde tenemos una casa, nos expulsan; donde construimos un templo, nos lo destruyen; mientras la violencia siga imperando sobre los pueblos, lo sagrado no tendrá paz en ningún lugar de la tierra. Solo bajo la tierra hay paz. Allí descansan los muertos, con el pie horizontal ya en reposo, de su andar errante; allí no brilla el oro para ningún ladrón ni excita su codicia. Que descansen allí en paz, el que ha regresado a su hogar, tras mil años de andar errante.

—¿Para siempre —se asombró Zacarías— quieres enterrar el candelabro?

—¿A quién le fue dado alguna vez concebir siquiera la eternidad? ¿Cómo podría yo poner plazo a una cosa, si no conozco el mío propio? Al reposo quiero llevar el candelabro, pero cuánto dure ese reposo, ¿quién lo sabe, sino Dios? El acto puedo realizarlo yo, pero lo que de él brote, ¿cómo he de medirlo, cómo calcular el tiempo y la eternidad? Que Dios decida, solo él, y solo él, el destino del candelabro. Lo entierro, no sé de otro modo custodiarlo verdaderamente, mas ¿por cuánto tiempo? ¡Quién puede decirlo! Quizá Dios lo deje eternamente en la oscuridad, y sin consuelo habrá de andar errante nuestro pueblo, disperso y desperdigado sobre la faz de la tierra. Pero quizá —y mi corazón está lleno de esta confianza— quizá su voluntad quiera que nuestro pueblo regrese a la patria. Entonces él sabrá —iconfía tan solo!— elegir a alguien que por azar empuñe la pala y halle la tumba del enterrado, tal como Dios me encontró a mí, para que yo diera reposo al que no lo tenía. No te preocupes por la decisión, déjasela a él y al tiempo. Que se tenga por perdido el candelabro, y nosotros, que somos el secreto de Dios, ¡no estamos perdidos! Pues no perece el oro en el seno de la tierra como el cuerpo terrenal, ni nuestro pueblo en la oscuridad del tiempo. Perdurará el uno, perdurará el otro, el pueblo y el candelabro. Creamos, pues, que resucitará el que enterramos, y que un día volverá a brillar para el pueblo, para el que haya regresado a su hogar. Pues solo si no cejamos de creer, resistimos al mundo.

Ambos apartaron la mirada el uno del otro, ambos hacia la lejanía.

Luego repitió Benjamín una vez más:

—Y ahora procúrame el ataúd.

El carpintero trajo el ataúd. Era un ataúd de tipo corriente, y así lo había pedido Benjamín, para que, al llevarlo consigo a la tierra de los padres, no despertara una curiosidad especial. Pues a menudo los piadosos llevaban ataúdes consigo en la peregrinación, para dar sepultura a padres y parientes en la tierra santa; sin peligro podía guardarse el candelabro en un ataúd así, de madera de abeto, pues de todas las cosas del mundo, solo lo que ha muerto escapa a la codicia de los hombres.

Con devoción, los dos depositaron la menorá en el féretro. Con sus paños y sus pesados brocados, como se envuelve la Torá, la propia hija de Dios, ciñeron con cuidado sus brazos dorados, y llenaron el vacío del espacio con estopa y lana blanda, para que al transportarlo el metal no golpeará tintineando contra la madera y delatara el secreto. Con mano suave y temblorosa depositaron así la menorá en el ataúd, la cuna de los muertos, y ambos sabían, y se estremecían al saberlo: quizá, si Dios no torcía con clemencia el destino del pueblo, serían ellos dos, por toda la eternidad, los últimos que con sus manos hubieran tocado y con ojos reverentes hubieran contemplado el candelabro de Moisés, el sagrado candelabro del Templo. Pero antes de cerrar el ataúd, trajeron todavía un pergamino resistente y escribieron en él, dando testimonio de que ellos dos, Benjamín Marnefes, llamado el amargamente probado, del linaje de Abtalión, y Zacarías, de la sangre de Hillel, en el octavo año del reinado de Justiniano, en Bizancio, habían depositado con sus propias manos la santa menorá en aquel ataúd, para que, si alguien desenterraba algún día en la Tierra Santa aquel candelabro, quedara atestiguado que era el verdadero, el del pueblo. Enrollaron el pergamino y lo envolvieron en un estuche de plomo, y ese estuche, a su vez, lo soldó Zacarías, el orfebre, con la mayor precisión, para que jamás la humedad ni el moho destruyeran el escrito; con una cadena de oro lo sujetó al tronco del candelabro, de modo que junto con la pieza se hallara también el testimonio. Hecho esto, cerraron el ataúd con clavos y broches. Pero ya no se pronunció ni una palabra más entre los dos, hasta que los criados llevaron el ataúd hasta Benjamín, hasta el barco que zarpaba hacia Jope. Solo allí —ya crepitaba al viento la vela izada— se despidió Zacarías y besó al amigo:

—Dios te bendiga y te guarde. Que Él guíe tu camino y bendiga tu obra. Los últimos, los únicos que hasta esta hora conocíamos el camino del candelabro fuimos nosotros dos. A partir de ahora, solo tú lo conoces.

Benjamín se inclinó piadosamente:

—A mi propio saber también le queda ya solo un breve plazo. Después, solo Dios sabrá dónde reposa su menorá.

Como siempre que un barco atracaba en Jope, se congregó en la playa una gran muchedumbre de curiosos para contemplar de cerca a los que desembarcaban y darles la bienvenida. Entre ellos había también algunos judíos, y apenas reconocieron que aquel anciano de barba blanca era uno de los suyos, y en cuanto vieron que tras él los marineros llevaban un ataúd, se juntaron todos y siguieron el ataúd en cortejo solemne, en silencioso acuerdo. Pues la fe judía tiene por obra piadosa y grata a Dios acompañar a todo muerto un trecho de su último camino, y ser también, en el entierro de un forastero y desconocido, ayudantes devotos. Ningún judío de Jope, en cuanto oía la noticia del ataúd que uno de los suyos había traído por el mar, se sustraía a ese deber sagrado. De todas las callejas y casas acudían en silencio, dejando faenas y trabajo, y con un séquito cada vez más numeroso fue llevado el ataúd hasta la posada donde Benjamín buscaba alojamiento para pasar la noche. Solo allí, después de que el ataúd fuera colocado junto a su lecho —pues así lo exigía, extrañamente, el anciano—, rompieron el silencio. Saludaron al compañero de su fe con el saludo de la bendición y le preguntaron de dónde venía y adónde lo llevaba su camino. Benjamín respondió con parquedad. Temía mucho que ya hubiese llegado hasta ellos alguna noticia de Bizancio y que alguien lo reconociera. Y no quería encender de nuevo una expectación impetuosa entre los hermanos. Pero también quería evitar la falsedad a la sombra del candelabro: así que les rogó que le permitieran guardar silencio. Se le había encomendado el encargo de dar sepultura a aquel ataúd, y no le estaba permitido decir nada más. Esquivó con cuidado la curiosidad que seguía preguntando, inquiriendo él mismo dónde había allí lugares sagrados para depositar el ataúd en tierra. Entonces sonrieron los judíos de Jope con callado orgullo: sagrado era en aquella tierra cualquier lugar, y en todas partes la tierra misma era ya tierra consagrada. Pero luego le nombraron y señalaron todos los lugares donde, en sus cuevas o en campo llano, marcados solo por piedras amontonadas y sin labrar,

reposaban en sus tumbas los antepasados primigenios y los patriarcas, las madres de la estirpe, los héroes y los reyes del pueblo, y ensalzaron la fuerza obradora de aquellos lugares sagrados. Ningún piadoso dejaba de visitarlos, para recibir de ellos consuelo. Serviciales —pues de aquel anciano venerable emanaba algo que imponía reverencia, y sus almas presentían un misterio—, se ofrecieron a conducirlo hasta allí y, si él lo permitía, a dar descanso junto con él, en oración, al muerto desconocido. Pero Benjamín, por causa del secreto, rechazó su buena disposición y los despidió con muchas gracias. Solo pidió al posadero que, a cambio de buena paga, le proporcionara por la mañana un criado que conociera los caminos y fuera lo bastante fuerte para cavar una tumba en el lugar señalado, así como una mula para transportar el ataúd. El posadero se lo prometió: al amanecer su propio criado estaría listo y lo acompañaría adonde deseara.

Aquella noche en la posada de Jope fue la última del doloroso interrogarse y de la sagrada angustia en la vida de Benjamín, el probado. Una vez más lo abandonó la certeza del alma, una vez más pesó sobre él, dolorosa y grave, la decisión. Una vez más se preguntaba y se preguntaba si de verdad tenía razón al callar al pueblo el regreso y la salvación del candelabro, y al ocultar a sus hermanos qué santuario enterraba en aquella tumba extraña. Pues si ya de los huesos muertos, de las tumbas de los antepasados primigenios y los patriarcas, emanaba tan poderoso consuelo para los afligidos, ¡cuánto más dichoso no habría de ser este pueblo perseguido, pisoteado y disperso a todos los vientos, si se le dejara siquiera el más leve presentimiento de que el candelabro eterno, ese signo visible por excelencia de su unidad, no estaba perdido, sino salvado y a buen recaudo, esperando en tierra patria el día del regreso definitivo! «¿Cómo puedo negarles la esperanza —gimió el desvelado—, cómo guardar yo solo el secreto, cómo llevarme a la tumba lo que a miles ha dado esperanza y alegría? Sé cuánto ansían el consuelo: ¡terrible destino el de un pueblo que solo puede esperar siempre el algún día y el quizá, que solo puede confiar en silencio en la Escritura y jamás asir una señal! Y sin embargo, solo si callo

quedará el candelabro preservado para el pueblo. ¡Señor, socorre mi angustia! ¿Obro bien, obro mal con ellos, con mis hermanos? ¿Debo hacer volver del sepulcro al criado que aquel me prometió, con la noticia consoladora de que aquí reposa una prenda sagrada? ¿O debo permanecer callado, de modo que nadie conozca el lugar de la tumba sino tú? ¡Señor, decide tú por mí! ¡Ya una vez me diste una señal! Dame ahora una segunda: Señor, quítame a mí la decisión!». ».

Pero la noche permaneció muda, y hostil el sueño rehuyó al probado. Con los ojos ardientes yació despierto hasta que despuntó el día, preguntando y preguntando, y con cada pregunta más enredado en la red asfixiante de la angustia y la congoja. Y ya se aclaraba el oriente, y aún no se había aclarado el alma del anciano; entonces entró en la alcoba, con mirada apesadumbrada, el posadero:

—Perdona, pero no puedo enviar contigo al criado conocedor de los caminos, como te prometí ayer. De pronto ha caído enfermo esta noche. Le brotó espuma temblorosa de la boca, y ahora yace con fiebre delirante. Solo puedo darte al otro de los criados. Cierto es que la tierra le es extraña, y además es mudo; desde su nacimiento Dios le cerró la boca. Pero si quieres conformarte con él, te envío de buen grado al mudo.

Benjamín no miró al posadero. Solo miró, agradecido, hacia lo alto. Había recibido respuesta. Un mudo le era enviado como señal del silencio. Uno que no conocía la tierra, para que el lugar permaneciera eternamente secreto. Ya no vacilaba más su alma, y respondió agradecido:

—Envía al mudo. Y no te preocupes. Yo mismo conozco mi camino.

De la mañana a la noche caminó Benjamín con su mudo compañero por la tierra desierta. Tras ellos trotaba, con el ataúd atado de través sobre el lomo, callada y paciente, la mula. A veces pasaban junto a chozas pobres y polvorientas junto al camino, pero Benjamín no se detuvo a descansar en ninguna. Y cuando se

cruzaban con caminantes, los saludaba solo con el saludo de la paz y evitaba toda conversación: le urgía ya llevar a término la obra encomendada y dar sepultura al candelabro. Aún no sabía el lugar ni el sitio, y un recelo, oscuro y misterioso, le prohibía elegir por sí mismo. «Dos veces me ha sido dada —pensó piadosamente— una señal. Aguardaré la tercera». Así caminaron juntos por la tierra que poco a poco oscurecía, y sobre las colinas se alzó la noche con alas negras. El cielo quedó cubierto de nubes pesadas, que iban y venían inquietas y ocultaban la luna, la cual —se percibía por un tenue resplandor sobre las cumbres— estaba ya hacía tiempo en lo más alto de su cénit. Podía faltar una hora aún, o dos, hasta el próximo lugar que ofreciera alojamiento nocturno. Pero Benjamín avanzaba con buen vigor, y junto a él, como sombra silenciosa, el mudo, con la pala al hombro, y tras ambos, con trote parejo y paciente, la mula.

De pronto se detuvo y se paró en seco. El criado agarró la mula por las riendas para tirar de ella y hacerla seguir. Pero, terca, plantando las patas delanteras contra el suelo, la bestia lo rechazó de un empujón y mordió con saña. No quería seguir adelante. Iracundo, el mudo se arrancó la pala del hombro para golpear con el mango de madera el flanco del animal terco, cuando Benjamín le sujetó el brazo. Que esperara, le ordenó, y dejara al animal en paz. Quizá aquel detenerse fuera un aviso y la señal.

Benjamín miró en torno suyo. La tierra oscura se extendía, ondulada y desierta; no había cerca ni casa ni choza. Debían de haberse desviado del camino hacia Jeruscolájim, y Benjamín reflexionó: sí, este era un lugar propicio; aquí podía hacerse la obra sin que nadie escuchara. Probó la tierra con el bastón: era grasa y firme, y sin piedras. Rápido sería cavar aquí una tumba, y las colinas de alrededor ofrecían protección contra la arena errante, que de otro modo borraba fácilmente las huellas. Ahora solo faltaba encontrar el sitio señalado. Incierto, miró largo rato a la derecha y a la izquierda, en la elección última. Pero entonces advirtió, a la derecha, a unos tres o cuatro tiros de piedra del camino, en el terreno vacío, un árbol que daba sombra, extrañamente parecido en porte y forma a aquel otro de la colina de Pera, bajo el cual había descansado y donde le

había llegado el mensaje para poner a salvo el candelabro. Se acordó de su sueño, y el corazón se le hizo seguro. Al instante ordenó al mudo que desatara el ataúd del lomo de la bestia de carga, y he aquí que apenas hecho esto, la mula soltó ya sus miembros agarrotados, se apretó contra él, y sintió el cálido aliento de sus narices en la mano. Era el sitio correcto; cada vez lo sabía con mayor certeza, y se lo indicó al criado, que se puso a la obra con diligencia. La pala sonaba argentina; obediente y con brío, el mudo cavaba la tierra muda. Pronto se alcanzó la profundidad debida. Ahora quedaba solo lo último: descender el candelabro en ella. Lentamente levantó con sus brazos anchos el criado, ignorante de todo, la carga; con cuidado se deslizó el ataúd hacia abajo y quedó al fin tendido para el sueño eterno, guardando el precioso núcleo de oro en su vaina de madera, al que pronto habría de cubrir la envoltura de la tierra, viva, respirante, verde y germinante para siempre. Lleno de reverencia se inclinó Benjamín: «Yo soy el testigo, el último», pensó, y se estremeció de nuevo bajo el peso abrumador del pensamiento, «nadie sobre la tierra sino yo conoce ya el secreto de nuestro candelabro. Nadie sino yo sabe de su tumba y presiente el lugar oculto». Pero en ese instante se descubrió de pronto la luna velada. Las nubes que desde el atardecer habían contenido su luz se apartaron un poco a un lado; la claridad se precipitó como un rayo poderoso, y fue como si desde el centro del cielo, entre párpados oscuros, mirase hacia abajo un enorme ojo blanco. No era como un ojo terrenal, sombreado y con pestañas, blando y perecedero, sino un ojo redondo y duro como de hielo, eterno e indestructible. Hasta el fondo de la tumba abierta miró fijo y resplandeció, y se hicieron visibles las cuatro aristas cortadas de la cavidad, y la lisa madera de abeto del ataúd brilló en la luz blanca y torrencial como metal bruñido. Fue solo un único instante, una única mirada desde una distancia inconmensurable; luego las nubes volvieron a envolver a la luna errante. Pero Benjamín supo: un ojo distinto del suyo había contemplado el lugar del candelabro.

A su señal, el criado echó ahora los terrones de tierra sobre la tumba, y en cuanto el trabajo hubo terminado y la tierra volvió a

quedar llana sobre el sepulcro cerrado, Benjamín ordenó al criado que regresara a casa y se llevara consigo a la mula, ya libre de carga. El mudo hizo con las manos gestos desesperados. Quería dar a entender que el anciano no debía quedarse solo allí, en lo extraño y en la oscuridad; que amenazaba el peligro de los ladrones y de las fieras. Al menos hasta la próxima posada quería acompañar al bondadoso señor. Pero resuelto e impaciente, el anciano ordenó al mudo que cumpliera exactamente su mandato, y, reprendiéndolo, hizo marcharse de allí al que vacilaba. No podía esperar a que hombre y bestia desaparecieran por fin tras el recodo del camino y él quedara solo bajo el cielo, desmesuradamente vacío, y en medio de lo inasible de la noche inmensa. Una vez más se acercó a la tumba y, con la cabeza inclinada, pronunció la oración de los muertos: «Grande es el nombre y santo es el nombre del Eterno en este mundo y en los otros mundos, y también en los días de la resurrección». Bien es verdad que deseaba mucho, según piadosa costumbre, poner una piedra o alguna otra señal sobre la tierra removida. Pero se contuvo por causa del secreto, y sin volverse otra vez, siguió caminando hacia el vacío; no se preguntó adónde. No tenía meta, desde que había dado descanso al candelabro. Todo temor se había desprendido de él, y su alma ya no sentía angustia. Había hecho lo que le estaba ordenado hacer. Ahora quedaba en manos de Dios que el candelabro permaneciera oculto hasta el fin de los días y el pueblo siguiera disperso sobre la tierra, o que Él quisiera al fin llevar de vuelta a su patria al pueblo y hacer resucitar al candelabro de su tumba desconocida.

El anciano caminaba a través de la noche, que jugaba oscura con las nubes y ya volvía a resplandecer a medias en estrellas; feliz, y cada vez más feliz, se le hacía el paso con cada paso. Mágicamente se le caía de encima la carga y el peso de los muchos años vividos, y desde dentro se alzaba en sus miembros una ligereza como jamás había conocido. Como aflojadas por un aceite suave y tibio, le obedecían de pronto las viejas, las ancianas articulaciones; caminaba como sobre el agua, alado y libre. Caminar se le volvió flotar; hacia arriba se alzaba la cabeza, hacia arriba se alzaba, como impulsada

por un viento imperceptible, una de sus manos, y ya le pareció —¿o era esto solo un sueño en la vigilia?— que por primera vez podía volver a alzar y mover la mano quebrantada. Sentía la sangre dentro de sí cada vez más clara, y como savia en fermentación en el tronco, así ascendía ahora, sonora; ya latía clara en las sienes, y de pronto oyó un gran canto. Ya no sabía si eran los muertos bajo la tierra, que cantaban allí en coro fraterno para saludarlo a él, al que había vuelto a casa, o si aquel cálido murmullo bajaba de las estrellas, que brillaban cada vez con más fuerza. No lo sabía. Solo seguía caminando y caminando, como llevado por alas, adentrándose más y más en la noche susurrante.

A la mañana siguiente, unos mercaderes que se dirigían al mercado de Ramla encontraron, en un campo no lejos del camino, a un anciano. Estaba muerto. Con la cabeza descubierta, yacía el desconocido de espaldas. Tenía los brazos extendidos lejos de sí, como si quisiera abrazar algo infinito, abiertos, y con los dedos separados se tendían las palmas de las manos como las de quien va a recibir un gran regalo. Claros y abiertos permanecían los ojos en el rostro apaciblemente transfigurado del que reposaba beato. Y cuando uno de los mercaderes se inclinó para cerrárselos piadosamente al muerto, vio que estaban llenos de luz y que en sus pupilas redondas y sosegadas se reflejaba el cielo entero.

Pero severo permanecía, bajo la barba, cerrado el labio del forastero: era como si retuviera, incluso más allá de su propia muerte, un secreto entre los dientes.

También el candelabro falso fue llevado, pocas semanas después, a la Tierra Santa y, conforme al mandato de Justiniano, colocado bajo el altar en la iglesia de Jeruscholájim. Pero no fue larga su permanencia allí. Pues los persas irrumpieron y lo rompieron y lo despedazaron, para forjar con él broches para sus mujeres y una cadena para su rey: como siempre perece la obra humana bajo el tiempo que todo lo consume y el ánimo destructor del hombre, así se desvaneció también aquel signo que el orfebre había forjado a imitación, y su rastro se perdió para siempre.

Pero, a salvo gracias al secreto, aguarda y vela todavía el candelabro eterno, ignorado e incólume, en su tumba patria. Sobre él pasaron rugiendo, indómitos, los tiempos; pueblo tras pueblo se disputó durante cientos de años su tierra, estirpes extrañas, unas y otra vez otras, guerrearon sobre su sueño: pero a él ningún saqueo pudo arrebatarlo, ninguna codicia pudo destruirlo. A veces pasa hoy un pie apresurado sobre los terrones que lo protegen, a veces descansan al borde del camino, en el ardor del mediodía, unos que dormitan, cerca de su sueño, pero ningún presentimiento sabe de su cercanía, y ninguna curiosidad ha hurgado todavía en su profundidad. Como todo secreto de Dios, reposa en la oscuridad de las mareas del tiempo, y nadie sabe: si habrá de reposar así eternamente, oculto y perdido para su pueblo, que aún hoy vaga sin paz de tierra extraña en tierra extraña, o si alguien lo encontrará al fin el día en que su pueblo vuelva a encontrarse a sí mismo, y él vuelva a alumbrar, una vez más, al pueblo pacificado, en el Templo de la Paz.

LA LEYENDA DE LA TERCERA PALOMA

En el libro del principio de los tiempos se cuenta la historia de la primera paloma y la de la segunda, que el patriarca Noé envió desde el arca en busca de noticias, cuando se cerraron las compuertas del cielo y se agotaron las aguas del abismo. Pero el viaje y el destino de la tercera paloma, ¿quién los ha referido? En la cima del monte Ararat había varado la nave salvadora, que guardaba en su seno toda la vida que el Diluvio había perdonado, y cuando la mirada del patriarca, desde el mástil, no veía sino ola y oleaje, agua sin fin, envió entonces una paloma, la primera, para que le trajera noticia de si en algún lugar podía ya verse tierra bajo el cielo despejado de nubes.

La primera paloma, según allí se cuenta, se alzó y desplegó las alas. Voló hacia el este y hacia el oeste, pero por doquier había aún agua. En ninguna parte encontró reposo para su vuelo, y poco a poco sus alas empezaron a flaquear. Así regresó a lo único firme que había en el mundo, al arca, y revoloteó en torno a la nave inmóvil en la cima del monte, hasta que Noé tendió la mano y la recogió consigo en el arca.

Esperó entonces siete días, siete días en los que no cayó lluvia y las aguas fueron bajando; luego tomó de nuevo una paloma, la segunda, y la envió en busca de noticias. La paloma partió por la mañana, y cuando volvió a la hora de vísperas, traía en el pico, como primera señal de la tierra liberada, una hoja de olivo. Así supo Noé que las copas de los árboles ya sobresalían del agua y que la prueba había sido superada.

Pasados otros siete días, envió de nuevo una paloma, la tercera, en busca de noticias, y ella voló hacia el mundo. Partió por la mañana y, sin embargo, no volvió por la tarde; día tras día aguardó Noé, pero ella no regresó. Entonces supo el patriarca que la tierra estaba libre y que las aguas habían bajado. Pero de aquella paloma, la tercera, nunca más volvió a saber, ni tampoco la humanidad; jamás se contó su leyenda hasta nuestros días.

Este fue, sin embargo, el viaje y el destino de la tercera paloma. Por la mañana había salido volando de la cámara sofocante del barco, donde en la oscuridad los animales oprimidos gemían de impaciencia y había un tropel de pezuñas y garras, un fragor confuso de bramidos y silbidos y siseos y ladridos; había salido volando de la estrechez hacia la vastedad infinita, de la oscuridad hacia la luz. Pero al alzar ahora las alas en el aire claro y luminoso, dulcemente perfumado por la lluvia, la envolvió de pronto la libertad y la gracia de lo ilimitado. Desde las profundidades relucían las aguas, como musgo húmedo brillaban verdes los bosques, de los prados se alzaba blanco el vaho de la mañana, y la fermentación fragante de las plantas endulzaba los prados. Un resplandor caía, reflejándose, desde los cielos metálicos; en las almenas de los montes el sol naciente se quebraba en infinitos crepúsculos matutinos, como sangre roja relucía por ello el mar, como sangre caliente humeaba por ello la tierra florecida. Divino era contemplar este despertar, y con mirada beatífica la paloma se mecía con las alas extendidas sobre el mundo purpúreo; volaba sobre países y mares, y poco a poco, soñando, se fue convirtiendo ella misma en un sueño alado. Como el propio Dios, fue ella la primera en ver la tierra liberada, y su contemplación no tenía fin. Hacía tiempo que había olvidado a Noé, el anciano de barba blanca del arca, y su encargo; hacía tiempo que había olvidado el regreso. Pues el mundo se había convertido ahora en su patria, y el cielo, en su casa más propia.

Así voló la tercera paloma, la mensajera infiel del patriarca, sobre el mundo vacío, más y más lejos, siempre más lejos, llevada por la tempestad de su dicha, por el viento de su bienaventurada inquietud; volaba más y más lejos, siempre más lejos, hasta que las

alas se le hicieron pesadas y el plumaje de plomo. La tierra la atraía hacia sí con fuerza abrumadora, cada vez más hondo se hundían las alas cansadas, de modo que ya rozaban las copas de los árboles húmedos, y al atardecer del segundo día se dejó caer por fin en lo profundo de un bosque, que aún no tenía nombre, como todo en aquel principio de los tiempos. Se ocultó en la espesura de las ramas y descansó del viaje aéreo. La broza la cubrió, el viento la arrulló hasta dormirla; hacía fresco entre las ramas de día y calor en la morada boscosa de la noche. Pronto olvidó los cielos ventosos y el atractivo de la lejanía; la bóveda verde la envolvió, y el tiempo creció sobre ella sin ser contado.

Era un bosque de nuestro mundo cercano el que la paloma extraviada había elegido por morada, pero aún no moraban en él hombres, y en aquella soledad se fue convirtiendo ella misma, poco a poco, en un sueño. En la oscuridad, en el verdor nocturno, anidaba, y los años pasaban junto a ella, y la muerte la olvidó, pues todos aquellos animales —uno de cada especie, el único que aún había visto el primer mundo antes del Diluvio— no pueden morir, y ningún cazador puede nada contra ellos. Anidan invisibles en los pliegues inexplorados del manto de la tierra, y así también esta paloma en lo profundo del bosque. Alguna vez, ciertamente, le llegaba un presentimiento de la presencia de los hombres: un disparo restallaba y rebotaba cien veces contra las paredes verdes, leñadores golpeaban los troncos, de modo que en torno retumbaba la oscuridad; la risa queda de los enamorados, que se internaban abrazados en algún rincón apartado, arrullaba en secreto entre las ramas, y el canto de los niños que buscaban bayas sonaba tenue y lejano. La paloma sumida, ensimismada en follaje y sueño, oía a veces estas voces del mundo, pero las escuchaba sin temor y permanecía en su oscuridad. Pero una vez, en aquellos días, el bosque entero empezó a retumbar, y tronó como si la tierra se partiera en dos. Por el aire silbaban, zumbando, masas negras y metálicas, y allí donde caían, la tierra saltaba espantada, y los árboles se quebraban como cañas. Hombres vestidos con ropajes de colores se arrojaban la muerte unos a otros, y las terribles máquinas

lanzaban fuego y llamas. Relámpagos subían de la tierra a las nubes, y truenos tras ellos; era como si la tierra quisiera saltar al cielo, o el cielo caer sobre la tierra. La paloma se sobresaltó, arrancada de su sueño. Sobre ella había muerte y aniquilación; como antaño las aguas, ahora el fuego se hinchaba sobre el mundo. Bruscamente desplegó las alas y remontó el vuelo, para buscarse otra morada distinta de aquel bosque que se derrumbaba: un lugar de paz.

Remontó el vuelo y voló sobre nuestro mundo en busca de paz, pero adondequiera que volaba, por doquier estaban aquellos relámpagos, aquellos truenos de los hombres, por doquier la guerra. Un mar de fuego y sangre inundaba la tierra como antaño, un nuevo Diluvio había llegado, y ella volaba presurosa a través de nuestros países, para descubrir un lugar de reposo y luego remontarse hacia el patriarca, a llevarle la hoja de olivo de la promesa. Pero en ninguna parte podía hallarlo en aquellos días; cada vez más alto se hinchaba la marea de la ruina sobre la humanidad, cada vez más lejos devoraba el incendio nuestro mundo. Todavía no ha hallado reposo, todavía la humanidad no ha hallado la paz, y hasta entonces no le está permitido volver a su hogar, ni descansar jamás.

Nadie la ha visto en nuestros días, a la extraviada paloma mítica, la que busca la paz, pero, sin embargo, revolotea sobre nuestras cabezas, temerosa y ya con las alas exhaustas. A veces, solo de noche, cuando uno se sobresalta y despierta del sueño, se oye un rumor allá arriba en el aire, una caza apresurada en la oscuridad, un vuelo perturbado y una fuga desorientada. Sobre sus alas flotan todos nuestros pensamientos oscuros, en su angustia oscilan todos nuestros anhelos, y ella, que tiembla suspendida entre el cielo y la tierra, la paloma extraviada, anuncia ahora nuestro propio destino, la mensajera infiel de antaño, al patriarca de la humanidad. Y de nuevo, como hace miles de años, un mundo aguarda a que alguien le tienda la mano y reconozca que ya es suficiente la prueba.

Leyendas

1. [Raquel se querella con Dios](#)
2. [Los ojos del hermano eterno](#)
3. [El candelabro enterrado](#)
4. [La leyenda de la tercera paloma](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB